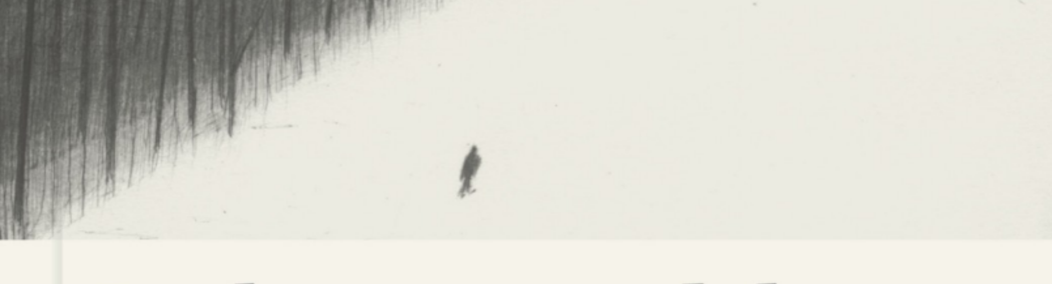


La hermana del desván

Gøhril Gabrielsen

En esos momentos, en la oscuridad, quizá a la luz de una vela, sucede que me sobreviene la sensación intensa y repentina de que Ragna y yo somos un cuerpo, que somos completamente inseparables. Noto cómo poco a poco hemos entregado partes de nuestra anatomía en beneficio de la otra; que después de los años, de los conflictos y los encontronazos, hemos formado, amasado y creado un organismo distorsionado y asimétrico, pero completo.

las afueras

La hermana del desván

J.

Gøhril Gabrielsen

la hermana del desván

Traducción de Ana Flecha Marco

las afueras

Título de la edición original: *Svimlende muligheter, ingen frykt*

Av. Diagonal, 534, 2º, 2ª
08006 Barcelona

ISBN: 978-84-126426-4-3
Depósito legal: B 17321-2023

Diseño de la colección: Hermanos Berenguer
Imagen de la cubierta: Katja Lang: *Der Wald I*
Maquetación: María O'Shea
Corrección: Maitane Dóniz

This translation has been published with the financial support of NORLA.



Esta obra ha recibido una ayuda a la edición del Ministerio de Cultura y Deporte.



I. En el desván

Mi hermana y su marido están cavando un hoyo profundo fuera de casa, justo al lado del abedul enano que crece al pie de mi ventana del desván. Se van enterrando entre raíces escuálidas, hincando la pala en la tierra con un ritmo regular. Llevan más de una hora trabajando. Estoy tumbada en la cama, inmóvil, y escucho el ruido que hacen y que trepa por las finas paredes de la casa y se cuela en la habitación por la rejilla que está justo encima de la cómoda: la pala que cava, el chirrido de la piedra contra el acero, clavándose golpe a golpe en la tierra seca.

¿Qué buscan a estas horas, en este día que nunca anochece? ¿Qué harán allí en las profundidades, bajo varios estratos de tierra? Hablan bajito, no intercambian muchas palabras, intuyo una armonía tranquila entre ellos. De vez en cuando paran y se quedan completamente en silencio. ¿Me habrán percibido? ¿Percibirán mi vigilia? Pero no es más que un cambio de tarea, trabajo y asueto a partes iguales. Como de costumbre, mi hermana Ragna y Johan están de acuerdo en todo.

Después de un rato largo desaparecen y regresan jadeando y arrastrando los pies. Llevan algo a rastras entre los dos, lo intuyo por el sonido. Debe de ser pesado. Me los imagino: el ceño fruncido de Ragna, la mandíbula apretada, la cara ancha, los brazos delgados que asen con muy poca fuerza la carga. Y su marido, esforzándose por encontrar un punto de agarre que le permita llevar el peso. Lo oigo, con la barriga estorbando, hinchada, como siempre, se ve obligado a caminar encorvado y con pasos cortos y rápidos detrás de ella; siempre detrás de ella.

Arrojan la carga al hoyo. Lo cubren de tierra.

Allí abajo, en el hoyo oscuro y profundo, el fardo choca contra trozos de piedra, arena, tierra y materiales blandos. Lo imagino por los golpes breves y amortiguados, puedo oírlos desde donde estoy acostada, golpe a golpe hasta que los sonidos se atenúan y dejo de percibirlos.

Estoy cansada, a punto de quedarme dormida. A lo lejos oigo cómo cubren la tierra con turba y brezo. Pronto descanso sin sueños, tan recluida como lo que ahora reposa en la tierra oscura.

*

Imagina un desván, no un desván cualquiera, sino uno situado en un remoto lugar al norte del mundo, dejado de la mano de Dios.

Aquí también hay un montón de cosas almacenadas, todos los trastos que no se necesitan, todos los recuerdos de un pasado guardados en cajas y maletas, retirados del mundo exterior y cubiertos por una fina capa de polvo y olvido.

Te resistes a subir hasta aquí, especialmente sin compañía. Hay algo en el crujido de los escalones, en la escalera tan estrecha y empinada que te obliga a trepar ayudándote con las manos. No es fácil llegar a la habitación de allí arriba. Y bajar es aún más complicado.

Una vez que consigues incorporarte bajo las vigas del techo, te rodea un aire seco, pero también algo más. Te preguntas si será la oscuridad, las partículas de polvo en el haz de luz que sube de la escalera, pero cuando te detienes sabes que se trata del silencio de aquí arriba, el mutismo de las cosas que no tienen la oportunidad de expresarse, el pasado amordazado por el incesante murmullo de la vida del piso de abajo y de la naturaleza que está justo ahí fuera.

En el otro extremo de la habitación hay una puerta. Entra una luz tenue por la cerradura. Caminas con cuidado hacia allá, por listones de madera separados y tan secos que si los pisaras sin zapatos se te clavarían astillas en los dedos de los pies.

Pegas la oreja. Al poco, percibes el sonido de la vida, no una respiración ni un movimiento, sino una vibración de existencia, una inquietud que solo la vida es capaz de generar. Te agachas, acercas un ojo a la cerradura y lo ves todo negro. Te mueves un poco, cambias el peso a la otra pierna y clavas la mirada dentro. Muy dentro, entre puntitos blancos que bailan, divisas la silueta de un cuerpo acostado en una cama. Y ese cuerpo, esa inquietud casi imperceptible, soy yo.

Y entonces te preguntas lo que tantas veces últimamente: ¿Qué estoy haciendo en esta habitación? ¿Qué me impide bajar y estar con Ragna y Johan? ¿Me han secuestrado? ¿Estoy gravemente enferma? ¿O acaso la existencia en la habitación del desván es un producto de tu propia fantasía, una imagen congelada de un instante, de la angustia que te sube por la espina dorsal, el miedo a lo que estás por ver?

Últimamente, he pensado con tristeza que estoy sola en el desván, que no soy más que un pensamiento antiguo y polvoriento sobre la vida, un alma aislada que nunca va a poder bajar al piso de abajo, hacia los juegos, la risa y las personas que entran y salen por las puertas.

*

No sé cuánto tiempo me ha dejado aquí tumbada, sin supervisión. Los días se confunden unos con otros, pero puede que hayan pasado muchos, puede que hasta una semana entera. ¿Cómo voy a saberlo si estoy aquí sin reloj, junto a una ventana que deja pasar la luz de un cielo que brilla también de noche?

Dependo de su ayuda y su buena voluntad, de que ella me traiga comida y ropa limpia, de que me ayude a ir al baño y me lave cada dos o tres días. Pero no me hace caso cuando la llamo. No viene. Me castiga duramente, una vez más.

No he comido ni bebido nada desde que me trajeron aquí arriba, y me he pasado la mayor parte del tiempo exhausta en la cama. La sed, la falta de comida; es posible que no piense con la misma claridad que antes, pero, aun así, en los ratos de vigilia trato de comprender lo que ha sucedido.

Tengo miedo de haberme resignado, de haberme rendido, de tener quebrada la voluntad y de empezar a descuidar mis propias necesidades y deseos en favor de los de ella. Temo que, de ahora en adelante, ella decida cuándo he de comer, despertarme, vaciar la vejiga y las tripas, cuándo me está permitido hablar, qué puedo decir e incluso pensar. Y eso es lo que más me inquieta: el agotamiento puede cambiar lo que pensamos, ya he empezado a notar la semilla de la resignación, a sentir que, a partir de ahora, sin resistencia ni rabia, seguiré todos sus deseos y caprichos.

Este encierro: pienso en él como en un corte hasta el nervio de nuestra relación de hermanas, un tajo aún más profundo hacia el odio. Pronto, todo lo que de alguna manera nos ha unido estará totalmente desgarrado.

*

Nuestra casa está lejos de la gente. Casi nunca pasaba nadie por aquí, solo alguna que otra liebre, un zorro, un reno, bueno, hasta que Johan se mudó a una vieja casa a un par de minutos de distancia. Algunos kilómetros más hacia el oeste hay una tiendita en la que mi hermana y Johan hacen la compra semanal. En verano van en moto. En invierno, en moto de nieve.

No hace falta que diga que me relaciono poco con otras personas. Desde que caí enferma de niña, casi no he estado en ningún sitio, y, como nunca he mejorado, ni hablar de ir con Ragna y Johan al pueblo o a visitar a gente. No me molesta. Si un pobre diablo se deja caer por aquí, yo me mantengo en silencio en un segundo plano.

Desde la ventana de esta habitación, que tiene un sorprendente parecido con mi cuarto del piso inferior, veo la interminable

llanura cubierta de brezo. He leído que se extiende hasta el otro lado del mundo, pero que por el camino serpentea a través de bosques de pinos y alrededor de miles de lagos en Finlandia, antes de extenderse sin fin por la helada tundra rusa.

Aunque tuviera unas piernas sanas, no me serían de gran ayuda a la hora de salir al mundo. Al oeste y al norte de esta tierra estéril se extiende el océano Ártico; al este, las llanuras infinitas. Hacía el sur, el camino que conduce a las grandes ciudades es largo y tedioso.

*

En los orígenes de mi mudanza forzosa me embargaban la angustia y la rabia. Me levantaba de la cama para hacer ejercicio, como es mi costumbre, hasta varias veces al día.

Estoy parcialmente paralizada de media espalda para abajo, pero no me cuesta levantarme. La parte superior de mi cuerpo es fuerte. Me giro mirando al espacio de la habitación, saco una pierna y después la otra por el borde de la cama y, ayudándome de los brazos, las apoyo en el suelo con fuerza, como si quisiera que ella me oyese. Después, agarro las muletas, empujo el torso hacia adelante, me impulso y pongo de pie, en posición vertical, con el único apoyo de los brazos y de mis piernas espásticas. De esta manera consigo avanzar balanceando el cuerpo; no tengo más que girarme de un lado a otro para desplazarme hacia donde yo quiera.

En un primer momento, pensaba que mi estancia aquí sería corta. En cuanto Ragna se calmara un poco, me bajaría de nuevo y, tras unos días marcados por el silencio y el abandono, todo volvería a ser como antes: confrontaciones cotidianas, rondas de golpes y gritos, algún que otro ataque de ira. Lo único que deseo es volver a mi antigua habitación y a mi rutina diaria, a los momentos de distracción que me ofrecen mis queridos libros, a la calma corporal de despertarse de noche y por la mañana en la misma cama de siempre, con el baño en el pasillo, justo enfrente.

Pero ya va siendo hora de que me haga a la idea: hemos llegado a un abismo en nuestra relación de hermanas. Tras nuestra última y desgarradora discusión, ella finge haberse olvidado de mí. Estoy almacenada aquí arriba como un trasto más; desechada y estancada en el tiempo.

*

Duermo sin soñar y cuando me despierto me muevo por distintos

estados, como un río en calma. En esta condición, los únicos sonidos en los que me fijo y que identifico son los que provienen del piso de abajo. Pero hace tiempo que todo está sorprendentemente tranquilo y silencioso, sobre todo después de que Johan y Ragna salieran a cavar al jardín, y de eso han debido de pasar varios días.

¿Cómo puede haberme dejado aquí postrada? ¿Y a qué viene este palpable silencio, los murmullos y los pasos sigilosos de una habitación a otra, cuando ellos por lo general se hablan a voces, armando jaleo? Si creen que no los oigo, se equivocan los dos. Oigo sus conversaciones en voz baja y temblorosa, alguna que otra tarea, intuyo cuándo se revuelcan bajo las sábanas y la risa que brota entre ellos.

Pero oigo más cosas, porque creo que puedo diferenciar los sonidos del día y de la noche en esta estación sin oscuridad; y distingo también el silencio del sueño y el descanso de mi soledad.

Los detalles más ínfimos, las señales de lo que se estaba gestando, el ostracismo final y su rechazo: mi reflejo que no se queda fijado en el círculo de sus brillantes pupilas, mi imagen que rebota y no existe en aquella oscuridad.

Debí haberlo visto.

II. En el piso de abajo, un año antes

—Tienes que irte.

Está inclinada sobre mí. Es por la mañana y me lo dice antes de que me haya despertado del todo.

—Tienes que irte —repite y da un portazo al salir.

Tengo que irme. Es definitivo, lo ha dicho ella, lo que significa que ha decidido que ya no me aguanta más. Me pregunto hasta dónde llega ese sentimiento. ¿Le dan arcadas cuando echa la manta hacia un lado y ve mis piernas delgadas y flácidas? ¿Siente que se quema por dentro cuando me sirve la comida, cuando me lava la ropa? ¿Se ha convertido en un vacío andante, en un grito silencioso? ¿Está ausente en su propia vida, secuestrada, porque requiero sus constantes cuidados? ¿Ha empeorado todo desde que conoció a Johan?

Quiere llevarme a la residencia de ancianos del pueblo que está un poco más hacia el oeste, allí es donde quiere que viva, ya me había amenazado antes con eso. No soy muy vieja, solo soy paralítica, siempre he vivido aquí y nunca me iré de esta casa. En este lugar soy invisible y estoy alejada del mundo, pero también formo parte de todo: no hay astilla o nudo de madera en el suelo que no conozca. Aquí, donde el sol pasea incesante por el cielo durante todo el verano, soy más de lo que puedo soñar. Y ardo como leña vieja cuando el invierno se aleja tras el horizonte. Tengo la capacidad de sobrevivir, de vivir con lo que tengo.

La amenaza de echarme llega después de uno de nuestros habituales choques, en una noche templada de verano en la que me voy pronto a la cama y me acuesto rodeada de cojines. Hojeo uno de mis viejos libros, anoto un par de pensamientos en los márgenes, algo que siempre hago antes de apagar la luz y quedarme dormida. La ventana está entreabierta y es inevitable que se cuelen un par de mosquitos, a pesar de la malla del marco.

En la mesita de noche he encendido una espiral de incienso antimosquitos que he encontrado en un cajón de la cocina. El humo sube dibujando aros que se alejan hacia el umbral, donde está Ragna, que arruga la nariz. Abre la puerta con el pie, se acerca hasta la mesita de noche, palpa debajo de la pantalla de la lámpara con la mano temblorosa, y apaga la luz.

—No —le digo—. No —repito—. ¿No ves que estoy leyendo?

Ella no responde, pero agarra la espiral de incienso y la apaga contra la taza de té, la aplasta hasta que se rompe en trocitos candentes que enseguida se apagan. Agita la mano frente a los

labios que, apretados, dibujan una delgada línea.
—¿Qué te tengo dicho? —dice enfatizando cada una de las palabras—. ¡Me pongo mala con ese olor!
No le contesto y vuelvo a encender la luz. Me gusta tener la lámpara encendida, aunque el sol brille toda la noche; tiene algo que ver con las sombras que entran en la habitación. Ragna respira fuerte y estira el brazo para volver a apagar la luz, pero la detengo en el aire agarrándole fuerte la muñeca. Se retuerce, consigue soltarse y se endereza.

Mi hermana Ragna. Por un instante la veo desde algún lugar de hace muchos años, la observo desde allí en vez de desde el ahora en el que tiembla de rabia. La veo desde el tiempo en el que tenía el pelo largo y cobrizo, y un cuello fino le sostenía su cara ancha con cierta gracia y ligereza. Este punto de nuestra historia en el que siento, a regañadientes, un ramalazo de ternura por lo que ella fue y por aquello en lo que se ha convertido; el pelo en finos mechones, la cabeza estirada hacia el mundo sobre un cuello como una vara fibrosa, los músculos tensos, siempre dispuestos a cortar y talar.
Puede que ella sospeche la tibia sensación de ternura que me embriaga, porque se muerde el labio y me observa con los ojos semicerrados antes de darse la vuelta y salir de la habitación.

Me quedo dormida, tengo sueños agitados. Me despierto e inmediatamente llamo a Ragna.
—¡Ragna! —exclamo desde la cama—. ¡Ven! ¡Tengo calambres!
Hay un largo silencio, nunca viene a la primera, siempre tengo que llamarla unas cuantas veces. Por eso la reclamo al menor síntoma de molestia en las piernas. Si esperase demasiado tiempo, el dolor podría volverse insoportable antes de que ella apareciese por la puerta. Me retuerzo bajo el edredón, resoplo, gimo y jadeo.
—¡Date prisa! —balbuceo—. ¿A qué estás esperando?
La agarro del camisón que me cae sobre el brazo cuando llega arrastrando los pies y abre el cajón donde está la crema. Avanza a tientas con la cara contraída y los ojos cerrados. De manera mecánica se sienta en el borde de la cama y le grito:
—¡Date prisa!
Le tiro del camisón mientras se reparte la crema en las manos y finalmente retira el edredón hacia un lado y me frota las piernas desde el muslo, de arriba abajo, arriba abajo, rítmicamente, con desgana. Mantiene el gesto fruncido y gruñe al compás de sus movimientos, suaves ronquidos que emergen de su cuerpo encorvado.

¿Qué sabe Ragna del dolor? Ella, que nunca dice nada, aunque le den con un martillo en un dedo, aunque se pille el pie con la puerta o le pique una avispa en la mejilla; en el peor de los casos, deja escapar un suspiro. Ragna es una persona acorazada, protegida contra las agresiones, impresiones e impulsos, a pesar de su piel fina, casi transparente. Ragna es una persona a la que intuitivamente hablarías alto y de forma brusca para que te escuchara a través de su gruesa capa de protección.

—Más fuerte. ¿No puedes hacerlo más fuerte? —grito a pleno pulmón.

Me abalanzo sobre ella y la agarro del brazo. Se sobresalta, coge aire medio dormida y, sin mirarme, me aprieta los muslos con los dedos y frota con una suave presión que consigue que remitan los calambres. Cuando alcanza la parte inferior de mis piernas con las manos, alrededor de los tobillos, me parece oírla gruñir. Me doy cuenta de que está completamente despierta, aunque sigue sin mirarme. Parece estar alerta. Las dos sabemos que se pasará el resto de la noche dando vueltas en la cama.

Me hundo en los cojines. Tengo marcas rojas en la piel donde han estado las manos de Ragna, se me han pasado los calambres. Con un movimiento rápido, tira hacia abajo del camisón para taparme las piernas y me arropa con brío y desinterés con la manta, que está hecha un ovillo contra la pared. «¡Ya está bien! ¡Se acabó!», dice su cara, su cuerpo entero, y entonces se levanta respirando fuerte y de forma irregular por la nariz, como para decirme que se está conteniendo.

El vaso está vacío, tengo sed y me gustaría beber algo. El agua que me pone en la mesita por las noches se me suele acabar antes de que amanezca. No le costaría mucho trabajo rellenarlo, tengo un lavabo con agua fría y caliente en mi habitación. Pero no me atrevo a decir nada, me quedo mirando el vaso cuando Ragna guarda la crema. Sin mirarme siquiera, cierra el cajón y desaparece.

En el dormitorio del otro lado del pasillo la oigo tirarse a la cama con un suspiro.

¿Estará tumbada con los ojos abiertos? ¿Esos ojos de color marrón verdoso? Creo poder sentir su desvelo, el corazón que late agitado en su delgado cuerpo, la rabia siempre presente que genera la pérdida de la propia vida.

Pienso que está tumbada en la cama como una caracola negra, hueca y con una dura cáscara que protege el camino que se enrosca hacia su interior más profundo. Si acercara el oído a su boca, no oiría más que el murmullo de la nada.

Una nada tan absorbentemente negra que cuando Ragna se despierta a la mañana siguiente no piensa en otra cosa que en deshacerse de su hermana.

*

«¿Tenemos fuerzas para esto?», debieron de pensar mis padres cuando se sentaron en la cama y miraron a la niña enferma que les había llegado tan tarde en la vida. Hasta ese día la habían visto como un huésped al que no es necesario prestar demasiada atención; un huésped que se preocupa de su propio bienestar, con una independencia única. La hija estaba a punto de cumplir cuatro años, puede que últimamente estuviera demasiado pálida, pero crecía y eso, sobre todo, era motivo de alegría.

Más tarde, cuando casi no podía mover las piernas, los padres se dijeron entre susurros que la niña se había quejado de dolores musculares y de cabeza, pero tuvieron que admitir que no tardaron en olvidar el asunto, porque los niños tienden a exagerar.

Tenía bastante fiebre y se quejaba constantemente de que le pasaba algo raro en el cuerpo. Los ancianos padres se miraron entre sí, sin saber qué creer, y le pidieron a su hermana, cinco años mayor, que se quedara con ella; ellos tenían demasiadas cosas que hacer. Los días pasaban como la niebla. ¿O fueron horas? La niña no lo sabe, nunca le han dado una respuesta en condiciones. Miraban para otro lado, contestaban con frases vagas o se quedaban mudos cuando ella preguntaba una y otra vez: «¿Cuánto tiempo? ¿Cuánto tiempo estuve postrada en casa antes de que me llevarais al hospital?». Está prácticamente segura de que pasaron por lo menos veinticuatro horas, porque tiene un vago recuerdo de su hermana sentada junto a la cama, clavándole los ojos brillantes mientras afuera el cielo de otoño cambiaba la luz por la oscuridad.

En el hospital, a muchos kilómetros de allí, en la costa, le hicieron pruebas en la cabeza, la espalda y las piernas durante varias semanas, puede que meses. Nadie recuerda cuánto tiempo estuvo fuera, y todo lo que ella conserva en la memoria es la ausencia que la estremecía y le congelaba el pecho. Sus padres no podían estar con ella, esas eran las reglas; tampoco podían ir de visita y, de todas formas, ¿quién si no iba a cuidar de su hermana, de la casa, de las ovejas que tenían en aquellos tiempos? Así se excusaban ellos en cualquier caso, cuando ya de adulta los confrontaba con sus propios recuerdos: que la dejaron abandonada tras la puerta del hospital.

Pesadez de estómago y de corazón: no eran los dolores ni las pruebas ni la fiebre ni las personas desconocidas, sino las noches en que se despertaba en una cama rodeada de irrigadores y, confundida, llamaba a gritos a su hermana y a sus padres y no venía nadie, excepto el agotamiento y el vacío que poco a poco iban llenando la ausencia de aquellos a quienes añoraba.

Cuando la acostaban a dormir, se ponía a estudiarse los dedos de las manos. Vio que tenía los mismos en una y en otra y que cuando los estiraba, se extendían igual de lejos. Tenía las piernas marchitas. No completamente insensibles, no eran dos paisajes muertos separados de su propio cuerpo; si quería, podía mover los dedos de los pies. Se fijaba en las casas que veía por la ventana, los distintos colores, formas, las tablas que faltaban en una veranda, los muros de hormigón pelados, las filas irregulares de los tejados a lo largo del horizonte; y cuando levantaba la manta, el contorno de los dedos de los pies, la línea que desde allí le subía por las piernas, el sutil arco del hueso de la cadera hacia el estómago. Se asió a todo lo que era tangible y seguro; se abrió a las superficies, formas, líneas y siluetas, mientras que, en su interior, lo que respiraba y sentía y se movía, se encogía y se marchitaba.

Su corazoncito. Seco, como los corazones de animales que guardan en la despensa y que su hermana cocina con nata.

¿Cuán seca, cuán dura estoy? Las lágrimas que no llegan, que deberían brotar de la garganta y los ojos. Las fronteras abruptas entre lo que quiero y no quiero. El filo de las palabras.

Mentiras. Todas las mentiras. Estoy furiosa, enferma por pensar en que me lleven lejos de este lugar, abrumada por la presencia de estas mismas paredes, movida por el suave suspiro del viento que se cuela justamente por esta grieta de la ventana, conmovida por mirar el mundo desde esta misma habitación, las llanuras, desde este puntito de la tierra.

*

Nuestros padres fallecieron demasiado pronto y en un espacio muy corto de tiempo, y así, mi hermana y yo nos tuvimos que hacer cargo la una de la otra a la edad de diecinueve y veinticuatro años. O desde el punto de vista de Ragna: así se tuvo ella que hacer cargo de mí. O como yo lo veo: ella y yo en esta casa, dos personas inmóviles en un mundo en continuo cambio, nosotras dos, que nos aferramos la una a la otra mientras pasan las estaciones, mientras crecen los abedules, mientras los arbustos que cubren los alrededores de la casa y los viejos

caminos de tierra vuelven a brotar. Año tras año nuestra vida está en el mismo punto; los días con sus horarios de limpieza y comidas; los años con las marcas inmóviles de la Navidad y la Noche de San Juan. Todo ha sido soporíferamente idéntico durante veintinueve años, hasta aquel primero de mayo en el que Johan apareció en nuestra puerta.

Por supuesto, nuestra vida cotidiana siempre ha estado colmada de cierto dramatismo. Acontecimientos en apariencia mundanos pueden debilitar o acrecentar nuestra constante lucha por el poder. Estos acontecimientos son bastante parecidos y se repiten a intervalos regulares (también tras la llegada de Johan), con tanta frecuencia que no me cuesta describir la media o, mejor dicho, la acción o el curso medio de las cosas.

Así puede desarrollarse nuestra relación una mañana cualquiera al despertar:

Los cuervos graznan, el viento sopla y desde la ventana fijo la mirada en el abedul de afuera mientras Ragna prepara el desayuno en la cocina.

—Si yo no soy una buena hermana, no sé qué es ser una hermana —trina desde su cuello largo y delgado. Todavía no se ha dejado caer por mi habitación, me las he arreglado para ir al baño y volver. Me llevó por lo menos media hora y tampoco vino a ayudarme. Por fin, de vuelta en la cama, agotada e impaciente, espero la comida. Ragna siempre tiene mil tareas antes de ponerse a preparar el desayuno—. ¿Con qué quieres el pan, querida hermana? —prosigue con la voz que pone para fingir una cierta calidez y consideración.

—Con queso.

—Con queso, entonces. El queso es bueno. ¿No estás contenta de que haya comprado el queso que te gusta?

—Sí.

Enseguida está en la habitación con la bandeja en la mano.

—Come, anda, que estoy ocupada; voy a ahumar los corazones hoy. No hay por qué perder el tiempo. —Se queda de pie y me mira coger el pan, mirarlo embobada y darle un mordisco—. Venga, ¿a qué estás esperando? ¡Come! ¡Es queso! Tengo muchas cosas que hacer.

—No hace falta que te quedes ahí de pie —digo entre un bocado y otro. Me resulta difícil masticar, casi no tengo saliva en la boca al no haber bebido apenas agua por la noche.

—Quiero lavar los platos antes de irme. La cocina tiene que estar limpia y despejada cuando regrese con los corazones. Necesito espacio para colgarlos en la despensa.

Mastico y mastico para que el pan se mueva por la boca y se genere saliva para ablandar la miga y poder enviarla al estómago. Ragna está ahí de pie, con ropa de calle, y camina a pasitos cortos hacia la ventana, se queda mirando el brezo apretando los dientes, pero pronto desvía la atención a mi boca, que me cuesta mantener cerrada para tapar los dientes y el pan.

—¿Me das un vaso de leche? —digo cuando por fin consigo tragar.

Ragna sale de la habitación a toda prisa y regresa inmediatamente con un vaso y una jarra de leche que tintinean. Me pone el vaso delante.

—Bebe.

Acabo de dar otro bocado. Tengo la boca llena de pan, la miro vacilante y me señalo el bulto de la mejilla. Ella suspira con impaciencia, me acerca el vaso a los labios, me obliga a abrir la boca y vierte en ella la leche. Trago y trago, no es fácil, porque al mismo tiempo tengo que tener cuidado de que el pan no se me deslice hacia la garganta. Le agarro las manos para alejar el vaso, pero entonces unas migas de pan me raspan el gaznate, me atraganto con la leche y toso y lo expulso todo sobre su brazo.

—¡Serás marrana! —Ragna apoya el vaso de un golpe en la mesita, se limpia el brazo con las sábanas y se levanta—. Yo solo quería ayudar y mira lo que pasa. Bueno, bueno, pues te las vas a tener que arreglar sola.

Sale de la habitación pisando con fuerza y se va a la cocina, donde la oigo rebuscar algo en la encimera y servir café en un termo con movimientos rápidos.

Recojo las migas de las sábanas y las pongo en la bandeja, me como lo que queda de la rebanada, tengo el pecho mojado, pero como y como y me dispongo a beber la leche cuando ella vuelve de nuevo junto a la cama. Sonríe mostrando los dientes, tan repentinamente como me arrebata el pan y el vaso de las manos.

—¡Qué bien que hayas terminado! —dice apoyando el vaso en la bandeja.

Me quedo sentada, atónita, con las manos congeladas en una posición: una de ellas, sin vaso de leche; la otra, justo delante de la boca, sin pan. Debe de resultar ridículo, pero me quedo sentada así mientras escucho el tintineo del vaso contra la bandeja cuando ella se dirige a la cocina, cuando tira las sobras del pan y se pone a fregar. Chin, chin, como campanitas.

Y en un abrir y cerrar de ojos, ha salido por la puerta.

*

Así puede desarrollarse una tarde cualquiera:

Ragna descansa en su habitación, yo en la mía. Dormimos quizá una media hora antes de que me entren ganas de orinar. Doblo la manta hacia un lado tan cuidadosamente como puedo, casi sin hacer ruido, para no despertarla. Pero no puedo evitar respirar, tal vez resollar, cuando me incorporo de la cama. No puedo evitar que las muletas chirríen cuando las apoyo en el suelo, el frufrú de las telas al rozarse unas con otras cuando me deslizo de la cama y planto los pies en el suelo. Cuando me levanto, ya no cabe duda. Los crujidos y chasquidos de las articulaciones y la espalda revelan que mis pasos tienen como objetivo el cuarto de baño, y ahora solo es pertinente una cosa: acelerar, moverme a un ritmo que me permita llegar al baño antes de que Ragna perciba mis pasos. Pero a pesar de todos mis esfuerzos, con el más leve soplo de aire en la nuca sé que va a ocurrir lo de siempre: Ragna me adelantará justo antes de que llegue a mi objetivo, y antes de que me dé tiempo a protestar, se sentará en el servicio y cerrará la puerta tras ella.

(Esto es todo lo que sabe Ragna de esperar desde el otro lado de un agujero:

Se tumba en uno de los lagos de la zona con la mosca y un ojo en la abertura que ha hecho en el hielo, abrigada y calentita en su traje de piel de reno. Pronto llegan las truchas árticas, gordas y hermosas, tardan una media hora en morder el anzuelo. Ella espera, regodeándose en su sensación de bienestar, tira un poco del sedal, quizá tome una taza de café, espera a que lleguen los peces, grandes y rojos, hacia el agujero, su agujero en el hielo: perfecto y profundo. El nivel del agua sube, salpica y vuelve a bajar, pasa una nube, Ragna entorna los ojos hacia el despejado cielo invernal y entonces algo tira de la mosca, el pez ha mordido el anzuelo y ahora ella lo arrastra hacia afuera, sacándolo de su húmedo escondite. Ragna sonríe y lo agarra alrededor de las branquias, piensa en la sartén de casa mientras le parte el cuello; el pez, medio muerto, se retuerce en el hielo granuloso; pronto estará limpio y brillante de grasa).

Estoy frente a la puerta del baño; con el peso de mil mares y diez mil truchas árticas. Que alguien me ayude, la mosca, la mosca, no hay tiempo que perder, el agujero en el hielo está a punto de romperse, de rebosar, cascadas de agua y peces por el suelo.

—¡Ragna! ¿Por qué te has encerrado?

—Porque quiero un poco de tranquilidad, idiota.

—Ya, pero primero tengo que hacer pis.

—No, ahora estoy yo.

—¡Ragna!

—Sí, por eso he cerrado la puerta. Si no, no hay forma de estar un rato en paz.

El nivel del agua sube, salpica y vuelve a bajar, sube, salpica y vuelve a bajar, fluye de mil ríos, llena los lagos, gotea y borbotea y corre, no puedo caminar, apenas puedo seguir de pie, no puedo sentarme ni tumbarme, estoy bloqueada, inmóvil, si me muevo, el agua se desbordará anegando todo rastro de vida.

—¡Ragna, abre!

Me apoyo con cuidado en la puerta sin mover los pies ni la parte inferior del cuerpo, pego la oreja. ¿Qué estará haciendo?

A través del sonido de la cisterna puedo distinguir la respiración pausada de Ragna, pequeños gemidos suaves que indican que le está costando, debe de ser por la cantidad de carne que hemos comido últimamente, la casquería que preparó hace poco.

Le doy un tiempo, intento pensar en otras cosas, conseguir que los fluidos se reabsorban. Pensaré en un cálido día de verano, en eso voy a pensar, un día de verano con la colada tendida afuera, blanca y limpia, meciéndose en la suave brisa al compás del zumbido de las moscas, el susurro del abedul, el borboteo del arroyo al fluir…

—Ragna, ¡termina de una vez!

Aporreo la puerta con la muleta.

¿Qué se oye allí dentro? ¿Se está riendo? Vuelvo a pegar la oreja. Algo le bulle y le burbujea en la garganta, y entonces explota y le brota una carcajada que inunda la habitación.

—¡Ragna! ¡Ragna! —me imita cambiando la voz—. Ragna, ¡termina de una vez!

Tranquilízate, me digo a mí misma. Pon la mente en blanco. No te preocupes. Es posible que con estas palabras me sumerja en un estado de paciencia, que sea capaz de esperar unos segundos, sí, quizá un par de minutos, hasta que oigo el sonido del agua. Es Ragna, que ha terminado de limpiarse y ha abierto el grifo. Silba muy alto y deja el agua correr, no hay melodía, solo el eco de su interior hueco en lo que parece un tonillo alegre.

No va a parar. El dique se vence ante la presión y el agua se desborda. Sucede en un instante, pero me da tiempo a experimentar en el cuerpo una sensación dividida: el dolor de aguantar y el alivio de, por fin, dejarse ir. Inmediatamente me envuelve la tristeza, brotan las lágrimas, puede que por el alivio o por el dolor o por ambas cosas, pero lloro y me dejo ir, lloro y me dejo ir, es hermoso y es triste, es placentero y doloroso, lloro por mí y por las carcajadas de Ragna, por su rabia oculta en cada gemido, y por lo que está por venir; sus cuerdas vocales restallando y fustigándome cuando descubra la que he armado en

el pasillo.

*

Y así pueden desarrollarse muchas de nuestras mañanas:

Me siento en el retrete. El asiento está por fin caliente y he encontrado la postura correcta para poder quedarme aquí hasta que termine la tarea que me ocupa. En momentos así, me invade una calma inusitada, y entonces no cuento los minutos ni las horas, el tiempo pasa mientras me observo las cutículas y las palmas de las manos, los maravillosos dibujos del revoque de las paredes y, por supuesto, también susurro frases y palabras que vienen a mí, rítmicamente, pequeños versos inspirados en el susurro de la ventilación, el goteo del grifo, los crujidos de la casa a mi alrededor: shhh, shhh, plop, plop, tic, tac, toc, pim, pam, pum, cric, crac.

Toc, toc.

—¡Termina de una vez!

Me quedo congelada. Suenan y pitan las alarmas, los procesos en curso se paran y se repliegan, ¡en sus puestos!, ¡en sus puestos!

—Llevas una eternidad ahí sentada. Ya va siendo hora de que le cedas el sitio a los demás.

Suspiro. Todo estaba yendo como la seda. Si Ragna no se calma, me costará siglos volver a concentrarme.

—Ragna, ahora estoy yo.

—Sí, joder, siempre estás tú. O eso, o quieres entrar. —Ragna da un par de patadas a la puerta, pero se retira. Por sus pasos puedo adivinar que se ha ido a su habitación y se ha tumbado en la cama. Respiro aliviada e intento volver a mi líquida calma. Es más fácil de lo que me temía, y estoy a punto de disolverme en dibujos y en palabras casi inaudibles cuando mi hermana vuelve a golpear la puerta—. Que termines de una vez te digo. —Ragna pega la boca a la puerta. Oigo su respiración. De otras experiencias he aprendido que es mejor mantenerme en silencio para no alimentar su furia, que crece por momentos. Así, además, puedo ganar algo de tiempo. Ragna espera fuera, pero no para quieta. Enciende y apaga el interruptor—. ¡Fuera! ¡Fuera! ¡Fuera! —dice al ritmo de la luz.

El cambio de la luz a la oscuridad es hipnótico, pero después de un rato me empiezo a marear.

—Para ya, Ragna, que me estoy mareando.

—Por mí, como si vomitas si no sales pronto.

—No lo dices en serio.

—Claro que sí, joder. ¿No te das cuenta de que yo también tengo que entrar?

Conciencia sin límites. No tengo otra elección que rendirme ante su urgencia, olvidar mis propias necesidades que, de todas formas, han disminuido con tanto alboroto.

—De acuerdo —suspiro en alto y agarro las muletas, preparándome para el laborioso proceso que supone levantarme y colocarme la ropa en su sitio. Sinceramente, lleva su tiempo, y eso que me doy toda la prisa que puedo, pero para subirme los pantalones tengo que pedirle ayuda a Ragna, que ahora tiene que asistirme también con eso—. ¡Está libre! —grito, y apoyo la mano sobre la puerta para abrirla—. Pero tienes que ayudarme —prosigo echando un vistazo al pasillo.

A pesar de todo, estoy mejor aquí fuera, y hay más espacio para que Ragna pueda arrodillarse a subirme los pantalones, pero en cuanto cruzo el umbral de la puerta con los pantalones por los tobillos, Ragna entra corriendo al baño. Me giro y estoy a punto de decir algo, pero ella cierra de un portazo antes de que pueda pronunciar palabra.

—Tendrás que esperar —exclama, estallando en una carcajada teatral.

Suspiro y me quedo ahí de pie, y en ese instante de mi tortuosa existencia siento la corriente de aire en el trasero cuando se cierra la puerta, el temblor de las rodillas por las prisas. Y cuando oigo a Ragna reírse sola al sentarse aliviada en el retrete ya caliente, no puedo por menos que reírme un poco yo también.

*

No negaré que Ragna y yo hemos vivido muy buenos momentos a lo largo de los años que hemos pasado solas en esta casa. Pero son en gran medida estacionales y dependen del tiempo, o del invierno, mejor dicho. Sí, porque cuando la tormenta arranca las planchas de madera de la fachada, cuando las ventanas se sacuden y la chimenea gime con las violentas ráfagas, es cuando mejor lo pasamos. En esas condiciones climáticas, la casa está congelada, y lo único que podemos hacer es quedarnos en la cama las dos. Pero en la lucha contra los elementos tenemos una causa común: salvarnos a nosotras mismas y a nuestra casa.

—Voy a echar un poco más de leña —puede que diga Ragna antes de salir de la cama.

—Muy bien. Es importante que el fuego no se apague —puedo contestarle yo.

—Tenemos que intentar dejar abierto el grifo. Vete al baño tú primero —me dice ella más tarde.

—Claro que sí —le respondo—. ¿Necesitas otra manta? —le pregunto.
—No, abrígate bien tú —me contesta.

También puede ocurrir que Ragna y yo nos mudemos a la cocina y que ella ponga los colchones justo al lado de la chimenea, pegados el uno al otro:
—Bueno, ahora hace demasiado frío. Tenemos que hacer lo que podamos con lo que tenemos —puede que diga ella haciendo acopio de edredones y cojines.
En momentos así, ni nos miramos ni conversamos, pero sí que decimos cosas para nosotras mismas:
—¡Menuda ráfaga del demonio!
O:
—Ahora sí que se pone fea la cosa.
O:
—¡Joder! ¡Vamos a salir volando!
Y entonces nos tumbamos en el colchón, dándonos la espalda, y nos acurrucamos bien, calentitas y tranquilas, bajo las mantas.
En esos momentos, en la oscuridad, quizá a la luz de una vela, sucede que me sobreviene la sensación intensa y repentina de que Ragna y yo somos un cuerpo, que somos completamente inseparables. Noto cómo poco a poco hemos entregado partes de nuestra anatomía en beneficio de la otra; que después de los años, de los conflictos y los encontronazos, hemos formado, amasado y creado un organismo distorsionado y asimétrico pero completo. Ragna tiene el cuerpo y yo tengo el alma. Ella echa más leña, yo pienso. Ella prepara el té, yo leo y escribo. Y ambas estamos de acuerdo: Dios, ¡qué frío hace!

*

Un jueves, hace dos meses, unos golpes en la puerta principal nos sacan de nuestra vida cotidiana. Johan, alto y ancho de espaldas y con la tripa colgando por fuera del pantalón, no espera a que le abramos o le demos la bienvenida, no: entra directamente a la cocina, donde Ragna y yo estamos sentadas. Se para con las piernas abiertas frente a la chimenea, y nos cuenta que se ha venido a vivir a la casa de al lado, que lleva más de treinta años vacía, que tiene un contrato indefinido con el Estado y que se va a dedicar a la caza y a la pesca. Escucho la conversación que mantiene con Ragna, no hago preguntas, ni siquiera de dónde viene. No me resulta natural y, como no hemos hablado mucho desde entonces, aún no sé a qué se dedicaba antes.

Johan es un hombre que viene para quedarse. Ya en su segunda

visita se dirige al frigorífico y se sirve un vaso de leche sin preguntar, apoya los pies en la mesa y mira a Ragna como si le perteneciera. Ragna se cabrea, le quita los pies de la mesa y lo pone inmediatamente a trabajar.

—¿Sabes reparar herramientas? —le pregunta Ragna, que siempre lo arregla todo ella misma, y lo golpea con fuerza en la espalda.

—Claro que sí —responde él, y se dispone a mirar las herramientas sin quitarle ojo a Ragna.

A mí ni siquiera me mira. Estoy sentada a la mesa de la cocina, en silencio, con las muletas en el regazo.

Las visitas no tardan en ser cada vez más frecuentes.

Ragna hace pan, el más grande y tierno que he probado nunca; y tartas, muy dulces, con un relleno tierno.

—Se te dan que te cagas las tartas —suspira Johan echando mano a la última que ha salido del horno.

—Y tú eres un pozo sin fondo —replica ella.

Ragna manda. Johan trabaja. Se pasa mañana y noche yendo y viniendo de su casa a la nuestra con clavos y martillos, destornilladores y sierras. Cuatro semanas después de su primera visita, el tejado está arreglado. Las tuberías, desatascadas. Las tablas de madera medio podridas de la fachada, repuestas. Los marcos de las ventanas, lijados y pintados.

El sol entra por las ventanas recién lavadas, la casa huele a limpio y a pan recién hecho.

Un día, Johan viene con una bolsa de plástico con ropa vieja. Saca unos pantalones y los acerca a la lámpara. La luz pasa a través de la tela desgastada, revelando dos grandes agujeros en la parte trasera. Se encoge de hombros y expresa con la mirada lo triste que es tener que ir así de zarrapastroso. Ragna le quita los pantalones de las manos con una sonrisa irónica, le hace un gesto con la cabeza para que se siente y se va a buscar la máquina de coser que guarda en un armario del pasillo. En silencio y con soltura, enhebra la aguja; sumamente concentrada, pone un parche en cada agujero y coloca el pantalón en el prensatelas de la máquina.

Ragna se sienta recta, coge aire y pisa a fondo el pedal. Va a toda velocidad, el pantalón vuela de un lado a otro, de aquí para allá, bajo el tenaz golpeteo de la aguja. Johan observa en silencio la potencia, la seguridad, la energía violenta. El pantalón está listo en un periquete. Ragna lo sostiene en alto, lo gira a un lado y al otro para que Johan pueda ver el resultado, y entonces se lo tira al regazo sin mediar palabra, con una sonrisa de oreja a

oreja.

*

Apenas cinco semanas más tarde me doy cuenta de que poco a poco, de forma casi imperceptible, la naturaleza de las visitas ha cambiado. El innovador equipo de trabajo se ha vuelto más físico y directo; ahora, al parecer, se ocupan de examinarse el uno al otro.

Como, por ejemplo, aquel viernes que Johan vino a cenar. Yo también estoy sentada a la mesa, mi hermana está en el medio con Johan sentado a su derecha. Ragna ha puesto el mantel y ha decorado la mesa con un ramo de laurel de San Antonio. Como con mis mejores modales, para no perturbar el ambiente formal.

No digo nada, hago como si no me estuviera dando cuenta de lo que veo y poco a poco comprendo: Johan sonriendo con una patata en la boca le mira el escote a mi hermana. La mesa se mece, las flores se balancean, el pecho de Ragna se ha puesto de un rojo encendido. La cocina hace ruidos sordos y se divide en dos mundos: lo que sucede sobre la mesa, y lo que ocurre por debajo.

O como aquel lunes que Johan volvió del pueblo por la tarde con un saco lleno de comida. (El día anterior le había ofrecido a Ragna ocuparse de hacer la compra semanal en el pueblo. No es ningún esfuerzo y no, no es tanto, tiene moto y, de todas formas, tiene que hacer sus propios recados). Está sudado, deja el saco en el suelo de la cocina con un gruñido. Ragna abre la despensa, saca las cosas y las coloca en las estanterías. Una ráfaga de aire frío y el olor de la carne seca y las patatas viejas se cuelan en la cocina. Johan se mete con ella en el pequeño cubículo. Desde mi habitación puedo verlos a los dos. Desde aquí también veo cómo él le tira del jersey y se lo baja hasta los hombros; cómo le mete las manos por el cuello y le agarra los pechos, que apuntan en direcciones distintas. Johan soba y amasa, mi hermana balbucea, y me lanza una mirada antes de volver a cerrar la puerta.

O como esa mañana cuando Johan llega antes de que Ragna se haya levantado y mucho antes de cuando yo acostumbro a amanecer. Me deben de haber despertado sus pasos, y cuando llama a la ventana de Ragna, suavemente y con delicadeza, me desvelo del todo. Ella sale de la cama de un salto y le deja pasar; por la rapidez de sus movimientos intuyo que lo estaba esperando despierta. Susurran, creen que nadie los ha descubierto. Se abre la puerta de la calle y entra una ráfaga de viento que hace crujir las vigas del techo.

Duermo, no duermo, intento regresar a un punto del sueño que me permita evitar ser testigo de lo que temo que está a punto de suceder. Cierro fuerte los ojos. Johan ha cerrado la puerta de la habitación de Ragna, ahora le quita el camisón, la tela cae al suelo, las paredes son tan finas que parecen de papel. Me concentro en respirar, una respiración profunda y pesada, como de sueño, regular y rítmica. Ven, calma, ven, sosiego, libérame de mi hermana que respira cada vez más fuerte, que toma aire de forma irregular siguiendo el ritmo de los gemidos que Johan reprime. Él le agarra los pechos, esos viejos colgajos, sus grandes puños se clavan en la carne de ella, que hierve, bulle y borbotea. Él ya se está moviendo en su interior, lo huelo desde aquí, los fluidos, las babas que se mezclan, mi hermana amasada que fermenta. Cojo aire, abro los ojos, trago saliva y tarareo el himno nacional: «*Ja, vi elsker dette landet som det stiger frem!* —sigo más alto, a pleno pulmón—. *Furet, værbitt over vannet, med de tusen hjem!*».

Contengo la respiración. Se oyen susurros excitados. Provocaciones en voz baja, mi hermana se queja, manos torpes, Johan prosigue, con los dedos en la carne, la desgarra y la penetra mientras yo tarareo, fuerte: «*Elsker, elsker det og tenker på vår far og mor*».

Algo sucede. Pies que tropiezan, Johan da una última embestida y mi hermana se contrae, veo lo que oigo: su cuerpo que se entrega mientras ella, apretando los dientes, dirige una mirada furiosa hacia la puerta.

Aúllo. Johan estalla en un gemido, mi hermana deja escapar aire seco por la rendija de la boca.

Silencio. Estoy tumbada con los ojos cerrados, intento hundirme en la calma, respirar pausadamente. La puerta se abre de golpe. Ragna está de pie, medio desnuda, temblando. Siento su olor en la cara, el sudor en las manos golpeándome la piel, me toco la mejilla, la miro, desaparece, puedo contarle las vértebras que le sobresalen por la espalda.

*

Siempre me ha gustado pensar que Ragna es de las que encuentra un anhelo en cada experiencia, en todo lo que ve y huele y siente; que es del tipo de personas que busca algo más cada segundo. He llegado a pensar que su cuerpo y su alma están dolorosamente separados, que hay una discrepancia constante entre su yo insatisfecho, que siempre quiere algo más, y la monotonía corporal del trabajo, el descanso y sus biorritmos. He pensado que el espíritu de Ragna nunca estará en paz dentro de

las fronteras que delimitan su cuerpo, que siempre mirará con ansia hacia el exterior infinito y hacia su propio interior. Y también he pensado que ese anhelo es en realidad un ansia de irse lejos, después de que todo acabe.

Pero algo ha ocurrido. En sus ojos hay expectación, una mirada inquisidora cuando Johan está cerca. Tal vez fuera la misma que tenía cuando le puso las manos en los hombros, cuando se inclinó hacia él por primera vez; tal vez con ese mismo movimiento también eligió la vida.

¿Acaso siente una punzada en el pecho al saber que sus placeres terrenales son tan cortos, nada más que un suspiro arrebatado al infinito? ¿Duele más que el doble de mil eternidades pensar en lo que se irá, en que algo ha acabado ya en el momento del beso?

*

Johan. Una mañana en la que decido desayunar en la cocina lo encuentro comiendo sentado en mi sitio. Me pongo a su lado, me apoyo con fuerza en las muletas, empujo un poco la silla, indicándole que se mueva. Ragna me mira, pero Johan sigue hablando infatigable. Sin girarse, se estira para alcanzar la mantequilla y la unta generosamente en el pan.

—Joder —dice—, deberíamos tener tasas para turistas. Los alemanes vienen en tropel todos los veranos. —Johan sigue sentado en mi silla. La silla en la que prefiero sentarme para comer. En la que tengo que sentarme para no hacerme daño en la espalda. Pero él hace como si nada y prosigue—: Un tipo me contó una anécdota graciosa el otro día. —Le da un sorbo al café —. Su mujer estaba echando la siesta al sol delante de casa, y cuando se despertó, estaba rodeada de un montón de alemanes que la señalaban y hablaban todos a la vez. No le prestaron atención, ¡y eso que estaban en su puta finca! —exclama. Golpeo una muleta contra el suelo. Johan sigue sin darse la vuelta, pero baja el volumen, y le dice a Ragna con indiferencia—: ¿Qué es lo que quiere esta?

—Estás sentado en su silla.

—Y ¿no puede buscarse otro sitio? Coño, ¿no ve que estoy comiendo?

—¿No puedes esperar? —me dice Ragna.

—¿Esperar? —le digo—. ¿Tengo que esperar por lo que es mío?

Johan se ríe, no de mí ni conmigo, se ríe con Ragna, como si mis necesidades les resultaran divertidas.

—Está desquiciada esta tía; no debe de ser fácil para ti, Ragna.

—¿Estás ciego además de sordo? —Golpeo de nuevo el suelo con la muleta—. Estoy justo a tu lado. Si tienes algo que decir, me lo

puedes decir directamente.
Johan se ríe, se sirve otra rebanada de pan y le unta una buena capa de mantequilla con movimientos firmes.
Tengo la muleta levantada, la he elevado y ahora apoyo el extremo, la goma sucia, en la muñeca de Johan. Él se queda sentado, totalmente rígido, y le lanza una mirada gélida a la muleta.
—Dile a tu hermana que me quite esta porquería de encima —dice en voz baja.
Ragna se levanta, sonríe con resignación, y tira de la muleta hacia sí. Pero yo enseguida la vuelvo a poner en el mismo sitio, el frío metal contra la piel de Johan; una llamada a la rendición. Es imposible ignorarme—. Ya está bien, me cago en la puta —dice Johan y se levanta de golpe, empujando la muleta con una fuerza que me hace perder el equilibrio y caer de espaldas contra la pared.
Apoyo las manos, me tenso con todas mis fuerzas, pero me resbalo por la pared hasta que caigo al suelo. Es más de lo que puedo soportar y pronto me empiezan a temblar las piernas del esfuerzo repentino.
Johan se limpia la boca con el dorso de la mano.
—Ya está bien de rollos, joder —exclama y coge la cazadora del respaldo de la silla.
Ragna está de pie, confundida. Ahoga un gemido, va a decir algo, pero no acierta a hacer nada más que agarrar a Johan, que se zafa y se escapa a toda prisa.
—¡Johan! —grita desesperada—. ¡Johan!
Él se gira hacia la puerta, extiende los brazos en un gesto exagerado y pone los ojos en blanco. Dice con todo el cuerpo que él no puede hacer nada, que el problema no es él, sino el despojo humano que está tirado en el suelo de la cocina.
Justo cuando cierra la puerta tras de sí, con fuerza pero con control, Ragna viene hacia mí. Me agarra del brazo y me sacude, tira con fuerza en un intento enfurecido de levantarme del suelo. Sin dejar de sollozar.

*

Los días y las semanas vienen y se van. Me deslizo en un ritmo pausado de calma y rutina. Es un espejismo, eso lo sé, porque debajo de la confiable superficie arden las conspiraciones y el exaltado deseo de mi hermana por tener su propia vida.
Si quiero mantener mi derecho a vivir aquí, debería perfeccionar cualidades como la vigilancia y la sospecha, y para subrayar esta decisión me escribo esas cualidades en la mano en

letras mayúsculas.

Es una costumbre que tengo, apuntar lo que pienso; enseguida lo escribo en un trozo de papel cualquiera. Pero en esta casa hay que pelearse por todo lo que se pueda quemar: circulares del Gobierno, catálogos y los periódicos que compramos los lunes. Ragna lo reclama todo para encender el fuego.

—Ragna, acuérdate de comprarme un cuaderno —le digo cuando va al pueblo a hacer la compra.

—Vale, vale —me responde impaciente y vuelve a cerrar la puerta.

Otras veces le pido libros.

—Ragna —le digo—, ¿podrías pasar por la biblioteca de camino a casa?

No me responde, nunca promete nada, pero de vez en cuando, quizá cuando ya han pasado varios meses, sucede que cumple mis deseos y viene a casa con dos bolsas llenas de libros. La selección siempre es una sorpresa. Sospecho que los coge a toda prisa, sin pararse demasiado a elegirlos, porque los temas pueden ir desde la anatomía hasta el bordado, pasando por la historia del arte y los permisos de caza. Cree que no me importa demasiado, que no tengo ningún deseo ni preferencia en particular, y está en lo cierto, lo leo todo, y así es como me he familiarizado con el mundo.

Mientras tanto, mientras espero un cuaderno y nuevos libros, garabateo en secreto en los diez volúmenes de la enciclopedia *La universidad en casa*, y leo una vez más los viejos libros de texto y las novelas que nuestros padres encargaron por catálogo cuando Ragna y yo éramos adolescentes y querían ofrecernos cierta formación. Los libros me pertenecen, los guardo debajo de la cama. Ragna nunca ha mostrado interés por ellos. Por eso he podido llenar página tras página de *La universidad en casa*, los márgenes, todos los espacios en blanco, con todo lo que he pensado y sentido a lo largo de los años. Aprendí de mis padres a leer y escribir, y sobre todo de Ragna, a quien algunos días de la semana venía a buscar un taxi para llevarla a clase en el mercado del pueblo, que también hacía las veces de escuela. Pero era demasiado cansado, había que levantarse al alba y acostarse tarde, así que después de algunos años se decidió que recibiría clases en casa: Ragna se sentaba a la mesa de la cocina, deslumbrada por un libro de matemáticas que mis padres, desconcertados, miraban negando con la cabeza: «No, mejor ayuda a tu hermana a aprender a leer y escribir».

*

Las palabras. Aún me hacen sentir vértigo, incluso años después de nuestro primer contacto. Pero cuando empecé, poco a poco, a cambiarlas de orden en las frases, el vértigo se convirtió en una obsesión. Puedo sentir que caigo de cabeza al pozo o al abismo más profundos solo con cambiar un sujeto, un complemento, un verbo, un adjetivo:

Mi hermana y yo vivíamos solas entonces; el camino desde la casa del hombre de allí al lado es cenagoso y está resbaladizo.

La casa es de mi hermana. El hombre cenagoso y resbaladizo vive allí. Desde entonces yo estoy sola y al lado del camino.

Hacía muchos años que no jugaba a ese juego, pero últimamente lo he recuperado. Puedo pasarme horas desmenuzando y reconstruyendo frases. No sé por qué, el momento presente se desdibuja y parece volverse irreal, me embriaga, tiemblo y me agito, y no lo puedo dejar.

*

Y mi hermana ¿qué escribe en esos folios privados que nunca quiere compartir conmigo? ¿De qué quejas de su trabajo deja constancia? Enseguida me percato de que no me importan sus quejas, a menos que se hayan convertido en una carta. Entonces me preocupa si esa carta está terminada, si la ha enviado o si está en blanco y se agita esperando las palabras que le darán forma.

Sí, debe de haber papeles, un formulario, un certificado para lo que está planeando. ¿Puede que haya llegado un sobre de especial interés a la oficina de correos a nuestro nombre? ¿Es posible que se me haya pasado por alto que Johan, en uno de sus cuatro o cinco viajes al pueblo, haya regresado con la carta que ella estaba esperando? ¿Es posible que haya oído el nerviosismo en su voz cuando entró por la puerta gritando «¡Correo!»? Y cuando se sientan a la mesa de la cocina con un café para separar las facturas de la publicidad, ¿puedo haber pasado por alto los susurros emocionados al abrir un determinado sobre con el sello del Gobierno provincial?, ¿el entusiasmo contenido al leer frases como «...Por la presente le confirmamos que su hermana ha conseguido una plaza en nuestra residencia... Nuestra ambulancia pasará a recogerla a principios del próximo mes... Mostramos nuestro entendimiento hacia su situación de precariedad, y podemos asegurarle que su hermana podrá disfrutar de una plaza vitalicia en nuestras instalaciones...»?

¿Se han leído estas palabras en mi presencia sin que yo haya sido consciente de la maldad que las recubre, del frío en el que envuelven la habitación? Me entran ganas de abofetearme. Se me plantea la posibilidad de que haya sido testigo indiferente y apático de la planificación de mi propio exilio.

Agudizo los sentidos. Sigo el trabajo diario de Ragna con aparente desinterés, desde la barrera; paso más tiempo en la cocina, dejo la puerta de la habitación abierta, con una oreja puesta en lo que sucede fuera: el ruido de los cajones al abrirse, el crujido del papel, el bolígrafo sobre el folio, y escucho con atención en busca de potenciales llamadas telefónicas. Pero todo sigue igual, y todavía lo único que se agita entre nosotras es un veredicto: me voy a ir de aquí.

*

Ragna sale poco de casa, solo cuando va al pueblo, algo que sucede cada vez con menos frecuencia desde que Johan se encarga de la compra semanal. Cuando se va, esos son los únicos momentos que tengo de reposo en esta casa, y entonces me adueño de todas las cosas y de todos los espacios con total naturalidad.

Me gusta curiosear en sus cajones; el olor de la madera y el tufillo a cerrado de la ropa. Aquí encuentro el reflejo en negativo de Ragna: todo lo que se encarga de contar a los demás sobre sí misma y difiere de lo que ocurre entre nosotras dos. Pañuelos de blonda cuidadosamente plegados envolviendo el broche al que le faltan dos piedras; joyas de ámbar; su vieja botella de perfume, ya rancio; es decir, los sueños de Ragna de algo mejor y más bello, el baile y las buenas compañías.

Es el segundo lunes de agosto y, para mi sorpresa, Ragna ha acompañado a Johan al pueblo. Ella me anunció la noticia antes de las tareas de la mañana. Yo hice como si nada, por miedo a revelar mis ansias, el cosquilleo de emoción que me producía pensar en estar sola, rebuscar entre sus cosas, encontrar, tal vez, una carta de la residencia, el borrador de una solicitud.

Tras una breve espera, entro en su habitación; empujo la puerta con una muleta, arrastro una silla hasta la cómoda, me siento, abro los cajones, entro en el país prohibido de Ragna.

Todo el contenido lo conforman viejos conocidos; cada camisón y cada calcetín, cada media y cada camiseta interior. Sus joyas, el largo collar de ámbar y los pendientes de pinza; no es la primera vez que me los pruebo frente al espejo de la cómoda. También esta vez me viene la idea, la imagen de una Ragna que observa su

propio reflejo deseado, las joyas que confirman su sacrificio diario, que podría haber sido una mujer en un mundo más elegante y lustroso.

En el último cajón hay una caja blanca que no había visto antes. Pongo la mano en la tapa y la dejo ahí apoyada un momento antes de levantarla. Dentro hay algo rojo, la tela brilla en mis manos: un camisón fino, un sujetador y (al principio no entiendo lo que es) unas braguitas. Al fondo, bajo la tela brillante, hay un tubito plateado: una barra de labios de un rojo intenso y olor dulzón.

Abrocho el cierre del sujetador y me lo pongo por la cabeza, por encima de la camisa. Hago lo mismo con las bragas, me inclino hacia adelante y me las subo por encima de los pantalones; me levanto un poco de la silla y tiro de la goma hasta que se ajusta a la altura de la cadera. Me incorporo y, con una mano apoyada en la muleta, saco la barra de labios y me pinto la boca con la cara muy cerca del espejo.

Así que esta es Ragna. Su cuerpo pálido en ropa interior roja. La debe de haber comprado Johan por correo. Las copas del sujetador son generosas, puntiagudas y piden ser colmadas. Ragna es pura pobreza, una vida de malas cosechas, pero Johan está hambriento, y así por lo menos el envoltorio le estimula el apetito.

Con ayuda de las muletas y vestida con el sujetador y las bragas de Ragna, voy pavoneándome de habitación en habitación. Me tomo tranquilamente un café con galletas que Ragna ha preparado antes de irse, abro la puerta de la calle para que me vean los pájaros, el brezo y el musgo, me exhibo ante el cuarto de baño, ante todas las cosas de mi habitación y la suya. Poco a poco hago palidecer su rojo secreto y lo vuelvo mate y mío; algo que Ragna no sabe. Y así cambia el equilibrio de poder, tan solo en el transcurso de algunas horas. Yo lo sé todo de su aventura, ella desconoce por completo la mía.

*

El impulso erótico de Ragna me hace cuestionarme si su vida, durante todos estos años de soledad, ha estado tan estancada como yo pensaba. Sí, porque no se puede negar: hay algo inapropiado en su forma de comportarse con Johan. Ese desenfreno, esa moral decadente, la manera cruda y libre con la que se entrega al encuentro físico, no es propia de una mujer sin experiencia. Puede que esta repentina frivolidad sea pura biología, que estuviera acechando en su interior, a la espera de que la despertara la persona adecuada. Pero, y esta es mi teoría,

puede que su deseo haya ido aumentando progresivamente a raíz de una serie de descarados encuentros. Que Ragna, a lo largo de varios años, en sus viajes al pueblo, en sus visitas semanales a la tienda y a la oficina de correos, haya aprovechado la ocasión para dar rienda suelta al deseo acumulado tras una larga y ardua semana de cuidados y obligaciones domésticas, que ese único día a la semana se dejara ir, sí, con ropa, que se acostara en una casa, en el hogar de un conocido o un extraño, desenfadada y juguetona, como los perros de caza que durante un corto periodo de tiempo tuvimos en esta casa.

He podido pasar por alto situaciones como esta:

Una Ragna que, expectante y sonrojada por la excitación, mete objetos pequeños y secretos en el bolso, objetos que pretenden seducir, despertar el deseo. Una Ragna que grita «¡Hasta luego!» con la voz ronca, sin resuello por la sangre que late en su interior. Una Ragna que dice «¡Hasta ahora!» llena de pasiones, una Ragna llena de lujuria que grita «¡Vuelvo a las ocho!».

Y, Dios mío, casi puedo verlo: Ragna, que lleva veintinueve años corriendo ágil entre los troncos llenos de salvia de los bosques de abedules, por el camino embarrado, hacia la llanura abierta, y que allí, cegada y llena de sangre, jadeando, se imagina las horas que le esperan:

«Sí, mi señor. Estoy preparada para todo».

*

De vuelta a la silla de su habitación, y una vez que he guardado en su sitio la ropa interior, me pongo a especular sobre la verdadera razón por la que Ragna se ha ido el pueblo. Esa repentina decisión de marcharse. Lleva varias horas fuera de casa. ¿Estará haciendo una compra importante? ¿Una nueva moto de nieve? Hago una lista de varias posibilidades: necesita una chaqueta nueva, puede que nuevos utensilios de cocina. Pero mi inquietud solo tiene una explicación posible: es evidente que Ragna está reunida con el personal de la residencia.

Me lo imagino perfectamente: estoy segura de que en este preciso instante Ragna está sentada en el borde de la silla frotándose las manos, en el despacho de la directora.

—Por favor, tienen que ayudarme —dice con un hilo de voz—. Estoy absolutamente extenuada, como se podrán imaginar, sin ayuda, corriendo de un lado a otro de la mañana a la noche.

La directora asiente, comprensiva, y le da un vaso de agua para animarla a continuar.

Ragna da un trago y trata de recomponerse, intenta contener las lágrimas, pero se expresa de manera sorprendentemente clara y

precisa:
—Mi hermana está cada vez peor de las piernas; los espasmos han aumentado y a menudo se despierta con calambres en mitad de la noche. Necesita ayuda para casi todo, sí, incluso para lo más íntimo —dice enjugándose las lágrimas con presteza.
—¿Qué quiere decir con «lo más íntimo»?
—Tengo que limpiarle el trasero —responde con timidez—. Ya no se vale por sí misma.
—Ah, ¿sí? —dice la directora, animándola a continuar.
Ragna da otro trago de agua y mira hacia otro lado.
—Es por culpa de los espasmos. Cuando se limpia, se cae al suelo y… bueno, ya se lo pueden imaginar.
Baja la mirada, tímida como una niña pequeña, se mira las manos.
La directora toma aire y se endereza.
—Terrible —dice agitando la cabeza—. Pero entiendo que eso no es lo peor, ¿no es cierto?
—No —responde Ragna con un sollozo que le hace temblar la voz—. Lo peor es que se ha vuelto muy desconfiada y agresiva. Revuelve mis cosas y da golpes con las muletas sin ningún motivo.
—Espantoso, sí, es verdaderamente increíble —dice la directora intercambiando una mirada de preocupación con la enfermera que acaba de llegar y le ayuda a secarse el sudor de la frente. Mientras tanto, la directora saca una hoja que sella con gran autoridad y energía. Pone la hoja en una estantería marcada con la etiqueta de «Ingresos», se levanta y golpea la mesa con decisión—. Está claro que necesita ayuda. Nunca he oído un caso tan grave. Su hermana no solo es cada vez más espástica, sino que muestra todos los síntomas de confusión mental. Puede contar con toda nuestra ayuda y apoyo, señorita Ragna, y puede hacerlo ahora mismo, desde hoy.

*

—¡Abre enseguida! —Ragna aporrea la puerta. La he cerrado yo, ¿qué alternativa tengo? Me estoy muriendo, ha llegado mi hora. Por la ventana he visto llegar a Ragna y a Johan. Y es peor que en mis más aterradoras pesadillas: vienen seguidos de tres hombres robustos—. ¿Pero qué estás haciendo? ¡Abre ahora mismo te digo! —Ragna sacude la puerta, Johan maldice de fondo.
—No va a ser tan fácil.
—¿Qué quieres decir? —pregunta, furiosa.
—Echarme.

—Tranquilízate. ¿Qué tonterías dices?
—Me niego. ¡No pienso marcharme!
—¡Abre la puerta, joder! —grita intentando forzar la manilla.
—Esos hombres —intento decir pegando la boca a la puerta—. Has traído refuerzos —susurro.
—Pero ¿qué disparates dices? Son amigos de Johan, de Finlandia.
—¿Finlandia? Son de la residencia.
—¿Estás enferma? Abre la maldita puerta de una puñetera vez.
—No pienso dejarme engañar.
Como respuesta, Ragna da una patada a la puerta, se aleja y se pone a hablar con Johan. Pego la oreja. Hay algo que no encaja. Oigo a Ragna y a Johan discutir acaloradamente entre ellos, pero los otros tres hombres que están allí de pie no participan. Simplemente están ahí plantados hablando un idioma que no acierto a comprender.
—Ragna —digo aporreando la puerta—. ¡Ragna! ¿Quiénes son esos hombres?
Ragna regresa y me responde pegando la boca a la puerta.
—Son finlandeses, ya te lo he dicho. Eran compañeros de trabajo de Johan, están en el pueblo haciendo un edificio para una empresa de construcción y Johan los ha invitado. —Ragna habla con vehemencia, poniendo énfasis en cada una de las palabras. Está furiosa, tanto que lo que dice debe de ser cierto.
Agitada y confundida, pero de pronto también asustada por las consecuencias de insistir en lo contrario, giro la llave. Ragna tira de la puerta con fuerza hacia sí antes de que yo termine de abrir. Aprieta los dientes. Si estuviéramos solas, me habría golpeado, ahora, justo al pasar. Johan entra justo después, noto la ira en su mirada mientras camina deprisa tras ella hacia la cocina.
Los finlandeses no se enteran de nada. Golpean los pies contra el suelo y escupen. Enseguida me doy cuenta, puede que por su complexión, de que dos de ellos tienen la edad de Johan, mientras que el tercero, un tipo más flacucho, debe de ser algo más joven. Johan les hace un gesto con la mano y los invita a pasar. Entran, a regañadientes, desconfiados, murmuran y se dan codazos cuando me ven apoyada en la pared del pasillo.
—La madre que me parió —murmura uno de los tipos al pasar.

Ragna hace tortitas, la casa se llena de vapor; la ventana de mi habitación se ha empañado. Estoy tumbada en la cama, escuchando lo que ocurre ahí fuera: Ragna y Johan tienen invitados por primera vez. La comunicación se establece a trompicones y se reduce a frases cortas y monosílabos. Me puedo imaginar, ya que no puedo verlos desde la cama, que está

plagada de mímica y lenguaje gestual.

La risa no se hace esperar; una sola palabra puede desencadenar una carcajada que retumba en las paredes. Sonrío con indulgencia, pienso que no sería ni la mitad de gracioso si yo no estuviera en la habitación de al lado, que son unos idiotas y unos fanfarrones que quieren darse aires.

El nivel de ruido aumenta: las tortitas crepitan en la sartén, los platos y cubiertos tintinean, los pies y las sillas se arrastran, resuellos y jadeos, manos que sueltan y agarran. Nunca había oído un alboroto semejante. Cierro los ojos, convierto los sonidos en imágenes para poder seguir mejor lo que sucede allí fuera, encontrar el sentido de esta visita. Porque, ¿qué están haciendo aquí los finlandeses?

—¿Señores, puedo invitarles a probar algo casero de verdad? —pregunta Johan.

—*Vitun hyvää* —responden los finlandeses.

Johan descorcha la botella con un movimiento rápido de la mano. Oigo perfectamente cómo el corcho cae y rueda por el suelo. Se abren armarios, se sacan vasos, se sirve la bebida. Beben y brindan, tosen y carraspean, suspiran satisfechos.

Ragna se acerca a la mesa, los hombres cogen los cubiertos y clavan los tenedores sin orden ni concierto en la torre de tortitas.

—*Helvetin hyvää* —dice uno de los finlandeses con la boca llena.

—*Helvetin hyvää* —concuerdan los otros dos, y brindan con Ragna y Johan.

Después de comer, los hombres sacan una baraja. Mientras tratan de ponerse de acuerdo en el juego y las reglas, Ragna se retira inadvertidamente a su habitación. A través de la fina pared que nos separa, oigo que abre un cajón de la cómoda, debe de ser el de abajo, porque ahora le está quitando la tapa a la caja blanca.

El corazón me late desbocado de vergüenza y angustia por mi hermana. Oigo el frufrú de la tela, respiración y jadeos. Ay, Dios, ahora se está poniendo el sujetador y se está pintando los labios de carmín. Después de un rato sale del cuarto, no la veo desde la cama en la que estoy postrada, pero hasta aquí llega un aire de fiesta y la promesa de una mujer disponible.

Uno de los finlandeses pone el ojo en Ragna y profiere un silbido.

—*¡Madonna!*

Se oyen carcajadas, choque de copas y más brindis.

—¡Mi mujer! ¡Mi parienta! —exclama Johan.

Ragna ríe nerviosa. Esa vieja demacrada, sin ningún tipo de vergüenza. Le han hecho un sitio y le han dado una copa, y ahora

les está siguiendo el ritmo, puedo oírlo en su forma de tragar: el gaznate se cierra sediento de alcohol. Las cartas se barajan y se reparten. Ragna muestra su entusiasmo por la mano que le ha tocado, uno de los hombres gruñe, todos beben, sorben, empieza la ronda.

Pasa una hora. El entusiasmo inicial se ha apaciguado, cada vez se oyen menos risas, hay tensión en el ambiente. Alguien empuja una silla contra la pared, las patas se inclinan. Uno de los hombres se levanta y camina con pasos pesados por la cocina, abre la puerta del pasillo de un golpe, luego la de la entrada y, una vez fuera, bajo el cielo gris, orina sobre el brezo con satisfacción y gemidos amortiguados.

Johan bebe, él mismo se sirve el licor. La conversación que mantiene con los finlandeses de pronto se vuelve tranquila e intensa. ¿Y Ragna? Tiene que ser Ragna quien se levanta con tanto ímpetu que la silla cae al suelo. Se dirige a la encimera y enciende la radio. Sintoniza una emisora con música.

Las voces han pasado a ser un quedo murmullo, la música me impide escuchar las palabras, hablan de algo que hay afuera, pero lo único que distingo es el fuerte acento de los finlandeses y el timbre familiar de las voces de Johan y Ragna.

Ropa en movimiento en el aire, pies vacilantes en el suelo. ¿Por qué han dejado de hablar? ¿Y ese crujido? ¿Es un papel desdoblándose? La quietud allí adentro es invasiva y da lugar a un estallido repentino de ruidos reprimidos que surgen de todos los rincones: el viento sopla con fuerza contra el alféizar de la ventana, se oye el burbujeo del arroyo allí afuera, ese oleaje debe de venir del pantano y ese sutil quejido debe de ser la puerta de mi cuarto, que vibra de manera casi imperceptible, por la presión inusitada que genera la respiración de tanta gente.

Los sonidos y las imágenes se entremezclan; en cuanto vienen unos, aparecen las otras, y no puedo evitar sacudir la cabeza; es difícil de creer, pero por los sonidos comprendo que Ragna se ha tumbado en la mesa de la cocina y se ha quitado el vestido y ahora deja que los hombres se la turnen bajo la orgullosa mirada de Johan.

¡Menuda decadencia! ¡Qué depravación! ¡Y en nuestra propia casa! Ragna parece transformada, completamente embrujada. ¿Qué acarreará este tipo de comportamiento? Sí, ya me estoy temiendo lo peor, las consecuencias, lo que es muy probable que ocurra si continúa con este tipo de excesos en el futuro: la obsesión con el alcohol y la lujuria harán que se abandone a

cualquier nuevo deseo y que se vaya con los hombres para no regresar jamás. Después de un tiempo acabará borracha en un sofá de Finlandia, satisfaciendo a finlandeses cachondos durante todo el día, en ropa interior de todo tipo: sujetadores amarillos y azules y rojos y con copas excesivamente grandes. Y, por último, el trágico final: Ragna en los brazos de los finlandeses y Johan, en noches de pasión que se convertirán en años, mientras yo me pudro en esta cama, despacio, poco a poco en este lugar que la naturaleza reclamará y así desapareceré del mundo.

Lo sé, mi destino está escrito, me convertiré en pasto para los ratones, las ratas, los pájaros y los carroñeros. Pronto seré abono de las bayas silvestres, y ¡menudas bayas! Moras árticas que cualquier recolector furtivo alemán se llevará a la boca entusiasmado. Los mosquitos bailarán. El jugo, las perlitas de humedad que harán que aquel alemán se estremezca y arrugue la nariz no serán otra cosa que las moléculas de mis ácidos fluidos vitales que pronto correrán por su dulce sangre.

En medio de esta maraña de pensamientos, esta imagen de mi vida futura, siento un vacío en el estómago: el crujido de papeles que acabo de oír, por supuesto, es obvio, cómo he podido pensar otra cosa. Están planeando echarme, eso es lo que están haciendo, los muy retorcidos. Están apuntando el plan, palabra por palabra, paso por paso: primero hay que hacer esto y después lo otro. Por eso están aquí los finlandeses. Los cómplices de Johan, ¡sus compinches!

Ese entusiasmo, esa conversación susurrada: están urdiendo un plan, las propuestas son claras y decididas. Todos contribuyen; incluso los finlandeses, con su chapurreo, se mueven por razones que yo aún no comprendo.

—Tendrá que ser en invierno, cuando haya cuajado la nieve. Entonces será más fácil sacarla de aquí. En verano los caminos que llevan a la carretera principal están demasiado embarrados y hay excesivos baches.

—Tendremos que amarrarla a la moto de nieve.

—Si opone resistencia, habrá que sedarla.

—¿Con qué? ¿Cómo lo conseguimos?

—Ragna irá al médico del pueblo y le dirá que tiene dolores.

—Bien.

—Necesitamos muchas manos. No es fácil de manejar, sabe defenderse, la muy bruta.

—Llevaremos una pala.

—Y luego lo celebraremos.

—*Helvettin hyvää!*

Tengo el corazón desbocado. Me palpita la frente.

—Ragna —exclamo—. ¡Ragna! —Siento el cuerpo dormido, lo único que muevo son los labios, que se cierran y se abren independientes del resto de mi cuerpo, pero ella no me oye, mi voz no les llega, no puede abrirse paso entre la música—. ¡Ragna! —rujo, gritando a pleno pulmón.

Se hace el silencio. Ni un suspiro ni un gruñido de los hombres.

Alguien arrastra los pies por el suelo y apaga la radio.

—¡Seh! —Es Ragna. Tiene la voz distorsionada. Le sale del fondo de la garganta. Nunca ha hablado así antes—. ¡Seh! —grita otra vez desde las profundidades.

Estoy sumamente confundida. ¿Qué le digo?

—¡Ragna! —exclamo y trago saliva—. ¿Te has acordado de comprarme el cuaderno?

Sucede que en momentos de duda existencial a veces acudo a Dios, pero la verdad es que en mi vida cotidiana no me resulta demasiado creíble.

De todas formas, no puedo negar que a menudo siento una presencia y, como reflejo de ella, me reconcilio con el inevitable paso del tiempo. En esos momentos tengo una sensación de despertar, de clarividencia: todo pasa, Dios queda. Y mi alma también.

No tengo razones para tener miedo. Entonces ¿por qué temo tanto la catástrofe, tener que viajar, irme de aquí?

—¿El cuaderno?

Ragna sorbe con la nariz

—Me está preguntando por un cuaderno —dice, dirigiéndose a los hombres con voz temblorosa—. ¡El cuaderno! —grita con violencia.

Los hombres ríen a carcajadas, algunos rellenan el vaso, brindan y ríen de nuevo, pero sin exagerar. Claramente les ocupan asuntos serios.

—La *puerrta* —dice uno de los finlandeses con su particular acento—. Cierra la *puerrta*.

Oigo unos pies que se arrastran, una respiración justo afuera de mi habitación. Reconozco a Ragna a través del alcohol y la borrachera. Es ella quien me cierra la puerta.

—¿Ragna?

No me gusta mi voz, gimoteo. Pero ella ya ha vuelto con los hombres. La puerta está cerrada, la radio encendida, y estoy aislada de los estímulos que me dan pistas sobre lo que ocurre allí fuera.

No me importa estar en la cama con la puerta cerrada; a veces la cierro yo misma, pero que me haya encerrado Ragna es otra

cosa. Estoy a punto de aceptar su autoridad para decidir la posición de la puerta, pero al mismo tiempo siento rechazo, algo muy común en situaciones similares con Ragna, que siempre me impone su voluntad, exaltada e inquebrantable.

Con las manos entrecruzadas sobre el pecho, constato en silencio que es imposible ignorar mi existencia, simplemente porque existo. Existo.

Furiosa, me incorporo en la cama. Inundada por esa clarividencia, esa fuerza. Siento una repentina urgencia de expresar mi capacidad de decisión. Levanto una muleta en el aire y grito:

—¡Estoy aquí! ¡Estoy aquí! —exclamo tan alto como puedo—. ¡Y me muero de hambre! —grito golpeando con fuerza la muleta contra la pared.

No puedo evitar sorprenderme por ese arrebato, esa repentina expresión de hambre, sobre todo porque no he sentido ganas de comer en toda la noche. Pero ahora el estómago me pide comida. Llevo cuatro, cinco horas sin comer.

Ragna asoma la cara por la puerta.

—¡Pues te esperas! —tiene los ojos en llamas, y unas manchas rojas le queman la garganta.

—No hay espera que valga. ¡Tengo hambre!

Me levanto de la cama y apoyada en una muleta cojeo hacia la puerta y giro el pomo. Ragna lo sujeta.

—¡Hermana! —Está confundida, le patinan las palabras—. Sé que tienes hambre, pero pronto te daré de comer, enseguida. Prepararé algo de comer cuando se vayan los finlandeses. Espera un poco.

Palabras de mierda, frases atropelladas. Su autoridad se tambalea, ¿no podría por lo menos hablar con claridad y orden?

Tiro de la puerta.

La oigo volver a la sala y hablar con los hombres, que responden con gruñidos y soplidos.

No espero y abro la puerta de un tirón.

Menudo teatro. Era previsible. Ahí están mi hermana y esos hombres, vestidos y sentados a la mesa, con vasos de alcohol en la mano y una vaga expresión de contrariedad. No me creo nada de esta hipocresía: claramente se han dado prisa en vestirse y esconder los papeles. Yo, por mi parte, no pienso desvelarles mis sospechas, todo lo que he comprendido. Me dirijo hacia la cesta del pan, impertérrita y con la mayor naturalidad.

Pero, aunque mi voluntad sea fuerte, mi cuerpo es mucho más débil. No tardo en tambalearme, me tiemblan las piernas, me

vibran los brazos, me las arreglo para mantenerme en pie con una muleta, la otra mano he de utilizarla para buscar comida. No estoy acostumbrada a estar aquí, junto a la encimera de la cocina; los últimos años Ragna se ha ocupado de las comidas. Lo revuelvo todo y no encuentro la mantequilla, ni tampoco el cortaquesos.

Después de estar un rato rebuscando, empiezo a verme como lo hacen ellos. Si giro un poco la cabeza puedo verme a mí misma; la cara que se refleja en el espejo de encima del fregadero es mía. Ay, orgullo, llévame, mantenme en pie; voluntad, enderézame, porque verdaderamente no hay mucho que mirar. ¿Es esto lo que ven los finlandeses? ¿Un ser demacrado de origen femenino, degenerado, mutado junto a las lindes del bosque? ¿Un animal peludo que muestra los colmillos y gruñe ante el olor de los desconocidos?

Existo, aunque lamentable y patética. Me he pavoneado con dos palabras depravadas que en un segundo han caído por su propio peso, avergonzadas por su aparente fuerza. Me arrepiento y cambio la entonación por un titubeante «¿Existo?», porque así es como están las cosas, aquí me encuentro, aferrada a las muletas y lloriqueando:

—Ragna, ayúdame.

—¿Qué coño le pasa? —pregunta Johan.

Se intercambian miradas. Ragna apura la bebida y pone el vaso a un lado con decisión. Se tambalea hacia la encimera, corta pan y casi inmediatamente me pone una rebanada delante.

—¡Come!

El pan no lleva mantequilla, pero sí unas rodajas de salami sudado que, a juzgar por su aspecto, lleva unas cuantas horas sobre la tabla de cortar. No me gusta el salami. Me lo pone en la rebanada de pan por pura maldad. ¿En qué está pensando? Las rodajas grasientas de embutido enseguida se convierten en un símbolo de su falta de consideración. Espera que me pase toda la noche sin probar bocado, que me quede en silencio en mi habitación mientras el hambre me llama a gritos desde el estómago, que acepte cualquier cosa con gratitud. No hay duda de que su prioridad ahora es Johan; que no piensa en nadie más que en él.

—Esa es mi silla — reclamo.

Estoy de pie junto a la mesa de la cocina y golpeo con la muleta la silla en la que Johan lleva sentado toda la tarde. Pongo el plato justo delante de él, entre las botellas y los vasos. Los finlandeses siguen la situación con las cejas levantadas y ojos inexpresivos, me miran primero a mí y después a Ragna y a

Johan. Golpeo la silla una vez más, estoy tan cerca de él que le respiro en la nuca, en esos pliegues gordos como dos salchichas; tan cerca que veo los pelillos que le asoman por el cuello de la camisa, la tela desgastada que le cubre la espalda carnosa. Está sentado con los brazos cruzados sobre la mesa, sin mover un músculo.

—Quiero comer —insisto.

Para dejar claro que hablo en serio, levanto una de las muletas, la apoyo despacio sobre la mesa y empujo una de las botellas de licor que está junto al plato; después, con cuidado, vuelvo a apoyar la muleta en el suelo. Lo hago tan despacio como puedo y con las escasas fuerzas que me quedan. Me tiemblan las piernas, respiro con dificultad, pero tengo que demostrar que defiendo mi derecho a la silla y a mi sitio en la mesa. Uno de los finlandeses mayores, un tipo de piel oscura y ojos verdes entornados, dibuja una sonrisa. Esto da pie a una reacción en cadena; el labio superior de los otros tres comienza a arquearse en una media sonrisa que intentan reprimir para no provocar a Johan.

¿Y Ragna? Ragna se ha convertido en una niña pequeña, se frota las manos resecas una y otra vez mientras mira hacia Johan, que ahora se ha levantado ligeramente de la silla para intentar encontrar una postura más cómoda.

—Ragna —dice él con calma, casi con delicadeza, y se gira despacio hacia ella—. ¿Podrías llevarte a este puto estorbo de aquí?

Ragna mira a su alrededor, sin saber cómo manejar la inesperada situación.

—Johan —le ruega, intentando apelar a algo dentro de él, tal vez las palabras que él le susurrara en el cuello en el calor del abrazo, palabras que le habrían dado la sensación de que existe algo irrompible entre ellos, algo tan fuerte que podría soportar una leve fisura. Está a punto de decir algo más, pero Johan la interrumpe.

—¿No puedes pedirle que se mantenga al margen cuando tengamos visitas? Nos está abochornando a todos. —Johan hace una pausa y la mira inquisitivamente—. ¿No estás de acuerdo, Ragna?

Ragna responde apoyando la cabeza en las manos y frotándose los ojos. ¿Estará pensando en mi anterior episodio con Johan? ¿Cuando salió por la puerta hecho una hidra?

—Vete al cuerno, Johan —le digo antes de que ella pueda abrir la boca—. Y llévate contigo a estos tipos.

Levanto una muleta y señalo a los finlandeses, que se miran confundidos entre ellos. Johan levanta el trasero de la silla;

nervioso, vuelve a apoyarse en el asiento.
—¿Qué coño es esto? —dice mirando a Ragna—. ¿No piensas reaccionar?
Pero soy yo quien reacciona, varios segundos antes de que a Ragna le dé tiempo a pensar. Golpeo una muleta contra la mesa con todas mis fuerzas, y la muevo de un lado a otro de manera que las botellas, los vasos y el pan salen despedidos contra las paredes.
—*Saatana!* —grita uno de los finlandeses.
La mesa es el escenario del bombardeo, y la onda expansiva hace que todo el mundo dé un salto hacia atrás. Golpeo la mesa con el aliento que me queda, golpeo y golpeo hasta que en un momento de mi ataque de ira me doy cuenta de que la muleta se está doblando, estoy herida, tengo un brazo y una pierna heridos, he de rendirme, partir en retirada, y en ese momento me desplomo en el suelo.

Ragna está pegada a la encimera, murmurando. Los finlandeses se han agolpado en una esquina, al lado de la puerta, y Johan está de pie junto a la mesa, seguro de sí mismo, con las piernas abiertas y los puños apretados.
Yo soy una madeja de muletas, brazos y piernas. Intento volver a juntar todas las partes de mi cuerpo para orientarme, ponerme en pie, pero tiemblo, me agito y crujo más que nuestro viejo abedul en días de tormenta.
—Es un puñetero peligro, Ragna. Ese bicho tiene más fuerza que todos nosotros juntos —dice Johan con falsa calma. Se acerca a Ragna y se pone frente a ella—: No me pienso quedar aquí ni un minuto más de lo necesario —dice con brusquedad—. Ragna, tengo —hace una pausa, coge aire para enfatizar la fuerza de lo que va a decir a continuación— náuseas, sí, eso es, náuseas al ver cómo te utiliza tu hermana y te chupa hasta la última gota de vida. —Ya de pie en la puerta principal, les hace un gesto a los finlandeses para decirles que es hora de irse a su cabaña y concluye—: Y lo que es peor, Ragna, es que tú te dejas utilizar; que aguantas toda esta mierda.

En *La universidad en casa*, tomo ii, «Tierra, plantas, animales», en un espacio en blanco de la página 76, escribo unas frases que me vienen a la mente al amanecer del día siguiente: «Mi hermana es un carroñero que come a escondidas en el jergón. El hombre le da huesos que roer, la tiene atada con correas».

*

—¡Ragna, ayúdame!

Enseguida me quedo sin aliento; solo pronunciar esas dos palabras es un triunfo. Tengo que afrontar la realidad de la situación; el esfuerzo físico del día de ayer me ha dejado sin fuerzas. Estoy acurrucada en la cama, mi voz parece salir de una cueva profunda; mis gritos son un vómito que lo único que despiertan es el asco de Ragna.

Me duele la espalda, desde la rabadilla hasta el cuello. No he sido capaz de encontrar una postura cómoda en toda la noche. Y cuando me pellizco las piernas, parece como si lo hiciera a través de una gruesa capa de tela. Apenas siento nada en la piel.

Ragna ya lleva varias horas despierta, se mueve inquieta de un lado a otro, haciendo tareas con una intensidad frenética. Mientras lava la ropa en una palangana que ha puesto sobre la encimera (mi ropa interior acostumbra a agarrarla con una mano mientras que con la otra frota el jabón contra la entrepierna de la prenda; cualquiera puede ver las manchas en la tela blanca, y con eso quiero decir que yo misma y a veces Johan nos hemos sentado a mirar en silencio cómo lo hacía) contesta a mi llamada repitiendo una y otra vez:

—Creías que estábamos hablando de ti, ¡pobre engreída! Hablábamos de cosas mucho más importantes —dice mientras saca la ropa de palangana, la escurre, tira el agua y va a buscar el tendedero.

No respondo. Tampoco le había preguntado de qué estaban hablando, pero cuando entra en mi habitación y tira la ropa limpia encima de la cama, le pregunto si está orgullosa de los planes que han tramado la noche anterior.

—Eres un monstruo. Has espantado a Johan —contesta, furiosa —. Si te queda algo de sentido, más te vale cerrar el pico. —Y da una patada a la cama antes de salir por la puerta.

Después de un rato se pone a hablar consigo misma sobre un tema completamente distinto y, de vez en cuando, sin que yo haya dicho ni media palabra, me grita que me calle la boca. De repente golpea la mopa con fuerza contra el suelo y exclama:

—Cómo se tergiversan las cosas en este país. No pienso aceptarlo. —Suelta el cubo de fregar en el suelo de golpe y el agua salpica—. Pronto tampoco se nos permitirá usar las carreteras. Nos cazarán como a perros callejeros, a todos. De eso estábamos hablando ayer, por cierto, para que lo sepas. Y entonces llegaste tú, pedazo de salvaje, a armar jaleo. —Ahora pasa la mopa de un lado a otro del suelo, golpeándola contra las esquinas y las paredes—. Tienes que dejar de gritar —dice casi sin aliento—, porque esta pobre mujer que, de ahora en adelante tendrá que salir a robar por el páramo como una vulgar ladrona,

tiene más cosas en las que pensar. Yo, que he nacido aquí, igual que muchos de ellos. Sí, madre y padre también, se dejaron media vida en este lugar para que ahora vengan los puñeteros nativos a decirnos que no somos de aquí. No, al parecer, nuestra mierda no es tan fina como la suya. Las raíces de nuestros ancestros no son tan profundas como las de los suyos. No, somos unos saqueadores extranjeros de mierda, unos indeseables, unos marcianos. —La rabia de Ragna inunda nuestra humilde casita, y se eleva más y más; me oprime y me zumban los oídos y me cuesta respirar—. Los páramos por los que he caminado desde que era una niña —salmodia mientras cambia las cosas de sitio, las mueve de un lado a otro y las ordena con gran violencia en la cocina—. Mi sustento cada otoño.

De aquí en adelante no tendré más remedio que ver cómo llenan cubos y cubos, ellos que tienen todas las llanuras a su disposición. El Estado les dará todo, sí, es lo que dice Johan. Como si solo su abono y no el nuestro fecundara la tierra en la que crecen las bayas. Pero te digo una cosa: que me escupan al pasar, que saquen los rifles, me da lo mismo, así al menos moriré en mi propio campo de brezo. —La interrumpe un ataque de tos, pero después prosigue con voz ronca—: Tengo que decirlo, pero más te vale no ir cacareándolo por ahí: Johan tenía un mapa secreto de las familias que iban a ocupar esta zona. Y no estamos nosotras, para que lo sepas. Gruñes como un perro pidiendo comida, pero pronto no habrá comida por la que gruñir, y ahora ya lo sabes. Debería darte vergüenza. Podrías enterarte de lo que está pasando porque nos están tendiendo una emboscada. —De repente se muestra mucho más dócil—. El derecho de posesión de las zonas periféricas, esa es la bonita forma que tienen de llamarlo. Cuando caduque nuestro contrato con el Estado, cuando el nuevo pueblo soberano decida, entonces, entonces se acabó y tú también tendrás que irte, bicho asqueroso.

«Bicho asqueroso». Casi no es capaz de decir esas palabras que le salen de dentro como el último estertor de una mujer que yace en el suelo, completamente rendida y derrotada.

Por un momento estoy a punto de creerme lo que me dice. Pero enseguida me doy cuenta de que se debe al agotamiento y al miedo reprimido. Esta repentina amenaza de un poder superior que nos echará de los páramos no es más que una distorsión de la realidad. Soy yo quien va a estar reprimida por un pueblo soberano, compuesto de Johan y Ragna, en la residencia de ancianos.

La mentira es buena. Hasta parece que ella misma se la cree, y puede que haya algo de verdad en el asunto. Pero la rabia, toda

la fuerza de ese arranque emocional, está dirigida a mí, y estoy bastante segura de que yo soy una de las víctimas de las muchas conspiraciones que se tramaron anoche.

*

Imagínate que tuviera la desgracia de seguir viviendo a través de los siglos en una sucesión de existencias; primero un gorrión, después una avispa, más adelante un árbol, un abedul, para, a continuación, convertirme en perro, un escarabajo y un ser humano de nuevo. En lugar de permitir que mi alma permanezca aquí, que es mi mayor deseo, me diluiría, me esparciría en todos los estados posibles y por todas partes y, cuando en algún momento regresara, este lugar y yo seríamos unos desconocidos. No reconocería nada, ni un olor, ni una piedra ni un árbol.

Me inclino hacia el suelo y saco uno de los libros que tengo criando polvo bajo la cama, más concretamente uno de los tomos de *La universidad en casa*, el número iii, «Geografía». En la contracubierta escribo: «Líbrame de vivir varias vidas». Y debajo, pegado al margen: «Conviérteme en abono de los páramos».

En la vida real soy un ser humano hecho para los estados permanentes y eternos. Quizá me habría convenido casarme. Unión y compromiso de por vida. Y es que ¿acaso no soy así? ¿No es acaso cierto que las pocas veces que he salido de casa enseguida he deseado regresar? Cada paso, cada metro que dejo atrás, no solo me estoy alejando de casa, sino de mí misma. Me quedo sin habitaciones, hueca, sin techo y sin paredes. Y cuando me doy la vuelta, la mirada hacia la casa, el alivio, todo poco a poco regresa y vuelve a la vida. Y cuando en algún lugar del camino de retorno me reencuentro conmigo misma y me rodea mi felicidad casera, me echo a reír. ¿Cuánto tiempo he estado fuera? ¿Cinco minutos?

Para ser sincera, ¿a qué viene todo este discurso de abonar la tierra y los brezos, yo que nunca salgo? Incluso Ragna rara vez pasa largos periodos fuera de casa. En verano, nos encerramos huyendo de los mosquitos; en invierno, del viento y el frío.

Cuando Ragna era joven, se encontró con un hombre al sur, en una cabaña de la llanura. Al parecer le dijo que tenía mucha suerte de vivir en un paraje tan impactante, que seguro que disfrutaba de sus paseos por la naturaleza todos los días. Ragna siempre sonríe al contar esta anécdota, y la entiendo muy bien, porque para nosotras, que pasamos la mayor parte del tiempo dentro de casa, la naturaleza no es más que algo que sucede más allá de la puerta principal: los mosquitos que llegan y

desaparecen; los abedules retorcidos que se llenan de hojas que luego se caen. No, no hay por qué ponerse tan místico. De hecho, es la casa, mi habitación, el lugar que no quiero abandonar, y preferiría pudrirme bajo la tarima que fuera, en los páramos húmedos.

Para ser sincera una vez más, ¿por qué me aferro a esta imperiosa necesidad de quedarme aquí? En la radio escucho hablar de personas que se ven obligadas a abandonar a toda prisa su hogar, su patria; personas que desaparecen, que se van, que huyen a través de montañas, surcando mares y cruzando peligrosas fronteras. Huyen de amenazas y persecuciones. Lejos de su trabajo, de su familia, de su cama, de las tazas de la alacena.

¿Qué tengo yo que perder? Nada más que mi ruinosa existencia, pero incluso eso me resulta demasiado querido, demasiado bueno para abandonarlo.

Ahora que también Ragna ha pasado a ser una de esas personas que temen tener que emigrar, ¿podrá entender mi deseo de permanecer aquí? ¿Podremos ponernos de acuerdo ahora que la amenaza del destierro se ha instalado también en su vida? ¿Nos convertiremos en ese tipo de hermanas que se peinan la una a la otra y se pintan las uñas? ¿Le sujetaré una madeja de lana mientras ella la lía en un ovillo?

Nos desharemos de las pomadas y el alcohol, las vendas y el esparadrapo; somos una pequeña familia con pus y dolor en nuestros cortes y heridas.

*

Sueño que Ragna está en una playa junto al mar, una playa de fina arena blanca, no muy distinta a las playas de uno de los lagos de aquí cerca. Está subida en una roca, al calor del sol, pescando con movimientos lentos y tranquilos, sin saber que yo estoy en el agua profunda, agitando las manos hacia ella:

—¡Sácame de aquí! —le imploro—. ¡Arrástrame hacia ti! —le indico lo mejor que puedo con los brazos y las manos.

Pero Ragna lanza una y otra vez el anzuelo sin acercarse a mí, mientras su pesca aumenta: una montaña de bacalaos y carboneros. Empiezo a cansarme de hacerle señales, los pies cada vez se me hunden más en el blando fondo, y grandes peces se congregan alrededor de mi cuerpo, dispuestos a atacar al menor signo de debilidad. Pero finalmente algo me tira de la carne, el anzuelo se me ha clavado en el cuello y, a una velocidad endiablada, vuelo surcando el agua helada. Al cortar la superficie

siento una gran felicidad, una ráfaga de júbilo; vuelvo a estar en territorio conocido, en el aire fresco y liviano donde puedo respirar y moverme libremente. Tumbada bocarriba, dando coletazos, mareada y feliz, siento la mirada escrutadora de Ragna. Me agarra con una mano y me levanta hacia el sol, me evalúa e inspecciona por delante y por detrás, me dobla los brazos, las piernas y el cuello, me estira y por último me clava un dedo en el estómago. Por su expresión de descontento deduzco que mi cuerpo es demasiado pálido, demasiado esmirriado, demasiado pequeño, demasiado raro, pero antes de que me dé tiempo a protestar, me parte el cuello, lo gira, y me tira a la pila donde yace el resto de los peces.

En el sueño caigo y caigo, pero me despierto justo cuando mi cuerpo choca contra el suelo. El dolor de la caída me aturde, pero la sorpresa es peor. Encontrarme a mí misma de esta guisa, con el viejo camisón levantado hasta el estómago, el pubis expuesto y desnudo, la indefensión, la mirada hacia los libros y el polvo de debajo de la cama; toda la situación confirma lo bajo que he caído.

Me resulta imposible levantarme. Llevo ya varios años sin fuerzas para incorporarme por mí misma.

—¿Ragna? ¡Ragna!

Viene sin hacer ruido desde un lugar recóndito de la casa, y de repente está en mi habitación observándome con sus ojos negros y la boca abierta; mueve la mandíbula de un lado a otro, le tiemblan los brazos, irradia el deseo de atarme, de liar una cuerda alrededor del cuerpo de su presa.

Clac, clac.

Está justo encima de mí, se le hace la boca agua; sus ojos negros brillan hambrientos por la carne que apenas puedo mover.

—¿Sí? —sisea.

—¿Me puedes ayudar a levantarme? He tenido una pesadilla y me he caído al suelo.

—Sí —suspira con voz ronca. Me agarra del brazo y me arrastra cerca de la cama; tira de mí en un intento por levantarme.

—No, así no, Ragna. Ten un poco de cuidado.

Gime e insiste. Aprieta los puños contra mis axilas y tira y tira, hasta que de repente lanza la parte superior de mi cuerpo sobre el colchón. Me aferro al colchón de espuma con todas mis fuerzas, con las manos y las uñas, mientras ella me agarra los pies y arroja el resto de mi cuerpo sobre la cama.

Estoy retorcida, tumbada en una postura imposible, justo al borde de la cama, esperando a que ella me agarre por detrás y me coloque bien en el colchón. Gimoteo, me aferro a las sábanas,

giro la cabeza hacia ella para indicarle que espero que continúe, un último empujón.

Ragna está en el suelo y sonríe con la boca abierta. Debo de parecer sorprendida, porque ahora se ríe a carcajadas, sacudiendo el cuerpo hacia adelante y sujetándose la barriga. Su risa no me sorprende, ni siquiera en lo que respecta al sonido. A una persona ajena podría resultarle amable, pero yo la conozco y percibo un tono malicioso.

—¡Venga! ¡Ayúdame! —insisto. Las sacudidas se vuelven cada vez más rápidas, la risa le retumba en el pecho y crece en silencio hasta que en un momento estalla—. Vamos, ayúdame de una vez —exclamo abriéndome paso entre el ruidoso graznido que emiten sus cuerdas vocales.

Para de golpe, se lleva las manos al cuello y se echa a reír de nuevo; los ojos le brillan y parpadean, y entre risas se marcha reptando de vuelta a su escondite.

*

Paso todo el tiempo en la cama, ni cuento las horas ni miro el calendario, pero siento cómo la oscuridad se apodera poco a poco de los días, los vientos arrecian, el frío se cuela en la habitación. Debemos de estar a mediados de octubre, justo antes de que llegue la nieve, blanca y pura. Siento un anhelo de pureza, ansío descansar la vista en la blancura del otro lado de la ventana. Huelo mal, llevo semanas sin asearme.

Ragna y yo nos evitamos, solo me dirijo a ella para las tareas imprescindibles. Últimamente casi nunca está en casa; siempre que tiene la oportunidad se marcha a casa de Johan. Es probable que estén haciendo acopio de todo lo que necesitan antes de que llegue el invierno; intuyo por el olor y las manchas de sangre en su ropa que ya ha empezado la matanza de otoño; congelan la carne, la cuelgan a secar, la ahúman y la pican.

Johan no ha aparecido por aquí desde nuestro último enfrentamiento, pero está claro que se sigue viendo con Ragna. Cuando viene de su casa, la ropa no es lo único que vuelve manchado.

*

En mi habitación soy una reina, a pesar del polvo y la suciedad. Tengo sosiego, bolígrafos y libros y, lo que es más importante, dispongo de las horas en las que Ragna está ausente. A veces escucho un programa de radio, pero principalmente hablo conmigo misma, y no es un mal pasatiempo.

En este estado de calma constante me es sencillo olvidar, perdonar, razonar, comprender. Pero no soy tan tonta como para no darme cuenta de la indignación que subyace tras las tareas cotidianas. Lo que carcome a Ragna no son pequeñeces.

Y me pregunto de nuevo: ¿Por qué quiero quedarme? Y me respondo: ¿Acaso tengo otra opción? Me encantan estas paredes, las vistas desde la ventana, nunca encontraré la paz en las habitaciones extrañas de la residencia, rodeada de corredores que conducen a lugares que desconozco. La obligación de adaptarse a todo tipo de rutinas será una lucha diaria, comparado con la libertad que siento en esta cama. Sufriré el continuo cambio de gente que llega y luego muere; sufriré los sonidos del deterioro de los cuerpos viejos y los estertores de la muerte, sobre todo al saber que en esta casa puedo despertarme y quedarme dormida con el sonido del viento y los cantos de los pájaros.

Sin duda, la convivencia con Ragna es dura y laboriosa, pero también predecible. La vulgaridad tiene cara, cuerpo y verbo. Me ataca constantemente y en situaciones concretas, pero no me sorprende: conozco a mi adversario. A pesar de todo, soy una hermana que nace de la misma raíz podrida.

En la residencia, por el contrario, me amenaza la aniquilación final. Temo la erosión del cuerpo y el alma, convertirme en un objeto que pueda medirse en kilos, litros y diagramas, y que sirva de aliciente para subir en la jerarquía del centro.

Estiro un brazo por debajo de la cama, saco el volumen x de *La universidad en casa*, es decir, «Religión, filosofía, psicología». En la página 84 escribo: «Asistente: se orinó encima, al menos un litro. La lavé y le di ropa limpia. Estaba completamente empapada. (Piensa: algo de pis sí que tenía la vieja en los pantalones. Sí, en cualquier caso, olía a pis. Siempre conviene exagerar para demostrar lo aplicada que soy). Enfermera: ¡Muy bien! (Piensa: la nueva paciente es demasiado exigente, tendremos que limitar sus libertades por el bien de los cuidadores y el resto de los pacientes)».

Y mi hermana Ragna ¿acaso tiene otra opción más allá de este triste terreno entre la casa y los brezos, los lagos y yo? ¿Qué le impidió marcharse antes de que murieran nuestros padres? ¿Por qué no me mandó lejos antes de que me hiciera mayor y necesitara cada vez más de sus cuidados?

La joven Ragna, con la piel tersa y el cuello suave, ¿puede que caminara por estas habitaciones, llena de sueños y deseos, con la mirada brillante puesta en el futuro?

Podría pensarse, sería muy probable, que Ragna tuviera planes: se marcharía, se iría al pueblo y viviría en una casita. Seguro que se sentó en su habitación a urdirlo todo; qué diría y qué ropa se pondría para conseguir trabajo. Tenía una lista de nombres de personas que padre conocía, seguramente podría ganarse su confianza. En una sucesión de imágenes visualizó cómo sería su primer encuentro: el dedo índice en el timbre, los bonitos colores del traje de chaqueta, su expresión cuando se presentara como Ragna, la hija de Nils el de las bayas. Sí, las jugosas moras árticas que le llegaban a la puerta de su casa todos los meses de agosto eran de su familia. Y entonces haría una sutil reverencia y diría que estaba dispuesta a trabajar para ellos, que sabía lavar, planchar y frotar, encargarse de la matanza y hacer la comida.

Pero aquí dejaría Ragna de soñar despierta. Porque ¿acaso no quería tener un buen trabajo desde el principio? ¿Por qué iba a dedicarse a limpiar para otros cuando podía ser cajera en la tienda de alimentación o camarera en la cafetería? Allí podría conocer gente y ser una de las personas conocidas del pueblo. La verían todos los días, ya fuera en la caja, con la chaqueta naranja de cuellos blancos, o sirviendo mesas en la cafetería con una camisa blanca, un delantal negro de encaje, y un filete ruso con pan en la mano. A veces Ragna hablaba de eso cuando éramos niñas, sobre todo cuando volvía del pueblo y hacía sus representaciones frente al espejo de la habitación. La conozco bien y estoy segura de que se pasaba largo rato jugando con las imágenes de sí misma en diversos roles, disfrutaba al pensar en las miradas curiosas que despertaría, las extensas conversaciones que surgirían entre la gente del pueblo cuando ella llegara: ¿Quién es esa chica, la nueva, esa Ragna que llama la atención por su eficiencia y su mirada?

Pero entonces, en medio de esa fantasía soñada, debe de haber caído en la cuenta de que era imposible, que era difícil que ella, Ragna, pudiera hacer realidad su sueño de trabajar en el pueblo. Ahora que lo pienso, Ragna ha hablado muchas veces de los impenetrables lazos familiares, de que, sin excepción, las mujeres mejor posicionadas en el pueblo son las que manejan las cajas, y que sus hijas son las elegidas para trabajar como camareras desde que tienen edad de confirmarse. Visto así, ¿qué más opciones tendría Ragna? Desde luego podría haber probado suerte en la residencia y haber proporcionado servicios de cuidados, limpieza y comidas. ¿Existían alternativas a este tipo de trabajo? No, solo en casa y conmigo. Pero no es descabellado que las autoridades contribuyan con un par de coronas a cambio de los cuidados que Ragna procura a su hermana menor.

*

Las preguntas sobre la elección de Ragna o, mejor dicho, sobre la falta de ella, tienen una respuesta que no me gusta. De repente, su vida queda al descubierto, como un escenario cuando se levanta el telón. La historia de Ragna es una obra inquietante, sí, a mí se me pone en un brete cuando se revela el final. Por un lado están todas las mentiras a las que se aferra para crear un equilibrio entre nosotras. Me hace débil para sentirse fuerte. Exagera su propia relevancia para no sentirse como la chiquilla patética y desamparada que en realidad es. Pero por otro lado yo, con mi necesidad de atención y cuidados, me he convertido en una excusa para no construir su propia vida; yo y mi frágil cuerpo somos su destino y su propósito de vida autoimpuestos. Me froto las manos, desesperada. Así están las cosas. Al parecer, Ragna y yo somos bastante parecidas, almas gemelas. No tenemos otra opción que quedarnos. Estamos igual de asustadas y vulnerables, nos aferramos la una a la otra para defendernos del mundo exterior: ella, por el miedo que le suscita su incapacidad de interactuar con otras personas, los códigos, todo aquello que no ha aprendido a dominar ni a comprender. Y yo, por el miedo a perder lo que queda de mí en las manos cínicas y ajenas de una institución.

Oh, pobrecita Ragna, tan indefensa. Pobres de nosotras, tan desvalidas.

Pero eso no es todo. La verdad sobre Ragna también es paradójica. Quiere deshacerse de mí desde lo más profundo de su ser, a pesar de que le sirvo de escudo frente al mundo. Pero no se avergüenza de esta traición, no. Por el contrario, ese deseo oscuro y profundo le ha servido para crearse una imagen positiva de sí misma. A sus ojos, es una mujer que se ha sacrificado heroicamente por el bien de su hermana durante muchos y largos años.

Puedo imaginarme las privaciones de Ragna, es como si la oyera recitarlas: «Si no fuera por tu enfermedad, me habría casado y tendría hijos y una casa grande de la que ocuparme». «De no ser por ti, bicho perezoso, habría tenido una exitosa carrera laboral». «Si tú no fueras tan patética, habría tenido muchas amigas».

Sí, Ragna siempre ha querido librarse de mí, puede que mucho antes de que enfermara a los cuatro años. ¿No tengo acaso el recuerdo de una Ragna que reaccionaba a mi fiebre y mi llanto con una extraña mirada de satisfacción? Por supuesto, cabe la posibilidad de que esté exagerando, de que esté estirando los límites de lo creíble. De todas formas, estoy abierta, no, estoy dispuesta a afirmar que el deseo se reforzó cuando Ragna previó

las consecuencias, lo que iba a suceder más adelante, cuando empezó a vigilarme y a cuidar de mí por mis padres: una vida dedicada a cuidar a una hermana enferma e inmunda en medio de la nada. Por ese motivo no puedo culparla, pobre criatura, de que a su modo infantil intentara evitar lo que sospechaba que le depararía el futuro. Sí, puede ser así. Porque esa es la causa de que no le dijera nada a madre y a padre cuando mi estado empeoró de repente.

Por el mismo motivo tal vez no debería juzgar a la pequeña Ragna por sus muchos arrebatos y su astucia a lo largo de nuestra infancia. Y tal vez no debería culpar a la niña que fue, por todos los episodios de pura maldad. No hay que olvidar que yo le destrocé la vida y el futuro con mi enfermedad.

Este es uno de los muchos sucesos que puedo haberle perdonado:

—¡Ragna! ¿Jugamos a las señoritas?

Es por la tarde y estamos solas en casa. Tengo siete años y Ragna, doce.

Voy a su habitación. Ragna me mira desde la cama en la que está sentada metiendo cosas en cajitas. De repente, fija la vista en las cuentas de cristal que llevo alrededor del cuello. Se levanta y viene hacia mí. Al principio lo interpreto como un acercamiento, pero entonces alarga la mano hacia mi cuello, hacia la gargantilla, y me la arranca de un tirón.

—Eres muy fea. Y ese collar es mío. Nunca, jamás, jugaría con alguien tan fea como tú.

Y este:

—¡Hermanita! Ven aquí. Te quiero enseñar una cosa.

Es verano, puede que el del año siguiente. Estoy sentada en la cocina, comiendo, pero enseguida voy renqueando a la roca donde se sienta Ragna, con gran expectación por lo que quiere enseñarme.

El sol está bajo, es difícil ver lo que señala. Me inclino hacia adelante todo lo que puedo, y miro entre los brezos.

—¿Lo ves? Así eres tú. Justo así —dice Ragna.

Y entonces yo también lo veo. Entre los finos tallos y las hojas verdes un ratoncito se arrastra con las patas delanteras, con gran esfuerzo. Tiene las dos patas traseras rotas, y le cuelgan inútiles de su diminuto cuerpo.

Y este:

Es primavera. Debo de tener nueve o diez años. Estoy sentada en una silla a la puerta de casa, mientras Ragna pinta las escaleras de colores con un trozo de tiza.

—¡Venid, niñas! —dice de pronto padre desde la parte de atrás de la casa—. He encontrado un nido con dos huevos de cuervo que están a punto de eclosionar. ¡Daos prisa antes de que regrese la madre!

Nos miramos la una a la otra, entusiasmadas. Me levanto lo más rápido que puedo, me quito la manta de las piernas, agarro las muletas y adelanto una pierna para echar un vistazo a los huevos. Pero algo sucede; me desplomo tras dar un solo paso, me desequilibro y me caigo de bruces contra el suelo. Ragna me ha puesto la zancadilla con el pie izquierdo. Me duelen la cara y los brazos; miro hacia arriba. Ragna está corriendo. Se vuelve hacia mí riendo y me saca la lengua.

Nuestra accidentada relación de hermanas y todos sus incidentes: No, querida Ragna, no puedo perdonártelo todo. Pero he aquí un bonito recuerdo: ahí estamos tú y yo en el césped un día de verano. Yo tengo ocho años y tú, trece; tú eres grande y yo, pequeña; tú lo sabes todo y yo soy tonta; la hierba y el aire están secos y todo está en silencio. Estamos sentadas en el suelo, en una manta, yo en una esquina y tú justo a mi lado. Yo estoy jugando con una cerilla y tú arrancas manojos de hierba y los vas poniendo en un montoncito. No hablamos mucho, tampoco pensamos demasiado, pero mediante nuestros gestos y miradas acordamos que encenderé una cerilla y la pondré sobre el montoncito de hierba.

Enseguida se prende fuego, las llamas suben, nos movemos un poco en la manta. Pero mira, la llama se extiende y crepita en el aire. Me da miedo y te pido a voces que hagas algo. Te levantas y me indicas con calma que ruede hasta el otro lado. Me tumbo, hago lo que me dices, y en cuanto estoy en la hierba, levantas la manta y la lanzas sobre la llama, que se apaga con un puf.

Yo sonrío y aplaudo, atónita. Has estado tan rápida, tan segura. Tú eres Ragna, mi hermana mayor, siempre tienes el control absoluto. Respondes con una carcajada, y te sacudes el pelo, orgullosa, bueno, no ha sido nada. Pero de pronto te das la vuelta, ¿no se oye un ruido del césped, un silbidito, un susurro entre la hierba? Levantas una ceja, finges pensar en qué podría ser, como si tramaras un plan.

—Sigue ardiendo —te digo—. No mucho, pero hay algún destello por aquí.

—Hay que hacer algo más contundente —exclamas, y te quitas los pantalones.

Yo me quedo mirándote, atónita. De pronto estás ahí, con tus piernas blancas y tu culo redondo en medio del césped. Te pones en cuclillas, con las piernas abiertas y dejas que un reguero de

pis corra y salpique sobre el rescoldo. La hoguera silba y repica, y ¡mira!, el humo te sube hasta el trasero, tan blanco. Te apunto con el dedo y te lo digo en voz alta; te giras y ves lo mismo que yo. Pones los ojos en blanco con aire exagerado y te tiras al suelo antes de estallar en una carcajada. Allí estás tumbada, sobre la hierba quemada y mojada de pis, con el culo en pompa, y te ríes, te ríes y yo también me río, y nos reímos las dos. Te das la vuelta hasta que te quedas tumbada bocarriba, y yo también, y nos agarramos la barriga, y así nos quedamos tumbadas, riéndonos de una forma en la que nunca antes ni nunca después lo hemos hecho.

¿Puede salvarnos un recuerdo así, Ragna? ¿Puede darnos esperanzas de un posible hermanamiento?

Me golpeo la cabeza contra la pared; intento confirmar por mí misma la imposibilidad de que yo sea algo más que una cáscara dura y vacía. No pienso en otra cosa que en mi relación con Ragna. Siempre es Ragna, la pequeña Ragna, la gran Ragna, la complicada Ragna. Y descubro que tengo miedo. Me da miedo saber que vivo a través de Ragna. Por eso tengo que pellizcarme la carne, clavarme los dedos en el pecho, sentir cómo estallan los finos vasos sanguíneos, ver cómo se extiende el jugo a través de la piel, cómo se transforma en manchas azules, casi negras.

Pero el dolor físico es como un ligero arañazo sobre la superficie, no llego a la profundidad suficiente, no abarco lo suficiente, nunca llego a la materia de nuestra relación. Nuestra enfermedad es demasiado grave, los daños son demasiado extensos, es sencillamente imposible ofrecer un único diagnóstico. Y hay que admitirlo: no estoy capacitada para este tipo de investigación, me falta la habilidad para formular explicaciones lógicas y soluciones. Por eso me muevo incansable entre recuerdos, estados de ánimo e impresiones, y por eso no puedo hacer otra cosa que saborear, oler, sentir nuestra infección crónica de hermanas.

*

Supongamos que todos estos episodios y recuerdos no existen, que no hay una amarga enemistad entre nosotras. Supongamos que todo lo que experimento son invenciones y fantasías, y que ahora yo, cansada de mis interpretaciones, narrara mi historia de una manera sobria, si es que existe una forma de ver las cosas con claridad.

Por eso quiero abrir una brecha, socavar mi perspectiva vital, encontrar un camino que me ayude a admitir que tal vez estoy

equivocada. Estaré abierta a todo lo que salga de ese agujero, abierta a los pensamientos que me revelen que vivo una vida muy sencilla, sin ese dramatismo con el que tiendo a envolver cualquier acontecimiento.

¿Puede que sea la radio lo que haya estimulado mi forma de pensar? Todas las radionovelas, las voces que invaden mi habitación, es posible que me lleven a creer en historias ficticias, a problematizar la relación que existe entre Ragna y yo.

Pero ¿qué pasa si ahora siento la necesidad de reescribir y explicar todo lo que ocurre? En el mundo sigue sin haber verdades, sí, más allá de hechos mensurables como la longitud y la superficie y las fórmulas matemáticas que nadie en su sano juicio cuestionaría. Declaro que, mientras los sentimientos, las impresiones y los pensamientos no puedan expresarse en diagramas, es natural sentir una cierta incertidumbre sobre qué es la verdad en la vida propia.

Aun así, algo en mí quiere indagar en estas concepciones. Una indagación que se convierte en un sentimiento que me reconcome incansable y me hace pensar que, interprete lo que interprete, me estoy traicionando a mí misma. Pienso resignada que estoy a la deriva en un caleidoscopio de mentiras, mientras que algo en mí susurra que solo alcanzaré la calma y la certeza examinando el esqueleto, el tuétano de todas esas falsedades.

—Absorbe la suciedad de los huesos —me digo a mí misma en voz alta—. Escúpela. Deja que la verdad última se muestre desnuda ante tus ojos.

Toda la verdad, yo la extraigo temblorosa de la médula repugnante y repulsiva.

Toda yo, repugnante y repulsiva, extraigo la temblorosa verdad de la médula.

Otra vez. Juego con el orden de las frases, barajo las ideas como barajo las palabras, los acontecimientos cambian con una coma. Todo se convierte en esquemas y bocetos, sin importar cuántos giros y vueltas le dé a mi vida.

Pero al final, tras mucha resistencia, desánimo, desgana, formulo las preguntas que nunca había formulado:

¿Es posible que yo, la enferma, haya generado impaciencia en Ragna con mis gestos exagerados y mis exigencias descabelladas? ¿Puede ser que yo, la indefensa, haya contribuido a su furia al aparentar ser más débil de lo que soy? ¿Y si yo, en mi lucha por conseguir el inquebrantable puesto de víctima, he forjado y moldeado a Ragna, la quebrantadora?

Es más, ¿cabe la posibilidad de que yo, durante largos años de una necesidad extrema de cuidados, la haya privado de la posibilidad de pensar, de crear una vida interior rica? ¿Puede que yo, la tullida, haya dado origen a un ser lisiado, mudo y vacío?

Y aún hay más. ¿Podría ser que esta tendencia a las falsedades no se deba a mis dolorosas experiencias, a mi desaliento, sino a las mentiras que han crecido en mí ante el repentino enamoramiento entre ella y Johan; que los critique tanto porque mi pausada existencia se ve amenazada por su amor?

De ser así, si verdaderamente es así, no puedo hacer otra cosa que sorber el tuétano y desde las profundidades más hondas, de la tierra negra y pantanosa, regurgitar mi confesión, y sostenerla entre las manos:

Soy yo quien tiene cuernos, quien tiene ojos de cabra.

Mi dios es la manía persecutoria. Mis evangelios, la enfermedad y la dependencia. Y mis oraciones, un alarido constante mezclado con gemidos y gritos de dolor.

Que me ayude quien pueda. Soy una mujer al margen de la verdad.

La habitación está helada. La casa, en absoluto silencio. No se oye ni un soplo de aire.

—¡Ragna! —exclamo y tiemblo—. Ragna, ¿estoy viva? Tócame. Se me está marchitando el cuerpo.

Ragna está de pie frente a mí, en penumbra, con los ojos entrecerrados y los dientes apretados en un gesto que deja patente su deseo de volverse a la cama.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¡Y a estas horas de la madrugada!

—Tengo mucho miedo, Ragna. Tengo pensamientos extraños.

—Pues intenta dormir de una puñetera vez, como la gente normal, y verás como todas esas locuras desaparecen. —Ragna está tiritando y sacude los brazos de un lado a otro—. A ver si espabilas de una puñetera vez. ¡Mira que despertarme para nada! Te mereces una paliza.

Se inclina aún más hacia mí, y me agita un puño justo delante de la cara. Yo resoplo, pero ya me siento mejor, casi aliviada. El brillo de la piel blanca de Ragna en la oscura habitación, su voz, todo su ser me confirma que estoy viva, aquí, en la historia que he construido.

*

Los días van pasando, precipitándose hacia el invierno. Antes de

darme cuenta, todo se cubre de escarcha y oscuridad.

Para mí, que nunca salgo de casa, el invierno no implica sueño. Pero en un momento dado me harto. A través de un cansancio indescriptible me percato de que soy casi indistinguible de la cama y el polvo. Como por acto reflejo se me despiertan las ganas de vivir y me incorporo.

Por todos los demonios, pienso y niego confundida con la cabeza. ¿Cómo puedo pensar en dormir en lugar de intentar enterarme de los planes de mi desaparición?

Está claro que Johan ha vuelto. Por los ruidos me doy cuenta de que está zampando y zanganeando; al parecer, el invierno no merma su voraz apetito. Se sirve gustoso lo que se le ofrece tanto en la cocina como en el cuarto de Ragna.

El largo periodo de exilio y el repentino despertar hacen que observe lo que me rodea con renovado interés. Entre otras cosas, constato que Ragna se ha apropiado de muchos de los gestos y expresiones de Johan. Se hurga la nariz con descaro y ha empezado a guiñar los ojos como él. Tampoco se quita el mono de la moto cuando entra en casa; solo se deja caer la parte de arriba, que le cuelga de la cintura como un par de cartucheras vacías. Ambos se pasean de esa guisa de una habitación a otra, listos para salir pitando. Claramente están preparados, en caso de que haya que apresurarse a hacer algo. Pero ¿el qué?

Tengo que admitir que tener a Johan cerca me motiva. En cuanto entra por la puerta salgo de la cama, hago que perciba mi presencia haciendo más ruido del necesario con las muletas, y de vez en cuando me bamboleo de un extremo a otro del pasillo con la excusa de hacer ejercicio. El pasillo no es muy largo, no mide más de tres metros, y no soy capaz de dar muchos pasos; tal vez dieciséis por minuto. Pero es innegable el júbilo que siento cuando, al pasar a una lentitud vergonzosa por delante de la cocina, echo un vistazo con disimulo a la expresión de su rostro. Él sabe que yo sé que le molesta tenerme cerca, que soy tan descarada que lo hago a propósito, y que él no tiene más remedio que hacer como que no existo. Está furioso. Yo me alegro de su desgracia. Y eso le enfurece más todavía.

¿Es raro que me eche a reír tan pronto como desaparezco de su campo de visión, en voz baja, como si quisiera ahorrarle mis reveladoras observaciones? Eso le enfada más todavía.

Ay, ¡qué embriagadora mezcolanza de malas intenciones y forzados malentendidos!

*

El invierno se aferra cada vez con más fuerza, nos mantiene cautivos en un capullo gélido de nieve y oscuridad. Ragna pasa todo el tiempo dentro de casa. Johan es el único que abre la puerta de la calle cuando viene de visita o cuando sale, normalmente al pueblo en busca de noticias, el correo o algo de comida. Tampoco debería ocultar que Johan trae la leña, que limpia la entrada de nieve que se acumula en montones afuera. Está fuerte y sano, y podría decirse que me beneficio de esa fuerza.

Comparada con las llanuras abiertas de ahí afuera, la presencia de nosotros tres en la casita resulta casi claustrofóbica, pero eso no me impide que me levante de la cama y dé mis paseos diarios por el pasillo. El ejercicio, que comenzó como un pretexto, se ha convertido en una parte importante de mi rutina. Me hace estar alerta y preparada, y afianza mi posición como miembro de la casa. Ragna y Johan, que tienen como costumbre pasarse los días susurrando y murmurando en la mesa de la cocina, pueden verme pasar por el pasillo por la mañana, al mediodía y por la noche, de un lado a otro, con determinación. Cuando paso por delante, nos saludamos con la cabeza, y a veces les sonrío enseñando los dientes. Aunque desaparezca de su vista, no desaparezco de su mente. Sé que el ruido de las muletas se cuela en el calor y la comodidad de allí dentro, como un recordatorio constante de mi existencia. Por eso, en los días buenos, puede que les sorprenda con un par de vueltas más.

No, no soy tan tonta como para no ser consciente de los motivos ocultos para sacar a pasear las muletas continua y constantemente. Por un lado está el ejercicio, pero ante todo las muletas son como un cetro, representan el poder de inquietarlos un poco, llamar su atención.

Hago ejercicio a pesar de las ganas de dormir y soñar que estoy lejos; a pesar de los calambres que sufro después de un par de horas. Me masajeo las piernas lo mejor que puedo; no quiero pedírselo a Ragna cuando Johan está de visita, y eso es muy a menudo. Así que, tras el lamento de las muletas, mis quejidos acompañan los sonidos de la casa. Soy consciente de que ahogan y tapan los susurros de la cocina, en las pausas que se dan entre los jadeos de pasión de Johan. Me río y pienso en nuestros ruidos como una composición, en nuestras voces que suben y bajan en una partitura discordante.

Está claro que el ejercicio aumenta las fuerzas. Estoy despierta, y en la más negra oscuridad del invierno.

Dolor, porquería, mierda y pis; yo venceré a la chica de las muletas cueste lo que cueste, sí.

Cueste lo que cueste, dolor, porquería y pis; yo, la chica de las muletas, venceré a cualquier mierda, sí.

*

Una tarde el cielo se abre en tonos malva y la nieve parece algodón de azúcar; empiezo a pensar en la capacidad que tienen los colores de crear una idea, un contenido, la expectativa de un sabor, de una experiencia. Así como una golosina de color rosa promete un sabor dulce, una de color verde seguramente tenga un gusto más ácido.

De ahí que esté tumbada pensando en todo aquello a lo que pueden parecerse y recordar las personas, desde colores hasta animales e insectos. Ragna, por ejemplo, estoy segura de que parece una avispa, porque lo es con todo su ser. Y Johan me recuerda a un tipo especial de perro que vi en una revista; la mandíbula le sobresale de la misma forma, fuerte, y sus mejillas, como las del perro, le cuelgan pesadas y carnosas a ambos lados de la boca.

—¡Guau, guau! ¡Johan! Ven por el palo —susurro y me río por lo bajo; y así sigo pensando en Ragna y en Johan hasta que empiezo a pensar en mí misma y en cómo me perciben los demás.

—Ragna —digo a la hora de mi aseo matinal en mi cuarto, un día frío a principios de diciembre. Estoy sentada en una silla frente al lavabo, con el rostro hacia el espejo, y la observo mientras me pasa un trapo mojado de arriba abajo por la espalda. Me frota las axilas, las piernas y los muslos cada dos días, a pesar de que no estoy tan sucia. Probablemente en su cabeza estoy desaseada y asquerosa. Por eso me parece que viene a cuento y resulta natural hacerle la pregunta que me corroe por dentro—. Ragna —repito—, ¿de qué color soy? ¿Me lo puedes decir?

—¿Color? No tengo ni idea de qué estás hablando —dice desconfiada y sigue frotando.

—Los colores, Ragna, sí. Si crees que soy una persona amarilla, roja o verde.

Ríe con resignación; puede que sea demasiado temprano para este tipo de preguntas.

—Eres una cucaracha negra, igual de lívida y asquerosa.

—No me refiero a ese tipo de color, Ragna. Me refiero al color que tengo como persona. ¿Soy lila? Sí, porque lila es el color del que me siento.

Escurre el trapo con movimientos acelerados.

—Deja ya esta tontería de los colores.
—Ragna —insisto—, tú, por ejemplo, eres amarilla, sí, para mí eres amarilla, porque siempre vas de un lado a otro y no sé si el amarillo es un color inquieto, pero es el color del que yo siento que eres. —Estiro la espalda, tratando de captar su esquiva mirada—. Eres amarilla, Ragna —le repito—. ¿Qué color es el mío, Ragna?
—Basta. Ya vale con los colores —dice y pone los ojos en blanco y me levanta el pelo para lavarme el cuello.
—Bueno, pero tengo que saberlo. Sé tan poco de mí misma… Tú tienes a Johan. Y te cruzas con gente en el pueblo que puede darte una noción de quién eres.
—¡Basta!
—Te lo pondré fácil. Te dejo elegir entre tres colores: rojo, lila y azul. Uno de ellos es el mío, sí, y yo creo que es el lila. Dime, Ragna, ¿lo es? —Me tira del pelo hasta que me arden las raíces, pero no me rindo y me giro hacia ella—. Vale, entonces ¿soy lila? Lila porque soy más activa por las tardes y porque le doy muchas vueltas a las cosas, ¿verdad? Pensar es lila, Ragna, de eso estoy segura.
—¡Basta, basta, basta! —exclama tapándose los oídos. El trapo mojado le cuelga de los dedos y, al gotear, le deja grandes y expresivos chorretones en la camisa—. Graznas como un cuervo.
—Sí, pero escúchame, Ragna. Eres la única persona a la que se lo puedo preguntar.
Ahí está, con los ojos en blanco y medio cerrados, sacudiendo la cabeza, completamente frustrada.
—No eres lila, eres negra como la mierda, porque me enmierdas la vida. ¿Me oyes? ¡Negra! Como la roña. Vieja asquerosa.

Más tarde, después del aseo, mientras paseo por la habitación, de un lado a otro, de la ventana al espejo, Ragna recoge agitada la cocina. Coloca sin piedad los platos y los vasos en la alacena; seguro que están a punto de romperse, de tan amontonados.
—¡Será egocéntrica esa bestia! Aquí estoy yo, agotada día y noche, y ella pensando en colores. Pero ya le daré yo colores. ¡Rojo y amoratado!
Rojo o amoratado o lila. Da lo mismo. Porque soy blanca. Lo veo en el espejo. Casi incolora. Tengo los ojos pálidos con un ligero brillo azulado, y el pelo casi completamente gris, no, blanco. Soy, digamos, transparente. Pronto me fundiré con el cielo de ahí fuera.
La ausencia de color y de certezas; todo lo que no sé de mí misma hace que por mis pensamientos fluyan imágenes en las que no me gusta pensar. En especial, playas lejanas y

desconocidas, lugares en los que el ser humano nunca ha soltado anclas; estrechos y bahías inaccesibles, bajo enormes y antiguas montañas; playas tan extensas que se puede ver cómo el mar se acurruca en el horizonte. Son los lugares más recónditos y solitarios de la tierra, que solo existen en el borde de la nada. Y pienso con tanta intensidad en esas costas que tengo la sensación de desaparecer en lo más remoto; la costa se convierte en una zona periférica de mi propio cuerpo; cada dedo del pie y de la mano apuntando al vacío del mundo; soy un paisaje apartado, tan profundamente desolado que he de gritar para saber que existo.

—¿Por qué estás berreando? —exclama Ragna desde la cocina.

—¡Desaparezco, Ragna!

—¿Sí? Pues mira a ver si terminas de una vez, vieja bruja.

*

Puede que sea el traqueteo de la aguja de la máquina de coser lo que consigue penetrar en el estado onírico en el que llevo sumida desde hace un par de días. Ragna está cosiendo. Y no está haciendo arreglos ni remendando ropa vieja. No. Está cosiendo trozos grandes de tela. Y cuando Ragna empieza a canturrear acompañando el repiqueteo de la aguja, no puedo evitar que se me despierte la curiosidad. ¿Estará haciendo cortinas nuevas, en mitad del oscuro invierno? ¿O serán sábanas? Las viejas deben de estar ya desgastadas por el roce y la actividad física de la pareja.

Después de un rato se levanta de la mesa y tararea aún más alto. Oigo el frufrú de las telas, y la escucho mientras camina de un lado a otro de la habitación. Parece animada, satisfecha. Cuando pasa por el pasillo, de camino a su habitación, por fin echo un vistazo a lo que me ha despertado. Desde la cabeza de Ragna hasta el suelo caen las viejas cortinas de blonda de madre. Arriba del todo, sobre el cabello recogido de Ragna, la tela forma una corona de la que cae un velo que le cubre la cara.

Se me escapa un leve gemido. Si ese saco de huesos resecos parece una novia, yo soy la emperatriz de la China.

—Vaya, vaya, Ragna. ¿Estás preparando una boda?

Desde su habitación, mientras rebusca entre las joyas y vestidos, Ragna me responde:

—No metas tu asquerosa nariz en mis asuntos.

—¿Por qué no me lo habías contado?

—¿Por qué ibas a querer saberlo, si solo piensas en ti misma?

—Vaya, ¿así que os vais a casar?

—Sí, así podremos defendernos de los poderosos.

—No parece precisamente un escudo eso que llevas en la

cabeza.

—Dos son mejor que uno, de eso se trata. De estar juntos ante los peligros y amenazas de la vida. Y los peligros te incluyen a ti, para que lo sepas.

Dios bendito. Suspiro y dirijo la vista al techo. Allí arriba puedo evadirme por un segundo del yugo que constriñe mi existencia. Voy flotando con una ligereza perfecta, me dejo ir y estoy a punto de desaparecer por el conducto de ventilación cuando algo me empuja de nuevo a mi cuerpo postrado en la cama, y me deslizo por mi propia boca reseca.

—¿Ragna?

—¿Sí?

—¿Va a vivir aquí Johan?

—¡Pues claro! ¿Has visto alguna vez un matrimonio que no duerma en la misma cama?

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Nos casaremos el fin de semana, aquí, en casa. Queremos estar casados antes de Navidad. Está decidido. Que sigas lloriqueando no va a cambiar las cosas.

A pesar de la relación de Ragna y Johan, de sus excesos, estas noticias me resultan abruptas y algo inesperadas. Deben de haber tomado la decisión muy deprisa; si no, ya habría tenido mis sospechas. Pero ahora que lo pienso, tampoco me sorprende. Sí, debía de ser la boda lo que planeaban susurrando sentados a la mesa de la cocina. Me viene a la mente que tal vez lo haya provocado yo con mis paseos por el pasillo, con mi mera presencia. Está claro que han sentido una necesidad imperiosa de aliarse, sí, para tener un documento que poner sobre la mesa cuando se presenten situaciones difíciles: aquí decidimos nosotros.

No puedo evitar reprochármelo a mí misma. Pronto se oirá un «¡Estamos casados!» que resonará en las cuatro paredes de la casa, por todos los rincones. Y desde entonces estaremos separados en dos grupos irreconciliables: el matrimonio y yo, nosotros y tú, ellos y yo.

*

Lonchas de salmón ahumado, servidas con unas cuantas hojas de lechuga y crema agria. Asado de alce con patatas fritas. Tarta helada con bayas y las galletas de barquillo de Ragna. Vino tinto con la comida. El aguardiente casero de Johan para el postre.

Ragna está de pie junto a la cama frotándose las manos. Me mira expectante. Estoy invitada. Me sentaré a la mesa. Será un día memorable para todos nosotros.

¿Está esperando que dé muestras de alegría? Estoy encogida, procesando la noticia; ni siquiera consigo mirarla a los ojos.

Más tarde, de noche ese mismo día, vuelve a estar de pie en mi cuarto, me sacude el brazo y me despierta de un sueño pesado y profundo.

—Querida hermana, mira lo que te traigo. Lo he arreglado para ti. Me ha llevado muchas horas hacerlo. ¿No es bonito? —Sostiene un vestido de tela verde con borlas. El color ácido se le refleja en la cara. Me da un vuelco el estómago, se me llena la boca de saliva. ¿Ha cosido Ragna los cuellos y los bolsillos? Seguro que son retales de las cortinas de blonda. El vestido debe de ser viejo. No recuerdo haberlo visto antes. Trago saliva y miro a otro lado. Ragna pone el vestido en una percha y lo cuelga en la puerta del armario. Tal vez para que los lazos que caen del cuello de encaje me recuerden los tiempos difíciles que están por llegar—. ¿No es precioso? —pregunta de nuevo acariciando la tela con la mano—. Siempre has querido un vestido así, ¿verdad?

—Sí.

—¿Qué te pasa? —Ragna se acerca, se pone al lado de la cama y me mira con desconfianza—. No habrás pensado ponerte mala, ¿verdad?

—Pues no.

—Eso espero. Hoy es mi día y no me lo vas a estropear.

—Tranquila.

Ragna sonríe con ganas. Yo le devuelvo una sonrisa desganada. Está inclinada sobre mí e irradia un poder que solo la certeza de una felicidad inminente puede crear. Sonrío un poco más, lo mejor que sé. Ella respira aliviada y retoma sus preparativos para el enlace.

La universidad en casa, tomo viii, «Lenguaje y comunicación». Al azar, en el margen, en medio del libro: «Matrimonio, manicomio, pandemonio, muerde el moño, mal demonio».

Una vez más, estoy profundamente dormida cuando ella entra de golpe con una taza en la mano.

—¿Cómo estás, querida hermana? ¡Ya es de día!

Enciende la luz del techo, y bajo esa cascada de luz examino todos los problemas visibles y futuros que pueden amenazar la boda de este fin de semana. Ragna deja la taza a un lado, se inclina sobre mí, me mulle la almohada, y me agarra del brazo en un intento de incorporarme.

—No necesito nada. Déjame dormir.

—¿Así me agradeces que te traiga un té esta maravillosa

mañana? —Me mete las manos en las axilas; no me queda más remedio que sentarme en la cama. Me pone la taza de té delante, en un hoyo que hace en la manta. Se endereza y se queda de pie pegada a mí. Siento que me está mirando con un gesto que desconozco y, sorprendida, giro la cabeza hacia arriba para ver de qué se trata. En ese momento, mi frente choca contra su mano abierta. Me escuece, las uñas me han arañado la piel, le tiembla la mano. ¿Iba a acariciarme el pelo? La mirada se disipa. Aparta la mano—. Querida hermana —dice con voz ronca—, solo quiero que tengamos un buen día.

—Claro.

—Puedes estar segura de que la comida estará deliciosa.

—Sí.

—¡Y habrá vino! ¡Para ti también! Tenemos mucho que celebrar.

—Sí.

—El vestido te quedará muy bien.

No respondo. Ragna se frota las manos cuando me hundo a propósito en la cama. El té se derrama. La mancha se extiende. Siento el calor a través de la manta.

—Intenta ser simpática —dice y coge la taza.

—Sí —respondo y le doy la espalda.

Respira profundamente, haciendo ruido al agacharse con cuidado hacia mí.

—¿Tienes miedo?

Tiene razón. Tengo muchos motivos para tener miedo. Estoy tumbada en la oscuridad, rumiando maleficios, buscando frases que puedan convertir la felicidad de los recién casados en una lenta destrucción, frases que puedan transformar un buen matrimonio en una separación dolorosa y atroz. Hago un absurdo intento de escribir a pesar de mi agotamiento, pero me consuelo al pensar que, si no funcionan, maldeciré, suplicaré, clavaré agujas en lo que está a punto de suceder.

Ragna y Johan, felices y amables, nunca conocerán el dolor más profundo ni sufrirán terribles desdichas.

Ragna y Johan, nunca felices ni amables, conocerán el dolor más profundo y sufrirán terribles desdichas.

Cojo aire. Intento evitar la avalancha de imágenes que se agolpan contra mi frente, contra los ojos cerrados. No quiero verlas, no quiero; la crueldad que emanan, la humillación, pero aun así me siento atraída por ellas, sí, y las observo de una en una, con frialdad y distancia, sin dignidad. Yo, con un hacha y un martillo. Ragna echada a los cuervos afuera. El arcón lleno de

Johan, hecho filetes y chuletas, picadillo y embutido.

Todo da vueltas. Me caigo.

—¡Ragna! ¡Ayúdame!

*

El día de la boda Ragna se despierta a las cinco y enciende el fogón. Tararea mientras prepara el café. Todo está listo. Las sartenes brillan, las ventanas y las paredes relucen. Entre las tareas de limpieza de la casa, Ragna también se ha ocupado de mi higiene personal. Ayer por la noche me bañó, me lavó y me frotó. La comida está preparada en la despensa; solo hay que calentarla cuando regresen de casarse en el pueblo.

—Traeremos invitados. ¡Nunca habrá habido una fiesta igual!

Me pregunto si lo dice como información o como amenaza, pero ante todo pienso en que me voy a sentar a comer y a charlar con más gente, y no tengo ninguna práctica, yo que rara vez me siento a la mesa a conversar con Ragna.

Gente. La casa se va a llenar de gente. Pero no más de tres invitados, como se puede ver por cómo está puesta la mesa. Va a ser una experiencia rara, últimamente casi no he visto a Johan. Ha tenido la astucia de esconderse para no pelearse con su familia política. La guerra ha remitido. En este día de fiesta y reencuentro reinarán la paz y la armonía.

Se ponen en marcha en la oscuridad. Por la ventana veo que Johan ha atado una bandera a cada lado del manillar de la moto de nieve. Bajo el holgado mono de nieve, Ragna lleva el vestido nuevo, y ha conseguido meter el tocado y el velo dentro de la capucha. Se le ha salido un extremo que ondea en el viento y se agita hacia el cielo despejado que bendice la comitiva nupcial con un tiempo despejado y estrellas.

El ruido de la moto se oye cada vez más lejos. Yo me quedo atrás, con mi vestido verde.

Los cuervos se posan en la ventana y miran fijamente a la habitación. El abedul enano empuja sus ramas contra la fachada, escucha.

Caigo rendida en la silla. Suspiro cansada, pienso que la vida me ha recibido con las manos resbaladizas. Me deslicé, me escurrí, flui lejos de las cosas buenas del mundo ya desde recién nacida. Por eso me encuentro en este rincón de limitadas posibilidades.

Me levanto. Me enfrento a la vida con las muletas.

La universidad en casa, tomo vi, «Individuo y sociedad», en el margen, al final del libro: «La mujer de las muletas que vive en

medio de la nada exclama hacia el cielo: ¡Basta de una maldita vez! Los animales salvajes se detienen, aguzan los oídos: ¿Es eso un ruido humano? Entonces siguen su camino. No ha sido nada; solo el murmullo del silencio».

*

Siguiendo una vieja costumbre, entro renqueando en la habitación de Ragna; me siento en su silla, en su cama, abro cajas y cofres, miro su ropa y sus joyas, todas las cosas que colecciona. La ropa interior roja sigue estando allí; un olor nauseabundo sale de la caja. No me atrevo a tocar la ropa y rápidamente vuelvo a poner la tapa. En un montón de revistas, dedico demasiado tiempo a mirar un folleto con ofertas de ropa de mujer y, cuando me dispongo a ponerlo en su sitio, me encuentro la bolsa de Johan al lado de la puerta, la que usa todos los lunes cuando va al pueblo a hacer la compra y a traer y llevar el correo. Dejo escapar un grito de angustia y nerviosismo, tengo que darme prisa, la bolsa es lo único a lo que merece la pena dedicar el tiempo ahora mismo. La arrastro hacia mí; el peso no me sorprende, va a pasar aquí los próximos días, sí, incluso la mañana de la boda la va a pasar en esta casa. En la bolsa hay un cepillo de dientes y una muda. Abro todas las cremalleras y los bolsillos, examino e inspecciono el contenido. Hay una navaja y cosas para afeitarse, una baraja de cartas y un almanaque y, en un sobre marrón y desgastado, junto con facturas sin pagar, encuentro una carta dirigida a la jefa de enfermería de la residencia. El sobre está cerrado y tiene un sello. Está listo para que lo envíen el lunes, el segundo día de la luna de miel de Ragna y Johan.

No hace falta entrar en detalles sobre lo que hago, más allá de que requiere todas mis fuerzas para conseguir los utensilios necesarios para abrir el sobre y llevar a cabo el delito sin dejar rastro: un trapo húmedo para despegar la cola, un cuchillo afilado para levantar el lacre, una hoja en blanco para sustituir la elegante y elaborada solicitud de Ragna, una plancha para estirar las arrugas y, por último, pegamento para volver a cerrar el sobre.

Cuando vuelvo a meter la carta en la bolsa, me tiembla todo el cuerpo. Por un lado está la carga física, pero la angustia es aún peor. ¿Puede una hoja en blanco, una solicitud frustrada, evitar que al final se deshagan de mí?

En la mesa de la cocina está la traición de Ragna, la hoja con su solicitud personal a la directora de la residencia. Leo el

contenido en diagonal, no me hace falta más, es suficiente. Hago trizas la carta y la tiro al fuego; una llamarada y los trozos se convierten en cenizas que caen sobre las brasas que llevan ardiendo desde esta mañana.

«[...] no puedo más... Tienen que hacerse cargo de mi hermana. Estoy completamente agotada. Sus achaques van aumentando día tras día... No se muestra ni amable ni agradecida... Debería estar en la residencia, de eso estoy segura. Vengan a buscarla, y háganlo pronto. De lo contrario, tendrán que venir a buscarnos a las dos...».

Bien, aquí se confirma de una vez su traición. Por una parte, me siento aliviada. Las dudas y las sospechas y la interminable búsqueda de pruebas se han visto reemplazadas por la certeza y la clarividencia. El plan está identificado y puedo dirigir sin remordimientos mi artillería secreta hacia los recién casados.

*

Oigo la comitiva en la distancia. Las motos de nieve rugen con violencia entre los árboles. Debe de haber tres o cuatro. Me aventuraría a decir que habrá unas cinco personas. Desde mi asiento al lado de la ventana confirmo que mi suposición va bien encaminada; además de Ragna y Johan, hay tres hombres fuera de casa. Parecen tranquilos y prudentes, por lo que probablemente no sean los finlandeses.

Los invitados se acercan a la puerta de entrada. Los novios se quedan de pie junto a las motos. Se agarran del brazo, Ragna se pega fuerte a Johan, que parece estar esperando a que algo suceda. Dirijo la mirada a la escalera y veo a los tres hombres quitarse la capucha del mono de nieve y sacar sendos sombreros de los bolsillos interiores. Los sostienen con las manos mientras elevan el pecho hacia el cielo, cogen aire y dejan salir un chorro de voz. Tardo unos segundos en darme cuenta de que están cantando.

—Que Dios proteja nuestra preciada patria —se escucha por la escalera.

Johan se une a voz en grito:

—Que los hombres vivan como hermanos, como corresponde a los cristianos.

La voz de Johan es sorprendentemente fuerte. No puedo evitar que me impresione: es melodiosa, grave y vibrante; debo alejarme. La voz me habla de una fuerza que me atrae, una fuerza mayor que la que posee el Johan que yo conozco.

Se abre la puerta de la calle. Johan y Ragna entran del brazo.

Tras ellos pasan tres hombres.
—Querida hermana, ven a darnos la enhorabuena. ¡Ahora somos un matrimonio!
—No me da la gana —digo desde donde estoy, junto a la ventana de la cocina.
Debería haber dicho algo ingenioso, con doble sentido, algo que pareciera un halago pero al mismo tiempo fuera un insulto, pero estoy confundida y molesta por la carta, la boda y todo ese jaleo de las canciones, y por la voz de Johan. ¿Por qué Ragna no lo había mencionado nunca?

Cuelgan los monos de la moto de nieve, nos saludamos discretamente: unos apretones de manos por encima de la mesa de la cocina, un gesto con la cabeza a cada uno de ellos. Antiguos compañeros de coro de Johan, dicen, de cuando vivía en la costa.
Ragna, esa espiguilla retorcida, está en medio de la sala con el velo haciéndole pliegues; los hombres se reúnen alrededor del fuego, con los sombreros puestos, el pecho elevado y la boca abierta hacia el abismo interior. Un chorro de sonido se eleva hacia el techo.
Es espectacular. Las voces se sitúan en tres niveles diferentes y alcanzan una armonía que eriza la piel; notas agudas y graves se enredan y se retuercen, escalan hacia las alturas, se precipitan y caen en sorprendentes bajadas.
Me estremezco y tiemblo; es magia, pura seducción. Floto sobre la cresta de una ola y, como las olas, rompo, me vuelvo blanda y maleable. Se me llenan los ojos de lágrimas que no sé de dónde vienen.
¡Qué embriagadora conspiración! Estoy abducida, a punto de olvidarme de la rabia que siento. ¡Basta! Exclamo para mí, agarro las muletas para ponerme en pie, marcharme, protegerme de la levedad de la música.
Los hombres me miran atónitos. Las voces se callan. Yo también me observo a mí misma desde arriba, hacia el vestido, las medias, los zapatos. ¿Qué he hecho?
Ragna se pone más y más colorada; le vibran las aletas de la nariz.
—Bueno, ¡a comer! —exclama, y se da la vuelta.

Las velas arden. Los anillos de Johan y Ragna compiten para ver cuál brilla más. Me siento a la mesa a comer como los demás, mientras la conversación susurra animada a mi alrededor. Se nota que el vino empieza a hacer efecto. Me hace cosquillas en el pecho. La risa y el enfado burbujean y se revuelven, se agitan y me oprimen. No tardaré en explotar. Más me vale cerrar el pico,

evitar el vino y la conversación.

La naturaleza de los hombres me queda clara a lo largo de su visita. Todos están hechos de la misma pasta, siguiendo la misma receta. El pelo en finos mechones sobre la frente, la barriga como un saco sobre la cintura del pantalón. Se comportan con seguridad, tienen más confianza en sí mismos que Ragna, pero compruebo que Ragna es más decidida. Entre las piernas les cuelga el pene, motivo de orgullo, no cabe duda. Como Johan, los invitados creen que nadie los ve y se tocan constantemente la entrepierna, se agarran el paquete con las manos, se lo mueven y lo empujan hacia adelante.

Bajo el vestido me cuelgan los pechos, prístinos; entre las piernas descansa mi tesoro. ¿Pensarán en asediarme, en penetrar mis virginales tierras? Estoy aseada y limpia, tengo el pelo recogido en un moño. ¿Tengo la capacidad de despertar el deseo? ¿Soy una mujer a sus ojos? Yo, que no he intercambiado saliva ni fluidos con ninguna otra alma, ¿qué sé yo del juego de los sexos? Sin embargo, he observado a los animales, cómo el carnero se monta sobre la oveja y se introduce en ella, y he pensado que así, así me sería imposible relacionarme con un hombre.

No lo voy a negar: he pegado la silla a la mesa, más cerca de la concurrencia, y escucho con atención su conversación acerca de los viejos tiempos, de la vida junto al mar y los años del coro, de los viajes a Suecia y Finlandia y la estancia en la nueva Rusia. Allí, al parecer, a uno de ellos lo engañó un mendigo y se quedó con sus zapatos; otro se volvió loco y lo arrestó la policía; y Johan, el seductor, conquistaba a una mujer distinta cada noche. Los hombres brindan de nuevo y se dan codazos entre ellos, le hacen un guiño a Ragna, ¡menudo tipo le ha tocado!

Ragna asiente y niega con la cabeza, un momento está junto al fuego y al siguiente, junto a la mesa; bebe vino a grandes tragos mientras sirve platos de carne con patatas a los invitados. Tiene los músculos del cuello en tensión, como si fueran dos cuerdas tirantes. Está impasible y en silencio, casi no media palabra, solo una tos y una risotada se escapan de vez en cuando de su garganta; pequeñas volutas de humo de la hoguera que siempre arde en su interior.

La comida no me gusta. La carne está correosa de traición; la salsa, acre y aguada de conspiraciones. Esta probablemente sea la última cena que compartamos en esta mesa. Vino de Judas, cena de Judas, sabores de Judas; la traición de Ragna servida en cazuelas relucientes.

Después de un rato empiezo a tener dolor de espalda; no puedo pasar mucho tiempo sentada. Siento una molestia que me sube

hasta el cuello, la garganta, la lengua y el paladar. Necesito estallar de rabia, sí, de soltarme el pelo, de lanzar un alarido. Está claro que todo el mundo percibe mi desasosiego. Los hombres son parcos en atenciones, ya les deben de haber advertido sobre mí. Las preguntas van dirigidas a Ragna y tienen que ver con la comida: ¿Tu hermana quiere más patatas? ¿Algo de beber? ¿No le gusta la salsa? Ragna responde gruñendo entre dientes. Johan me lanza una mirada vigilante y amenazadora, pero yo estoy sentada a la mesa y me comporto como es debido: como, bebo, me siento erguida.

Después de cenar, el coro vuelve a situarse alrededor del fuego. Chasquean los dedos como acompañamiento a los sonidos rítmicos y guturales. Johan agarra a Ragna, la saca a bailar en medio de la sala; la corona de blonda se ha soltado por los lados, ella ha atado el velo con un nudo, y ahora le cuelga por la espalda y se balancea de un lado a otro. Por fin puedo levantarme e irme a un rincón. Desde allí observo el inestable baile de cortejo de la pareja, su festejo ritual de la conspiración en el hogar. Sonrío para mis adentros. Casi nada está bajo control, Ragna no para de chocar contra Johan, que responde con tirones y pasos torpes.

Desde la esquina puedo estudiar al coro a escondidas; sus cuerpos, los ritmos que marcan con las manos y los pies, cómo se elevan y se inclinan hacia adelante, con la mirada brillante y una sonrisa en los labios. Casi se podría creer que hay más gente en nuestra diminuta cocina y, como por acto reflejo, miro a mi alrededor.

¿De verdad es posible que sea a mí a quien todos se dirigen en secreto? Busco las muletas con las manos, tiemblo, trago saliva y la vuelvo a tragar. Estoy completamente desacostumbrada a tanta atención. ¿Qué voy a hacer? Debe de ser el vino, porque ahora golpeo el suelo con las muletas, llevando el ritmo. No tengo otra opción, solo así puedo responder al mensaje secreto. Junto los labios con cuidado en un intento por dibujar una sonrisa, y en ese momento todo en mí se abre de par en par: ventanas, puertas, trampillas y conductos de ventilación dejan entrar fuertes soplos de viento; me elevo, floto, olvido mi triste y tembloroso cuerpo. Qué liberación. Estoy abierta y receptiva a todo lo que pueda suceder esta noche, sí, ¿o acaso no me gustan todos ellos? No hay más que ver a los hombres, cómo chasquean los dedos, cómo sonríen, ¡es a mí a quien cantan! Muevo el cuerpo lo mejor que puedo, apoyada en las muletas y la pared, cautivada por su mirada y mis propios pensamientos; las caderas, ¿es posible?, las estoy moviendo despacio. Ay, Dios mío, de

repente soy libre, y aquí estoy, ofreciéndome. De pronto me veo desde fuera. No puedo contener la risa que me sube por el pecho, a punto de estallar; toda la rabia y el desasosiego que han ido creciendo a lo largo de la tarde empiezan a brotar y desbordarse.

Ragna y Johan paran en seco. Me lanzan miradas serias y oscuras.

—¿Pero qué estás haciendo? ¿No puedes comportarte como es debido? —Ragna está roja y furiosa. Está de pie en medio de la sala con los puños cerrados, lista para defender su moral de recién casada en su hogar.

Al principio pienso en hacer como que no la oigo; aún estoy flotando en una ola de felicidad, pero entonces me doy cuenta de que ya no se escuchan los cantos. Los hombres se han reunido en un grupito y susurran, les vibra la espalda, en un claro intento de ahogar una carcajada.

La puerta se vuelve a cerrar de golpe, y con ella las ventanas. Algo cae al suelo, con fuerza. Vaya, se trata de mi repentina libertad, que yace hecha añicos. Me tiemblan los ojos, pero me enderezo. ¿En qué estaría pensando? No, nunca más volveré a dejarme llevar de esa forma.

Los hombres se sientan de nuevo a la mesa. Johan saca otra botella y rellena las copas. Siguen hablando sobre esto y aquello; el ambiente es claramente tenso. El coro lanza una mirada insegura a Ragna; hacen como si no me vieran.

Yo aún estoy de pie en un rincón, jugueteando con las muletas, con la espalda recta y la cabeza erguida, pero no puedo evitar sentir ganas de volver a la cama y taparme con las mantas. La carta, la traición de Ragna, y ahora la ofensa delante del coro. ¿Cuánto más tengo que aguantar?

Ragna da muestras de querer tomar el control de la situación. Tensa los músculos del cuello y trata de captar la atención de todo el mundo. Pero cuando por fin abre la boca, no es de mí de quien habla; no hace mención a su resignación, al cansancio, a lo difícil que soy, no. En lugar de eso, explica una vez más el estado de las cosas; una vez más disfraza nuestra historia como una lucha entre ella y los nuevos señoritos.

—¡Nosotros también somos nativos! —exclama dando un golpe en la mesa—. Siempre hemos vivido aquí, sí, como todos nuestros antepasados durante generaciones.

—¡Claro que sí, joder! —dice el coro que mira las copas llenas del licor nupcial casero de Johan.

—Y toda esa mierda que quieren tirarnos encima: más derechos, la propiedad del agua y de la tierra, y sí, ¡incluso del mar!

—¡Cerdos cabrones! —responde el coro dando un trago.

—Tenemos que estar unidos frente los poderosos. ¡Somos tan nativos como ellos!

—¡Claro que sí!

—Hay que aliarse lo mejor posible. Antes de que nos demos cuenta, vendrán a echarnos de nuestra propia casa.

—¡Así se habla!

—Van a tener que aguantarse todos.

—¡Eso! ¡Aquí mandamos nosotros! —dice el coro apoyando las copas con fuerza en la mesa.

—Eh, Ragna, ¿se te ha olvidado? —digo arrastrándome desde la esquina. Tengo muchos brazos y muchas piernas y agito mi aguijón frente a ella. El coro y Johan dan un respingo y retroceden, de pronto incómodos. Empiezo a canturrear en voz baja, tal vez inspirada por el coro, pero tengo en mente mis propios motivos para hacer uso de mi voz—. ¿Ya no te acuerdas de esta canción? —la miro inquisitivamente, tomo aire y emito algunas notas con voz vacilante—. La cantabas a menudo cuando eras joven y tenías más carne en los huesos —El coro y Johan se miran confundidos—. Sí —prosigo—. Te la sabías de memoria, y no me extraña: en aquella época pasabas mucho tiempo con los nativos, y esta era su canción, un homenaje a su propia historia.

Johan se mueve inquieto.

—¿Qué coño está diciendo, Ragna? ¿No puedes meter a esta bruja en la cama para que podamos tener la fiesta en paz?

—Basta, ¡déjalo! —chilla Ragna con inseguridad.

—¿Que lo deje? Si hablamos de dejar algo, habría que hablar de ti, querida Ragna. Tú, que tanto te has dejado hacer, que te has entregado a los nuevos señoritos. ¿Crees que no te veía por la ventana cuando éramos jóvenes? Corrían detrás de ti entre los matorrales con el pene en la mano, salvajes y cachondos, todos ellos.

—¿Pero qué dice este pajarraco?

—Solo digo que Ragna ha apoyado a los nuevos señoritos a su particular manera, es decir, cubierta por mantas de piel, desde muy joven. No hay muchos nativos que hayan escapado al apetito insaciable que siente por los hombres.

*

La universidad en casa, tomo iv, «Historia universal», al azar, en algún lugar del margen: «La zona de la picadura se inflama enseguida. El veneno mortal penetra en cada célula. La víctima cae al suelo entre vómitos y convulsiones, pero los presentes le inyectan rápidamente el antídoto. Su estado de salud se ha

estabilizado. La alimaña venenosa ha sido neutralizada y devuelta a su sucia madriguera».

La cama me envuelve, cálida y suave. Nadie más en el mundo me recibe de la misma manera: amor incondicional y que no juzga mis actos. Me hundo, me sumerjo, pero en la profundidad del abrazo me quedo tumbada dando vueltas entre las acusaciones de Ragna y mi propia defensa, sin descanso, ni en el sueño ni en la vigilia.

Tan pronto como recupero la consciencia perdida en un instante de descanso, regreso a esa conversación, solo con sentir el vestido verde contra la piel. ¿Fue el vino o fue pura maldad? ¿O fue la mezcla de vino y maldad lo que produjo el veneno? Ese será el argumento que Ragna blandirá para atacarme. Mi ansiedad y mi rabia justificadas, sí, todas mis razones para reaccionar no existen en su repertorio de causas y explicaciones.

*

La noche de bodas, Johan me taladra los tímpanos. ¿Nos está castigando tanto a Ragna como a mí? La cómoda golpea con fuerza contra la pared a intervalos regulares.

Me saco de los bolsillos del vestido dos corchos de vino que he tenido la previsión de llevarme de la encimera de la cocina e intento taparme los oídos con ellos. Son demasiado grandes y se caen. No tengo otra opción que presionar ambas manos contra la cabeza, dejarlas ahí, y esperar a que acabe la noche de bodas.

¿Pasan horas? ¿Pasan días? Ruedo de un lado a otro de la cama, verde, venenosa, en peligro de extinción.

Vergüenza y sacrilegio.

La carne de la boda se pudre en los platos de la cena. En las copas se coagula el vino. ¿Cortarían la tarta nupcial y probarían en ella su futura felicidad?

La cara de Ragna, las miradas de los hombres, me los estoy imaginado separados a igual distancia en la habitación oscura. Me vienen ráfagas de imágenes de la noche y de la cena, y me siento más sola y abandonada que nunca. Incluso las palabras me han dejado. Tras los últimos apuntes, los libros yacen sin tocar bajo la cama. Quizá encuentre alguna tras un pensamiento viejo y reseco que pueda rascar y echarme a la boca. Pero todo me sabe rancio, seco y sin vida. No como antes, cuando eran como pequeños dulces que me hacían la boca agua.

*

Es temprano por la mañana, lo sé por el tono morado del cielo.

La sequía de palabras y el tiempo de vigilia han desenterrado un par de recuerdos que después se niegan a salir de mi mente. ¿O puede que hayan surgido de la conciencia, en un deseo de compensar algo? ¿De qué otra manera puede un recuerdo de inocencia juvenil tener la cara y el nombre de Ragna?

No escribo. Veo rastros de las historias a lo largo del suelo, de las paredes y los cristales de las ventanas. Se estiran por sí mismas sobre el cabecero de la cama, el despertador, una figurita, para después palidecer y desvanecerse de nuevo.

Ragna, cuenta la ventana, Ragna tenía un brillo precioso en el pelo, sí, relucía y brillaba entre el verde de los arbustos y los árboles, eso es lo que dijo él la primera vez que se vieron. A mí ella me habló justo después, eufórica, de la mirada de él, de la voz con la que pronunciaba las palabras; habló de ello durante semanas y meses, pero para sus adentros, frente al espejo, en la cama antes de quedarse dormida, pero nunca tan lejos como para que yo no pudiera oír sus palabras.

Le olía raro el aliento y no me gustaba que me tocara con la mano sudorosa cuando se sentaba al borde de la cama y me contaba lo enamorada que estaba; él era tan amable, la había invitado a un café en la cafetería y cuando salieron a esperar a padre, que estaba haciendo la compra semanal en la tienda, le dejó su bufanda. Además, era bastante divertido, se echaba a cantar y a reír y le daba codazos cuando pasaba el tiempo y el viento del norte les helaba los pies y las manos.

Iba a volver a verlo, de eso estaba segura.

Una tarde apareció por sorpresa delante de casa. Había llegado en moto por el camino embarrado y lleno de baches, y ahora estaba allí, con salpicaduras por las piernas y la espalda. Yo lo veía desde la cama, bajó la pata de cabra con delicadeza, sacudió un poco el parabrisas y retrocedió un par de pasos; observó la moto con distancia y se sacó el tabaco del bolsillo. Miró hacia la casa mientras se liaba un cigarrillo, pero no mostró intención de llamar o establecer contacto. En lugar de eso, se tumbó en el césped y exhaló el humo en grandes bocanadas, relajado, como si siempre hubiera vivido aquí.

A Ragna casi se le corta la respiración. ¡Estaba justo ahí fuera! Y ella con la cara sin lavar y sin haberse pasado un peine por el pelo. ¿Qué iba a pensar él cuando la viera así, hecha un desastre?

Salió disparada a su habitación, correteando de un lado para otro; no le dio tiempo ni a peinarse ni a cambiarse el jersey antes de caer en la cuenta de que tenía que salir a saludar. Desde la ventana le veía la cara; se acercó a él contenta, insegura y con un

regusto dulce en la boca. Él la vio aproximarse, pero no se levantó; se quedó sentado completamente inmóvil durante un segundo antes de tirar el cigarro y apagarlo contra el césped con el pulgar, sin apartar los ojos de ella.

Por los ruidos que venían de la cocina deduje que padre y madre estaban incómodos. Se movían con torpeza, como si de repente estuvieran en una casa que no era la suya. Padre tosía y empezó a dar paseos entre el pasillo y la cocina, y madre pelaba patatas despacio y en silencio, enfrascada en sus pensamientos.

«¿Quién es ese crío? ¿Qué intenciones tiene?», preguntó padre varias veces.

Al principio madre no respondió, pero después, entre el ruido de los cacharros, dijo que Ragna nunca había hablado de él, así que cómo iba ella a saberlo.

Yo me senté en una silla junto a la ventana, hacia un lado, justo al lado de las cortinas para no resultar demasiado descarada. Padre estaba de pie y me miraba desde el pasillo; me di cuenta por el silencio y porque los pasos habían enmudecido. Cuando asomó la cabeza por la puerta de mi habitación no dijo nada, pero yo noté que se estaba conteniendo.

Me veo a mí misma sentada junto a esta ventana; me veo girándome despacio hacia él, en silencio, pero con rostro sereno, y veo que algo en él se cae a pedazos, allí, junto a la puerta del pasillo; veo lo que yo era y lo que nunca seré; todo lo que se perdió y que se convertiría en furiosas acusaciones, en rencor y soledad; lo leo en sus ojos desde aquí, y también lo vi esa vez que él estaba de pie junto a la puerta y supe que tenía algo que decirme.

Cuando me volví a girar hacia la ventana, Ragna y el muchacho habían desaparecido. Busqué con la mirada entre los arbustos, más allá del brezo, alrededor del árbol de fuera, pero comprendí que ya hacía tiempo que se habían ido en cuanto observé las huellas de la moto en la hierba. Abrí las manos, tan frías y vacías en mi regazo, y las piernas, tan cansadas sobre la silla, tan inútiles, tan ajenas. ¿De qué me servía este cuerpo? ¿Qué haría con toda esta carne, con esta vida que me había tocado en suerte?

«¿Quién es ese chico? —exclamó padre de nuevo mientras entraba en la cocina—. ¿Quién es?», le preguntó a madre con violencia. «No lo sé, no lo sé», dijo madre una y otra vez. Se había puesto a fregar cazuelas.

Afuera, el silencio era abrumador. Estiré el cuello, giré la cabeza, apoyé la cara contra el cristal. ¿Dónde habrían ido a parar los sonidos de Ragna y el muchacho? Algo me impulsó a

girarme hacia el pasillo. Ahora estaban allí madre y padre, observándome. Tenían la cara ensombrecida y el cuerpo cansado. Entonces lo vi, todos lo sabíamos, que yo era uno de ellos, de los viejos e inservibles, y que continuaría siéndolo, para siempre.

«Seguro que es un salvaje. Esa gente está por civilizar», le dijo madre a padre durante la cena. Su voz rompió el silencio, fuerte y ronca, contrastaba con el delicado tintineo de los vasos. Yo estaba sentada junto a la chimenea, madre y padre a la mesa, la silla de Ragna estaba vacía pegada a la mesa. Nuestras miradas se cruzaban ocasionalmente, pero de vez en cuando padre golpeaba la mesa con el puño, no con demasiada fuerza, sino como si estuviera constatando algo, y entonces nos mirábamos durante un instante.

Les pedí que me acostaran. Estaba cansada de esperar, y además me incomodaba compartir la velada con padre y madre.

Fuera, la noche de verano era clara, prometedora, pero yo estaba helada en la cama. En la habitación entraba una ráfaga de aire a la que nunca había prestado atención. Llamé a madre para pedirle otra manta. Debía de ser ya de noche cuando entró descalza y en camisón, arrastrando los pies.

Qué frío. En pleno verano. ¡Y Ragna aún ahí fuera! Madre me arropó con la manta, suspiró pesadamente: «Ahora duérmete —me dijo—. No podemos quedarnos todos despiertos a esperarla».

Ragna tenía dieciocho años por lo menos; no tenían derecho a obligarla a quedarse en casa. Pero cuando regresó después de varias horas fuera, padre estaba esperándola de pie junto a la puerta. Y cuando le preguntó dónde había estado y se encontró con el silencio por respuesta, le demostró su poder sobre ella con una bofetada. La golpeó en la mejilla, lo oí desde la habitación, un golpe seco, casi metálico. Pero Ragna seguía sin contestar; fue a acostarse sin decir ni media palabra.

Y recuerdo que yo sonreí discretamente, y entonces empecé a entrar en calor.

*

La otra historia que me viene a la mente sucedió hace algo más de tiempo, durante el invierno de mis siete años, cuando Ragna tenía doce. Esa noche Ragna y yo estábamos sentadas en medio de la cocina en sendas banquetas, mirándonos la una a la otra. Madre estaba detrás de mí con unas tijeras en la mano; yo tenía el pelo húmedo y ella me había puesto una toalla sobre los hombros. Yo estaba inclinada hacia adelante, con los ojos hinchados de llorar. Me había resistido con todas mis fuerzas, pero ahora, de algún modo, estaba preparada, resignada a lo que

iba a suceder. Ragna estaba radiante; se sacudía su media melena lustrosa. Sí, ya le llegaba por debajo de los hombros flacuchos, pero se salvaría de las tijeras; a ella la dejarían en paz, mientras que a mí había que cortarme el pelo, mi melena fina y rala. «Crece desigual —decía madre—, además, es tan fino que se te enreda y te salen nudos por todas partes». No tendría más remedio que llevar el pelo corto; y ahora me lo iban a cortar justo por encima de las orejas.

Sentada en su banqueta, Ragna relucía, brillaba y fulguraba, y se sacudía el pelo, tan grueso, tan largo, mira, ella podría hacerse trenzas, llevar una coleta, ponerse rulos y dejarlo caer de nuevo en una cascada de suaves rizos. Yo miraba justo hacia el frente y hacía como si ella no estuviera allí; sin prestar atención a cómo se regodeaba en mi humillación. Madre cortaba, y yo derramaba lágrimas por cada mechón de pelo que sucumbía a las tijeras.

Más tarde me acerqué al espejo, sin ser vista, sola, con los ojos enormes y la cabeza aún más. Se confirmaba mi naturaleza: era una extraña en mi familia y en la Tierra. En medio de esta confirmación apareció ella, Ragna, y se puso a mi lado. Nos miramos la una a la otra, durante mucho tiempo, por todos lados, en el espejo, yo delante y ella justo detrás. No dijimos nada, pero las dos vimos perfectamente lo que el espejo tenía que contar.

¿Fue al día siguiente? No, fue varios días más tarde, y tuve que planificarlo bien. Solo así evitaría la sospecha.

Ragna gritó al despertarse o, mejor dicho, al pasarse el cepillo por el pelo aquella mañana. ¿Era posible? A lo largo de la noche, de las horas sobre la almohada, el pelo se le había enredado en una bola informe y era imposible desenmarañarlo, deshacer aquel grumo, ese grueso y salvaje matojo de pelo liado de manera alarmante.

«Dios bendito», suspiraba madre mientras intentaba separar los pelos con cuidado. Ragna gritaba y se agarraba las sienes con ambas manos, mirando a madre con horror, con el miedo reflejado en la cara. Yo lo vi todo desde la puerta donde estaba junto a padre. «Ay, Ragna —prosiguió madre resignada—. Es imposible desenredarlo. ¿Cómo has podido ser tan tonta de dejar el chicle sobre la almohada?».

Ragna protestaba. Ella solía envolver las bolitas de chicle ya masticadas, esos chicles ácidos que compraba en el pueblo, en un papel que guardaba en la cómoda. Así estaban listos para el día siguiente, aún con sabor y algo duros antes de volverse otra vez blandos y elásticos entre los dientes. ¿Cómo podrían haber acabado en el pelo?

«Debes de haberte quedado dormida con el chicle en la boca —dijo madre—. Deberías dejar de hacerlo, podría ser peligroso».

Ragna estaba desconcertada, porque era verdad que a veces se había quedado mascando chicle tumbada en la cama durante largo rato, sí, hasta que la casa se quedaba a oscuras y en silencio, justo antes de quedarse dormida, pero entonces siempre se lo sacaba de la boca. ¿Se le podría haber olvidado?

Yo me quedé un rato en el quicio de la puerta. Nuestras miradas se cruzaron durante un segundo, pero entonces volví renqueando a la cama como siempre. Era un ser despreciable, pero no me hice cargo de lo que sucedió más tarde ese mismo día: Ragna tuvo que enfrentarse a las tijeras, el cabello cayéndole en largos mechones, justo por debajo de las orejas mientras lloraba un llanto largo y desconsolado.

*

Sigo torturándome a mí misma. Cuento las preocupaciones y los tormentos. Llego a cuatro: la boda de Ragna con Johan. La vergüenza que le hice pasar a Ragna ese día. Los planes para deshacerse de mí. La carta en blanco dirigida a la residencia. A todo esto se suman mis dolores y mi inevitable dependencia. Seis en total. Seis preocupaciones y tormentos. No sé si son muchas, pero son más de las que puedo soportar. Me oprimen los ojos, me martillean y presionan el cráneo, la piel se me agrieta y se me desgarra, enseguida explotará el veneno y ensombrecerá el mundo.

No, dame una bolsa, un saco. No, dame un océano en el que vomitar, y así poder poner fin a este sufrimiento de una manera u otra.

Después de estos pensamientos, rompo a llorar. Lloro por todo lo que soy y por todo lo que mis dolencias no me dejan ver, las grandes maravillas de la tierra. ¿Y cuánta belleza no habré conseguido ver en mí misma?

¿Por qué no hago lo más sencillo, cortar el vínculo con la vida, una rápida puñalada en lo más profundo del corazón? ¿Qué más espero conseguir, aparte de la furia de Ragna, de algunos días más con comida que llevarme a la boca y humillantes visitas al baño?

Pero las ganas de vivir se aferran a la esperanza de que algo pueda ocurrir, de que todo pueda mejorar. Además, no tengo ninguna prisa; prefiero quedarme en la cama durmiendo antes que descomponerme por completo en la tierra, en silencio y vacía de pensamientos.

*

—Se te calentó la boca anoche.

Johan de pie frente a mi cama, con las piernas separadas y los pulgares metidos en las trabillas del pantalón. Tras él está Ragna, con los dedos entrelazados, la boca torcida y desencajada; es difícil saber si está conteniendo la rabia o una carcajada.

—¿Fue ayer? Pensaba que había sido hace mucho tiempo —digo y me incorporo en la cama para tener una mejor perspectiva de la repentina visita.

—Se te calentó la boca, ¿y sabes lo que he pensado que podemos hacer?

—No sé. ¿Enfriarla, tal vez? —respondo rascándome la cabeza.

—Parece que tu hermana no es idiota del todo, Ragna. Y eso está bien, porque significa que puede aprender una lección.

Ragna se echa a reír, me mira fijamente y al mismo tiempo no. Transmite una sensación de distancia, un desasosiego que no me gusta.

—¡Ve a buscar el mono de la moto de nieve, Ragna! —exclama Johan mirándome imperiosamente.

Ragna sale corriendo al pasillo y regresa con uno de sus trajes viejos, rígido por las manchas de aceite, sangre de pescado y café. Se queda quieta al lado de la cama y me lo pone delante.

—Ahora harás lo que te digamos.

—Por Dios, Ragna. ¿Estás mal de la cabeza?

—¡Póntelo!

—Pero ¿qué estáis tramando? ¿Qué voy a hacer yo con ese traje?

—Te vas a marchar de aquí —exclama Johan.

—Estáis completamente locos.

—Vas a ir a la residencia.

Ragna y Johan se miran; es obvio que satisfechos de cómo están saliendo las cosas.

—¡Dios mío, Ragna! —intento llamar su atención, despertarla de esta locura, pero ella mira para otro lado y se queda pegada a Johan.

Johan me quita la manta y la tira a un rincón. Se me ha remangado el vestido verde y se me ha enredado alrededor de la cintura, mientras que las medias se me han bajado un poco dejando al descubierto unos cuantos pelillos rizados que se asoman por el borde de la ropa interior.

Me tapo el pubis con las manos, me agarro con fuerza a mí misma con la esperanza de evitar que me vistan, algo que ya han empezado a hacer.

—A ver si cooperas un poco —dice Johan y tira de mí hacia el

borde de la cama.

—Me niego. ¿Me oís? ¡Me niego!

—¿Te niegas? ¿A qué te vas a negar tú, vieja bruja?

Ragna está a los pies de la cama. Me mete las piernas por las perneras del mono mientras Johan me sujeta. Intento razonar, apretar el cuerpo contra la cama, pero me tiran de las piernas, el tronco y los brazos, me embuten en el traje a pesar de mis gritos desesperados.

—No quiero. ¡No quiero!

—Te puedes negar todo lo que quieras, pero no te va a servir de nada —dice Johan apretando los dientes.

—Cierra el pico, Johan. Esto es asunto mío y de mi hermana.

Johan se endereza. Ya estoy vestida. Todo mi cuerpo está dentro del mono de nieve.

—Por si no lo has entendido, ahora soy yo quien manda aquí.

Por un instante se quedan en silencio, agotados y sin resuello después de vestirme, pero entonces asienten, se inclinan sobre mí y me agarran cada uno por un extremo del cuerpo. Johan por debajo de los brazos, Ragna por los pies. Intento resistirme y soltarme, pero mis fuerzas son escasas, más allá de la rabia que me crece en el pecho, una furia violenta que dejo salir a gritos en la habitación, justo al oído de Johan, que da un respingo y me maldice. Grita que, si no me callo la boca, me dejará caer al suelo. No tengo ningún deseo de golpearme contra la dura madera; aunque lleve mucha ropa, la espalda y las piernas acabarían peor que antes. Así, modero mis gritos hasta convertirlos en un leve quejido acompañado de aullidos y gemidos amortiguados.

En la cocina me acuestan en el suelo. Ragna se sienta a horcajadas sobre mi estómago, con las piernas firmemente sujetas a mi cintura; después me agarra de las muñecas y las aprieta contra el suelo, mientras Johan se pone el jersey y el traje de moto.

—Ahora se te bajarán los humos —repite con frialdad las palabras de Johan, como para recordarse a sí misma por qué hace esto, la muy depravada.

Cuando Johan acaba de vestirse, Ragna me suelta un poco. Se levanta, sale al pasillo a buscar su ropa y Johan regresa a la cocina.

No me muevo. Han cesado los gemidos, solo queda un ligero zumbido que me vibra entre las orejas. Johan me mira fijamente, y yo le devuelvo la mirada. ¿Se me va a sentar encima? ¿Me agarrará fuerte contra el suelo? Pero gira la cara con una gran sonrisa y en un segundo me doy cuenta de que él cree que eso es

lo que quiero, que quiero que se siente sobre mi cuerpo, y que me aplaste contra el suelo.

¿Qué se está imaginando Johan, el de la voz melodiosa, tan bella? Se equivoca de medio a medio. No quiero sentir el peso de su cuerpo sobre el mío, su aliento en los oídos. Y entonces vuelvo a aullar, pero bastante bajito.

Me levantan del suelo y me sacan en brazos afuera con paso regular y gran precisión. Es increíble salir de casa mirando hacia el techo; veo grietas y vigas y esquinas a las que nunca había prestado atención; me doy cuenta de que la casa aún está por explorar. Y entonces pienso que tendría que haber dedicado más tiempo a estudiar mi propia casa, y eso me hace sentirme aún más desesperada, porque soy consciente de que puede que sea demasiado tarde. De aquí en adelante todo es incertidumbre. Pero en cuanto tengo la cabeza fuera de casa, al aire libre, bajo el cielo claro, me siento afortunada a pesar de todo, porque sigo viva en esta postura; solo se transporta así a los muertos.

Todo esto lo pienso y lo proceso en silencio para mis adentros, porque de repente me percato de que he estado gritando todo el tiempo, chillando, aullando y berreando con todas mis fuerzas, incapaz de parar. Soy dos personas, estoy dividida y separada en dos partes: exterior e interior, una con un pánico desatado, y la otra observando tranquilamente el cielo sobre la casa. Grito y me maravillo por el velo blanco que se extiende ahí arriba, la insondable profundidad del universo. Gimo y me pregunto si todo en el mundo gira sobre su propio misterio sin resolver. Grito, pienso. Aquí yazco y las estrellas se reflejan en los mocos que me caen de la nariz.

Y entonces me entrego a un llanto desesperado, me sacudo y tiemblo mientras observo impasible que estoy tumbada en el remolque de la moto, sobre una montaña de pieles de reno y mantas viejas. Las muletas también están ahí, bajo mis axilas; he conseguido agarrar una de ellas y ahora la estoy golpeando rítmicamente contra el acero del remolque. Golpeo y golpeo mientras la oscuridad se cierne sobre mí y me atraviesa, mientras los faros de la moto iluminan salvajemente el bosque, se abren paso por caminos que solo Johan conoce. Las ramas se doblan y se arquean, y golpean el remolque. Yo me muevo de un lado a otro, zarandeada por el vaivén, pero noto que algo me sujeta: una cuerda alrededor del vientre y la mirada de Ragna, que no me quita ojo; ese es su trabajo ahí sentada a espaldas de Johan, el líder, el seductor. Ahora me llevan lejos, es definitivo: me voy de aquí.

En el bosque, Johan y Ragna son como un cristal reluciente,

nunca he visto nada igual en este mundo. Es una claridad que lo envuelve todo, tal vez debida a mi inesperado encuentro con el frío y el aire fresco. Presto especial atención a Johan. El leve chasquido de su espalda, el crujido de su cuello me hacen darme cuenta de que la sustancia de la que está hecho está a punto de desmoronarse en un estado de insuficiencia permanente: No tengo lo suficiente, no poseo lo suficiente; todo emana de esa espalda que se inclina sobre la moto.

Veo un indicio soterrado de bondad en él, que nunca se ha atrevido a utilizar por miedo a perder. Está en su interior como una fruta medio podrida, inservible para todo salvo para sus propios y nauseabundos intereses.

Así sucede con casi todo. Hasta el bosque se levanta y clama sus cuitas; los inviernos son demasiado largos; los veranos, demasiado breves; el sol y el calor nunca se quedan el tiempo suficiente, y por eso las ramas son tan cortas y están tan retorcidas.

El tiempo desaparece. No sé desde cuándo estoy en esta moto, pero estamos atravesando el bosque cuando nos acercamos a un claro cubierto de nieve. Un poco más adelante, Johan frena. Los dos se levantan de la moto, se acercan a mí con sus trajes gruesos y oscuros, desatan la cuerda y me sacan del remolque. Me arrastran por la superficie rugosa, dura y fría. Tumbada, miro a mi alrededor, la superficie blanca se extiende interminable en la oscuridad. Parece que estoy sobre un lago congelado.

Johan y Ragna están de pie a mi lado; se dan codazos y sonríen. Ragna está encogida, sujetándose la barriga, aguantándose la risa que está a punto de estallar.

—Ahora te enfriarás un poco —dicen y me abandonan con paso titubeante, encorvados por la risa contenida.

La moto se enciende con una sacudida, y se alejan en dirección al bosque. Gritan y chillan y el motor ruge furioso y resuena en la superficie del lago, pero poco después los sonidos se atenúan y no se distinguen mucho del zumbido de los mosquitos que se escucha en casa. Y entonces, de repente, estoy sola, absorbida por el silencio.

Nunca he estado tumbada afuera, mirando al cielo, a excepción de en mis primeros años de infancia, y entonces estaba segura en el carrito o en una cuna. Y, aparte del tiempo que pasé en el hospital, nunca he estado tan lejos de casa.

Es un punto de inflexión estar así tumbada, sí, un hecho sin precedentes en mi vida, por lo demás sin sobresaltos. Por eso quizá me quedo así tendida y en silencio, sin que un solo sonido

salga de mis labios; por eso quizá me quedo rígida e inmóvil sobre el hielo. El cielo sobre mí es sobrecogedor, aquel espacio de allí arriba en el que nunca pienso y que nunca he percibido realmente ahora se me presenta lleno de asombrosas explicaciones y oportunidades, y de repente me doy cuenta de cuál es el sentido de la vida. El sentido de mi vida.

De cuántas cosas me han protegido, de las percepciones que genera este cielo. De hecho, es una oportunidad, una realidad; puedo elegir verme a mí misma de una forma completamente distinta. No tengo más que cambiar el ángulo, la perspectiva de mis, hasta ahora, limitadísimas, sí, observaciones y reflexiones horizontales.

Y entonces pienso en todo lo que se ha desperdiciado, que yo podría haber sido mucho más que una «lisiada» y «la alimaña del bosque». Pero una nueva vida aún es concebible, posible, solo con el hecho de estar viva. Puedo transformarme mediante una multitud de imágenes y explicaciones, es completamente factible, basta con que mueva el cuerpo unos cuantos kilómetros, hacia la residencia, por ejemplo. ¿Cómo me veré a mí misma desde allí? ¿No seré yo, la egocéntrica y quejumbrosa, considerada una persona simpática cuando esté rodeada de viejos seniles? ¿No pareceré yo, la patética y desvalida, fuerte e independiente al lado de quienes son aún más débiles? Y ¿destacaré yo, la hermana enferma, con mi salud y juventud entre las mujeres decrépitas con la muerte en el cuerpo y en la mirada?

El frío se me cuela por entre la ropa y me abraza los hombros, la espalda y las caderas; hace que sienta las piernas más mustias que de costumbre. Empiezo a temblar, pero no solo por el frío, tiemblo también por esta revelación repentina, esta constatación de haber reconocido algo importante, la prospección de un cambio, una vida nueva. Y cuando soy consciente de que la revelación coincide con la repentina limitación que supone que me hayan dejado abandonada sobre el hielo, los temblores se vuelven cada vez más fuertes. Los dientes me castañetean descontrolados, me tiemblan los músculos con una tensión insoportable, y el estómago se me contrae con tal brusquedad que la espalda se me arquea en forma de U.

¿Es real esto que me sucede? ¿Puede ser producto de mi viva imaginación? Eso es lo que siempre dice Ragna, una y otra vez: que mis percepciones no se basan en la realidad. Pero si esto no es real, ¿qué es entonces? ¿Un sueño? ¿Una explicación de mi vida, tan infinitamente hueca que he de llenarla con historias extrañas e inverosímiles para sentir un pellizco de felicidad, de emoción, de rabia?

El cielo, la oscuridad, las estrellas en el espacio infinito: no, no estoy hueca. Estoy llena de posibilidades y de las más extrañas experiencias.

Puede que la risa sea lo primero que oiga, pero también puede ser el ruido del motor; los sonidos se mezclan y suben de intensidad poco a poco, conforme se acercan. A medida que salen del bosque y se aproximan a la orilla del lago, distingo la risa de Ragna del ruido del motor; su risa ronca y atropellada. Debe de haberse estado riendo todo el camino.

Estoy de espaldas a ellos y no los veo. Cuando se apaga el motor, solo sus pasos me cuentan que pronto estarán justo aquí. No dicen ni media palabra, están en silencio y siguen callados un rato largo cuando por fin se detienen.

—¿Hermana? —dice Ragna, aclarándose la garganta. La voz le sale fina y aguda, debe de ser por haberse reído tanto—. ¿Hermana?

No sé lo que ve, ¿cómo voy a saberlo? Estoy inmóvil en el sitio donde me han dejado, un sitio desde el que veo el lago, el bosque, a Johan y a Ragna con una claridad sorprendente. Me habría gustado decir algo, confirmarle que existo, pero no me sale ni un sonido, y cuando intento agarrarme a mis propios bordes y salir a la superficie no consigo moverme; estoy completamente hundida y no logro salir de este remanso de paz y tranquilidad, de esta ociosidad imperturbable. Pero a través de la claridad que me rodea, puedo ver que me tiembla el cuerpo, que tiemblo con tanta fuerza que Johan da un paso hacia adelante, se agacha, y tras él está el bosque, y debajo de él está el hielo, y el cielo está sobre todos nosotros.

Johan se inclina y me pone una mano bajo la axila, la otra bajo las rodillas, y me levanta en un solo movimiento. Me aprieta contra él y camina con paso firme hacia el remolque. Ragna le sigue el paso deprisa, y con un brazo me sujeta la espalda y con el otro las piernas. Pero no es de mucha ayuda; Johan lleva solo todo mi peso, y no solo eso, también sostiene mi cuerpo tambaleante para evitar que me caiga, de tanto que tiemblo en sus brazos.

Me colocan en el remolque resoplando por el esfuerzo. Intentan acostarme, pero sigo encogida, inquebrantable en mi nueva postura. Al final acuerdan que Ragna se siente atrás y me agarre fuerte. Trepa al remolque y se instala. Me rodea con los brazos y le grita «¡Ya!» a Johan, que enciende el motor con cuidado, y así volvemos juntos a casa.

*

Tras el viaje de vuelta bajo las mantas, me llevan adentro, al calor de la cama.

Los dolores que sufro al entrar poco a poco en calor son insoportables. Me sumerjo en un largo paréntesis, líneas en blanco página tras página en *La universidad en casa*.

Todo es confusión y vacío hasta el momento en que alguien pone algo en la mesita de noche. Un ruido sordo, un olor fresco.

Levanto la vista de la almohada. Ragna está ahí de pie, mirándome. Acaba de apoyar un plato de fruta cortada.

—Come, querida hermana. Llevas días sin tocar la comida.

Vuelvo despacio a la vida que una vez se me impuso. El corazón me late en el pecho, la sangre me corre por las venas, tengo la carne caliente y tangible. No hay duda: sigo mi camino a través del tiempo.

Siento mi existencia con un cierto cansancio, sin expectativas sobre la manera de utilizarla. Debe de ser porque la muerte me ha acariciado con sus fríos dedos, y, al salir de mis huesos y articulaciones, su escarcha me ha causado gran dolor.

Mis ojos en el espejo; lo único que aún va a seguir sucediendo, que me sucede todo el tiempo, es el deterioro del cuerpo, su paulatina desintegración.

Hasta que no recupero las fuerzas no vuelven los recuerdos de la experiencia en el hielo. Desde esta posición medio marchita de agotamiento, la revelación que tuve allí fuera palidece, deja de parecer tan posible. Además, hay algo en lo viejo conocido, en las vigas, los agujeros del techo; todo es como antes y todo expresa que mi vida debe seguir exactamente como siempre; inmóvil, quieta.

Hundo la cabeza en la almohada; no hay nada más que pensar.

*

Me estoy helando, tiemblo, sudo y dormito a intervalos. Siento un martilleo sordo en la cabeza y en todo el cuerpo, pero, sí, estoy a punto de despertarme, debe de ser eso. Y es bueno, especial, porque las palabras han anunciado su llegada. Corren sueltas por el cuarto, y bajo la cama las frases han empezado a apilarse en montones grandes y sucios. Hay que ponerse manos a la obra.

Estiro una mano e intento agarrar alguna palabra, pero ellas se defienden amontonándose en frases desagradables e hirientes que me observan desde los rincones y desde el armario. No me gusta. Les tiró un cojín a las más feas, pero no debería haberlo

hecho, porque de repente vienen hacia mí exigiendo su sitio en mi cama y en mi cabeza. Me abro paso entre «secuestro», «matrimonio» y «residencia de ancianos»; casi no puedo respirar, y tratar de atraparlas no ayuda, porque enseguida se enfurecen y se ponen rojas y se hacen aún más grandes.

Me digo a mí misma que he de relajarme, respirar, hacer como si no estuvieran allí. Pero las palabras se multiplican, fluyen y de pronto se transforman en engendros como «mestrimonio», «secuianos», «aridencia de ancestros». Para evitar el caos y el pánico, no tengo más remedio que hacerles sitio a todas; me doy cuenta de que cada una de ellas tiene que tener su propio estante. Trabajo a un ritmo febril; coloco y ordeno a gran velocidad. Sitúo «mestrimonio» arriba del todo y «aridencia de ancestros» en la parte de abajo, pero enseguida compruebo que no funciona. Además, las palabras antiguas se caen cuando las coloco en la estantería; han perdido las etiquetas y al final ya no las reconozco en absoluto. Las miro por todos lados, las agito para que caiga el contenido, pero eso también resulta ser un error. Todo se mezcla y se divide en palabras nuevas y aún más incomprensibles.

Intento tomar aire.

Ragna está de pie junto a la cama y me mira. Me pone un trapo húmedo en la frente, como si hiciera falta. La almohada está empapada.

Su mirada: el miedo que destila; no es difícil darse cuenta de que tiene que ver conmigo.

*

Ragna se mueve a mi alrededor con una nueva y extraña atención. No sé si me gusta. Puede que Johan me esté influyendo con sus ataques de ira.

—¿Qué coño pasa, Ragna?

Ragna ha dejado el fogón y las cazuelas a fuego lento y ha venido a mi habitación sin previo aviso; sin que yo la llame. Estoy tapada con el edredón, adormilada, y oigo sus pasos, cada vez más cercanos. Cuando llega a mi lado, levanto la cabeza de la almohada, pero ella no dice nada, solo abre un cajón de la cómoda, saca un peine y, sin preguntas, sin mediar palabra, me lo pasa por el pelo con decisión. Me está respirando al oído, jadeando, intento escaparme, pero me sujeta poniéndome una mano en la frente.

Me peina y me peina, las desacostumbradas caricias me queman el cuero cabelludo, pero entonces se detiene y quita los pelos que

se han quedado enredados en el peine.

—Así. Ahora estás un poco más guapa —dice con una sonrisa distante. Abre la mano, hace una bola con los pelos y se la lleva a la cocina. Allí abre la puertecita de la chimenea y justo después oigo cómo crepita el pelo al ser devorado por las llamas.

—¿Dónde coño vas ahora?

De repente, y sin previo aviso, sin que yo la haya llamado, Ragna se levanta en plena partida de cartas y viene a mi habitación. Una vez aquí me tira de los brazos, aunque estoy durmiendo, y, sin media explicación, me incorpora en la cama. Me empuja hacia adelante hasta que me arqueo sobre los muslos, y me mantiene en esa posición con una mano, mientras que con la otra me mulle la almohada. La sacude y la golpea y la vuelve a poner en su sitio, y cuando termina vuelve a colocarme como estaba. Me siento algo rígida, pero puede que sea porque no estoy muy segura de lo que pretende hacer. Ella no responde a mi mirada inquisitiva y cansada; se limita a estirar las sábanas limpias con la mano, e inmediatamente sale de la habitación.

—¡Ragna! ¿Qué coño estás haciendo?

Sin que yo haya entrechocado las muletas, sin que la haya llamado ni me haya quejado siquiera, Ragna se levanta antes de acabar de cenar y entra en mi habitación. La comida está fría y sólida encima de una banqueta justo al lado de la cama, incluso la cuchara que asoma de las gachas que me ha hecho Ragna está sin tocar; lleva días así.

—¡Qué rica la cena! —dice ella y aplaude.

Yo no respondo.

Es difícil llevarle la contraria con mi escaso apetito. Es posible que se tome mi falta de respuesta como una confirmación, porque se sienta al borde de la cama y se inclina hacia mí con el plato de gachas en una mano.

De repente, Ragna está demasiado cerca: su olor, su piel, el calor de su cuerpo. Le giro la cara, gesto que ella interpreta de inmediato como un rechazo a la comida, así que me vuelve a girar la cara y me mete dos cucharadas seguidas en la boca.

—Hay que comer —dice dándome una tercera cucharada.

—No tengo hambre —protesto y murmullo con la boca llena—. Solo quiero que me dejes tranquila.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir, querida hermana? Debería darte vergüenza. Te he preparado una comida deliciosa que encima te estoy dando a la boca.

—Sí, Ragna, la comida está buena, pero no tengo hambre.

Ragna me mira durante un instante en silencio. Giro la cabeza

hacia ella. Me clava la mirada con gesto de preocupación. Trato de sonreír; me gustaría decirle que estoy satisfecha, pero en cuanto abro un poco la boca me mete una cucharada más. Mastico y mastico con lágrimas en los ojos, no puedo hacer más, hace tiempo que he dejado de quejarme.

—Muy bien, buena chica —dice ella—. Todo va a estar bien, ya lo verás.

*

La buena y considerada de Ragna.

Un aire frío me llega de un hueco de la ventana. Una luz tenue se cuela en la habitación y se extiende por el suelo. Debe de ser que el sol vuelve a alzarse en el cielo, que vuelve la vida. El tiempo más oscuro del año ha terminado, ya ha pasado la Navidad, sí, incluso mi cumpleaños, en enero, ha pasado inadvertido. Me he perdido varias semanas por la fiebre y la enfermedad; debe de ser casi febrero, todo es aire, liviandad y luz, que me llega a raudales durante días.

El mundo es nuevo y se abre ante mí. Tengo sábanas limpias, la habitación huele bien y no hay polvo en las esquinas. Cada mañana, Ragna me pone fruta en la mesita de noche, cortada en trocitos del tamaño adecuado para mi estómago. Al mismo tiempo me sirve un vaso de agua que he de beber bajo su atenta mirada.

Una mañana el sabor del agua fresca me hace recordar la experiencia en el hielo; mis pensamientos bajo el cielo, sí, la revelación sobre las limitaciones, sí, sobre la verdad horizontal de mi vida.

Me bebo el agua, la trago, asiento y sonrío con cuidado mirando a Ragna. Ella abre la boca y me enseña los dientes como respuesta. En este estado de conciencia y purificación me abandono, dejando vagar la mirada por la habitación.

*

Ragna rebusca entre la ropa de mi armario. Saca una prenda tras otra: dos, tres vestidos viejos, un par de pantalones, algunas chaquetas. Se las lleva todas a la ventana, las levanta una a una y las mira entornando los ojos. Examina las costuras, inspecciona si la tela tiene agujeros.

Divide la ropa en dos montoncitos. Hay prendas que claramente son para tirar, me doy cuenta por su forma de dejarlas en el montón. Otras hay que arreglarlas o solo lavarlas. La preocupación que muestra ahora mismo no tiene límite. Es una buena ocasión para comentarle la decisión que he tomado:

—Ragna —digo desde la cama, incorporada y rodeada de cojines—. Hay algo de lo que deberíamos hablar, algo que sucedió en el hielo.
—No hay nada más que hablar; eso ya pasó.
—Sí, pero, Ragna, tengo que hablarte de eso.
—No hay nada más que decir. Se acabó la discusión.
—Pero no hemos hablado en absoluto.
—Pórtate como es debido, y ya verás como todo sale bien.
—Sí, pero, Ragna, ya no quiero seguir así.
—Sí, van a cambiar las cosas, claro.
—Quiero decir que puede que quiera algo distinto.
—Siempre quieres algo distinto. Lo único que sabes hacer es dar guerra.
Ragna centra su atención en la ropa. Es difícil saber si es consciente de mi necesidad de hablar. Amasa las palabras de forma tan automática como amasa los bollos cuando está muy ocupada.

*

Tengo que hablar con Ragna antes de que devuelvan la carta en blanco, antes de que diga que no ha obtenido respuesta, antes de que llame a la residencia y pregunte que qué pasa, que ya hace mucho tiempo que envió la solicitud.
«¿Qué solicitud? —preguntaría la encargada—, no hemos recibido ninguna carta, voy a asegurarme por si acaso, pero estoy casi segura de que nunca hemos recibido una solicitud para ingresar a su hermana. ¿A qué dirección envió la carta?». «Sí, está bien, el número es correcto, qué raro, el servicio de correos no suele equivocarse. ¿Cuándo la envió?». «¿En serio? No, lo único que le puedo proponer es que envíe una nueva, y lo antes posible, y mientras tanto intentaremos descubrir dónde está el error, sí, dónde puede haber acabado la carta».

—¡Ragna! —vuelvo a intentarlo unos días más tarde, cuando Johan ha salido de casa y ella está cerca y disponible, en el baño, concretamente, fregando el suelo de rodillas—. ¿Crees que soy buena persona? —exclamo desde la cama hacia el pasillo.
—Deberías estar contenta de estar sana —me responde a voces.
—Digo que si te gusta cómo soy.
—Estás demasiado centrada en ti misma. Hay cosas más importantes en las que pensar en el mundo. Hay mucha gente que está mucho peor que tú.
—O sea, que piensas que solo soy una carga. ¿Estás cansada de cuidar de mí?

—Lo que no me gusta es que estés todo el día quejándote. Tiendes a darle vueltas a cosas que no existen.

—¿Tal vez sería mejor que nos separásemos?

—No he dicho eso. Solo digo que mucho de lo que dices son mentiras y fantasías.

—Pero, Ragna, así veo el mundo; así son las cosas para mí.

—Ya, pero muchas de las cosas que ves no son ciertas.

—¿Cómo lo sabes?

—¡Porque muchas cosas que piensas son tonterías!

—Y ¿tú nunca piensas tonterías?

—No, no tengo tiempo, la verdad. Patrañas y tonterías, de eso estás tú llena, pedazo de haragana. —Ragna se ha levantado del suelo; sus últimas palabras desaparecen con el ruido del agua que está vertiendo por el fregadero.

Está claro que por ahora se ha acabado la discusión; lo sé por cómo mete el cubo en el armario. Aun así, me sorprende. ¿Cuándo fue la última vez que Ragna y yo tuvimos una conversación tan larga?

*

Los cuidados de Ragna se vuelven más superficiales en cuanto mejoro un poco. Pasa la mayor parte del tiempo con Johan. Se sientan en la cocina a jugar a las cartas y a tomar café, o hablan de política, y del reparto del agua y de la tierra. Las rutinas diarias solo se interrumpen por el deseo impetuoso de Johan o por sus excursiones al pueblo en moto.

A finales de marzo, el sol derrite la nieve y deja al descubierto claros embarrados y hierba mojada. La carretera principal ya está seca, los oigo decir, y poco después Johan cambia la moto de nieve por la motocicleta.

El cambio de transporte es motivo de júbilo; gritan y vitorean cuando la moto acelera por la tierra húmeda y salpica al pasar por la nieve a medio derretir.

De vez en cuando Ragna me remienda la ropa. La máquina de coser traquetea sobre las costuras abiertas y los agujeros; los calcetines, las medias y la ropa interior me los arregla a mano con aguja e hilo. Una vez lavada y limpia, cuelga la ropa en la parte de fuera del armario. Las prendas más pequeñas que hay que guardar en los cajones las pone encima de la cómoda. No guarda nada en su sitio, lo deja todo fuera para que quede claro todo lo que hace por mí.

Las peleas por el baño han remitido, por lo menos por mi parte. Debido al largo periodo que pasé en la cama y al agotamiento

derivado de la convalecencia, me he visto obligada a hacer mis necesidades en un orinal que Ragna me pone debajo de la cama. Y puede que sea para bien. No tendríamos tiempo de usar todos el baño por las mañanas, y menos con lo que tarda Johan, que puede pasarse una hora sentado, tranquilamente.

Algunos meses después de la boda, parece que Ragna muestra la misma impaciencia con Johan que la que solía mostrar conmigo. Enciende y apaga la luz cuando cree que lleva demasiado tiempo ahí dentro, da patadas a la puerta o lo deja ahí dentro, en la más absoluta oscuridad.

—¡Johan, cabrón! —grita ella —¡Mira a ver si acabas de una vez!

Pero, a diferencia del tono cortante que usa conmigo, con Johan habla medio en broma, como con una sonrisa.

Johan suelta todo tipo de palabrotas e improperios, tantea buscando la ropa o el papel, y cuando por fin sale, sudado y agitado, a menudo se lanza sobre ella.

—Demonio de mujer —dice a veces y la arrastra al dormitorio para castigarla y someterla con su miembro. Y, mientras, Ragna se ríe, con alegría y con ganas.

Y entonces dejo de oírlos; bloqueo el sonido con dos corchos que me aprieto contra los oídos. Ahí, encerrada en mi universo hermético, aún puedo sentir el dulzor amargo del vino de la boda, y oigo el odio que hay en mí, que se mueve incesante de un lado a otro, más rojo y más sangriento que el aguado líquido que me corre por las venas.

*

Johan nunca o rara vez entra en mi habitación. Y ahora que paso todo el tiempo en la cama, casi nunca lo veo. Pero a veces nuestras miradas se cruzan brevemente cuando él pasa por el pasillo, de camino al baño o al dormitorio. A veces, cuando estoy en forma, me inclino un poco hacia adelante y giro la cabeza en cuanto lo oigo llegar. Durante un instante, nuestra mirada reposa en el otro, pero siempre me encargo de mirar hacia otro lado con un ruido breve y desdeñoso, mucho antes de que él haga como si nada, antes de que me dedique una mirada asesina.

El cobarde e idiota de Johan está ahí, con la voz forzadamente bella; primero hace como si nada, y después mata a la mujer de las muletas con la mirada.

Primero, está ahí la mujer de las muletas, forzadamente bella; después mata al cobarde e idiota de Johan, hace como si nada con la mirada, con la voz.

Las frases funcionan. He conseguido el significado deseado. Por fin puedo volver a dedicarme a mi actividad más querida: tumbarme rodeada de cojines y retorcer el mundo a mi antojo.

*

—Dime, hermana. ¿Te gusta tu vida de recién casada?

Ragna lleva varios días frotando las paredes, los rodapiés y los techos de casa con agua y un trapo. Ahora está subida a una banqueta en mi habitación, con los brazos en el aire frotando deprisa, hacia adelante y hacia atrás, unas manchas negras que hay justo encima de la cama en la que yazco dormitando bajo las mantas.

—¿A ti qué te importa? —me responde jadeando.

—Bueno, parece que sí la disfrutas. La casa nunca había estado tan limpia.

—Eres maleducada y socarrona, me niego a contestarte.

—Aún hay vida en tu vieja piel. ¿Tal vez tengáis hijos, como la Sara bíblica? ¿Algún Johan pequeño o alguna pequeña Ragna gateando y meándose en el suelo recién fregado? —Ragna se gira de manera brusca y tira el trapo al cubo, por lo que el agua salpica. Pero no puedo parar. Sigo—: Johan le está poniendo empeño al asunto, ¿no? Sí, parece que se esfuerza bastante en conseguirlo últimamente —Le lanzo una mirada inquisitiva.

Ragna salta de la banqueta con gran estruendo, se abalanza sobre mí y agita el puño.

—Cállate la boca, bicho asqueroso. Me tienes envidia porque casi no tienes sangre en las venas.

Se enjuga la frente y respira con dificultad. Tiene cercos de sudor en las axilas. A Ragna nunca le ha gustado hacer limpieza general, pero siempre limpia habitación por habitación con un fervor incansable. Se lleva el cubo, sale de la habitación con el cuello tenso y da un puñetazo en el marco de la puerta.

—Ya se ha recuperado, la vieja bruja —grita Ragna desde la cocina.

Johan hace ruidos de aprobación, aunque está abstraído jugando un solitario.

La universidad en casa, tomo ix, «Salud, bienestar, economía», en un espacio en blanco en la parte de atrás del libro:

«Así que no tengo sangre en las venas, ¿eh? Vale, vale. Me he vuelto amarga de bilis rancia, vómito y fluidos reprimidos. ¿Qué se puede hacer? ¿Medicinas? No, gracias. He visto los efectos secundarios: la pérdida del ingenio y el control. Prefiero seguir pudriéndome y convertirme en un trol maloliente».

*

La vida marital de Johan y Ragna me ha hecho preguntarme sobre la relación entre un hombre y una mujer. O, mejor dicho, lo que la convivencia puede hacer con una mujer, y más concretamente cómo la relación ha cambiado a Ragna. Una cosa son los encuentros casi en trance que acaban con la penetración del órgano sexual de Johan en el cuerpo de ella, los ruidos casi animales que ella profiere durante el acto, ella que siempre ha detestado mi naturaleza instintiva, que quiere castigar y reprimir todos mis impulsos. Pero lo que de verdad me sorprende es que Ragna, esa mujer obstinada e impasible, poco a poco se está convirtiendo en un Nosotros dependiente de dos cabezas.

—Ragna —exclamo, por ejemplo, una tarde cualquiera—, ¿qué hay de cenar?

—Morcilla con azúcar.

—Pero, Ragna, ¡si ni a ti ni a mí nos gusta!

—Ya hemos decidido qué hay de cenar. Y comerás lo mismo que nosotros.

—La sangre me estriñe.

—Patrañas y tonterías. Nos da lo mismo.

O:

—Ragna, por favor. ¿Por qué tanto ruido en mitad del día?

—Estamos escuchando un programa musical en la radio.

—No te pega nada.

—¿A ti qué te importa, bestia envidiosa? Nos gusta muchísimo.

O:

—Ragna, ¿te acordarás de devolver los libros a la biblioteca? ¿Y me podrías traer algunos nuevos?

—No. Tenemos otras cosas en que pensar.

—¿Y no os podéis separar un momento para que tú puedas hacer tus cosas?

—No, no nos apetece.

Es evidente que a lo largo de los años he estado muy expuesta al carácter de Ragna, a su cabezonería, a sus repentinos ataques de ira. Pero eso también ha sido su punto fuerte, esa fuerza primaria nos ha permitido salir adelante solas en esta casa. Ragna aún defiende sus ideas con vehemencia; no tiene miedo de pelearse con Johan y defenderse a sí misma y sus opiniones. Pero, a pesar de eso, ese Nosotros es la parte dominante de la relación; cuando algo se afirma desde esa perspectiva, ambos se vuelven mansos y maleables como gatitos. Y eso afecta a la tercera parte, a quien intenta liberarse y seguir su propio camino. Por este motivo, no

es difícil imaginarse de qué hablan en la cocina, cuáles son sus comentarios y argumentos para estabilizar la sagrada alianza del Nosotros.

—¿Por qué no te concentras, Ragna?

—Pensaba en que tendría que quitarle el orinal a mi hermana.

—Estamos jugando a las cartas, no eres la puta esclava de nadie. ¿No puede esperar?

—Es cierto, Johan. Juguemos hasta que alguien gane.

O:

—¿Qué hago, Johan? Me agota. Y tú nunca me ayudas.

—Estaría de puta madre que viviéramos aquí nosotros solos.

—Sí, Johan, y algún día lo haremos, seguro.

O:

—¿Damos una vuelta en moto?

—Mi hermana aún no está recuperada del todo. He de quedarme a cuidarla.

—Estoy hasta los cojones. No puedes seguir haciéndonos esto. Pronto tendrás que elegir. O nosotros o ella.

—Tranquilo. Está claro que te elijo a ti.

*

Una tarde tengo un sueño tan raro que me despierto de golpe. Las imágenes son más nítidas de lo normal, las vivencias son tan reales y fuertes que me quedo tumbada con los ojos abiertos y la mirada fija hasta que se hace de noche.

Soñé que estaba atrapada bajo los escombros de una casa derruida. Estaba medio ahogada y casi muerta, enterrada bajo las piedras, pero con una bolsa de aire justo al lado. Y no estaba sola; había otra persona, tan al borde de la muerte como yo. Cuando la casa se derrumbó, conseguimos darnos la mano. Estábamos separadas y ocultas la una de la otra por los cascotes, pero teníamos los dedos entrelazados. No sabía quién era la otra persona, pero tenía la sensación de que se trataba de una mujer, y había algo familiar cerca y en contacto con las manos y la piel.

Estuvimos así, dadas de la mano durante mucho tiempo, apretándonos las manos para comunicar que seguíamos vivas, y eso nos daba ánimos y consuelo.

Pero después de un rato los apretones de manos de mi compañera se fueron debilitando, se volvieron más fríos; su mano respondía con menos fuerza y frecuencia a mis señales, hasta que al final dejó de hacerlo. Intenté tirarle de los dedos, hacer movimientos amplios con la mano para conseguir una

reacción, pero las piedras y la posición de los brazos lo hacían imposible. Al final tuve que aceptar que la otra persona había muerto, y que yo estaba completamente sola en las ruinas de la casa derruida.

Lloré, y de alguna manera fue bueno, porque el llanto me protegía, y pude abandonarme a la tristeza por lo que había perdido. Lloré hasta que todo palideció y se volvió casi blanco, y así sucedió lo más raro del sueño. Las piedras, los escombros se levantaron liberando mi cuerpo, dejando que me inundara el sol, la luz del día. Cegada, feliz, me tapé los ojos; justo sobre mí pude ver una silueta, un hombre, y cuando se inclinó hacia mí y examinó mis heridas, me puse aún más contenta, porque supe que nos conocíamos, pero no recordaba de qué o desde cuándo. Hice un gesto para indicar que quería que me levantara, pero no me tocó, solo subió los hombros resignado y me dejó en las ruinas con paso ligero y liviano. Justo antes de que desapareciera en el horizonte, se giró y se despidió con la mano. Entonces me desperté.

Ojalá pudiera entender el significado del sueño; ojalá supiera quién era ese hombre, por qué no quería cogerme en brazos. Son estas preguntas las que me atormentan cuando se hace de noche y Ragna está de pie junto a la cama.

Me observa con escepticismo.

—¿Qué te pasa? ¿Se te ha aparecido un muerto?

No respondo, pero parpadeo varias veces para que desaparezcan esas imágenes hipnóticas. Ella sacude la cabeza, incrédula; parece preocupada, me destapa. Entonces lo entiendo, lo siento en todo el cuerpo; los dolores en la espalda y los muslos tras haber estado tumbada y arqueada sobre el orinal. Siento alivio cuando Ragna lo retira, y a la vez mucho dolor cuando la espalda se me hunde de nuevo en el colchón. Debo de llevar varias horas así tumbada.

El orinal chapotea y salpica. Ragna pone una mueca y se tapa la nariz con la mano.

—¡Qué peste! —dice y me cubre deprisa con la manta.

*

Los días vienen y van. En mi vida inactiva rodeada de cojines tengo mucho tiempo para estudiar los ritmos y tareas de la pareja.

Las mañanas comienzan así: Ragna pone el café. En cuanto está listo, Johan se sienta a la mesa de la cocina y se lo toma con ella; taza tras taza, mientras susurran y se ríen. Y después de beberse una cafetera, hacen otra que enseguida se acaban también. Para

acompañar a esas tazas de café negrísimo y con posos, comen grandes rebanadas de pan hecho por Ragna. Mejor dicho, Ragna come un par de migajas y Johan devora todo lo que ella deja en el plato. Después puede que regresen a la cama, y cuando se vuelven a levantar una hora más tarde, toman más café y tal vez echan una partida a las cartas o juegan al solitario. Esa es la estructura básica de sus días, el resto son variaciones, pero las variaciones también tienen su propia estructura conocida y predecible: un paseo en moto, compras en el pueblo (cuando va Ragna, añaden una visita a la cafetería), o sorpresas impulsivas como salir a pescar a uno de los lagos que hay cerca de casa. Cuando regresan a casa, vuelven a tomar café. Puede que escuchen la radio, lo que puede crear debates e incluso peleas. Pero después de reconciliarse, o en la cama o en la bañera, todo vuelve a la normalidad. De vez en cuando puede ocurrir que se pasen toda la mañana en la cama, o que estén horas y horas en el baño. Pero eso no sucede a menudo.

Por supuesto, también dedican tiempo a reparar cosas, a recoger y a hacer las tareas domésticas. Con intervalos regulares, Ragna se pone a limpiar, mientras que Johan corta la leña. Ragna hace pan y plancha mientras Johan da un repaso a las motos y arregla cosas en casa. Después, justo antes de terminar, puede que Johan entre en la cocina y se frote las manos, con aire afectado.

«No me vendría mal un café», diría, por ejemplo, y procedería a tomarse un merecido descanso.

Las tareas de Johan y Ragna van cambiando según la estación, como es natural. Ahora estamos en primavera y no hay mucho que hacer. En otoño saldrán a buscar moras árticas, a pescar y a cazar, a ahumar y a picar la carne, y después venderán la mayor parte de lo que produzcan. Pero si he entendido bien la conspiración nupcial, se toman sus pausas y se hacen mimos totalmente ajenos a mi presencia y mis necesidades insatisfechas.

*

—¡Ragna! —exclamo una tarde, quizá con innecesaria brusquedad, pero se debe a que lo veo todo más claro y me siento mucho mejor—. ¡Ragna! —exclamo de nuevo —. ¿Te has acordado de lo que te había pedido?

Se hace el silencio en la cocina.

—¿El qué? —se oye después de un rato.

—Los libros —digo con tono brusco. La voz me sale descontrolada—. ¿Por qué no te los llevaste la última vez?

Oigo a uno de los dos moverse inquieto allí dentro.

—¿Los libros?
—Sí, los libros. De la biblioteca. Hace mil años que no vas.
—Qué tocacojones —dice Johan en voz baja, como para sus adentros.
—No está bien —continúo.
—Has estado enferma —responde Ragna enseguida—. Deberías alegrarte por lo rápido que te has recuperado.
—Sí, pero ya estoy mucho mejor. Y necesito leer algo.
—¡Libros, libros! He dedicado todo mi tiempo a cuidarte. Y ¿tú te quejas porque no te he traído libros?
Ragna apoya un vaso en la mesa con fuerza. La oigo levantarse y mover vasos y tazas en el fregadero.
—Sí, solo piensas en ti misma y en Johan.
—No metas a Johan en esto. Ya tiene bastantes cosas que traer del pueblo. No es poca cosa lo que comes y lo que gastas. Y encima quieres que te traiga libros.
—No seas tonta, Ragna. Sabes perfectamente a qué me refiero.
—Tonterías. Y te diré una cosa. —Ragna golpea la encimera con la mano, las tazas tintinean, las puertas del armario tiemblan—. En esta casa no entra un libro hasta que seas más agradecida por todo lo que he hecho por ti.
Ragna deja escapar un falso sollozo. Incluso llega a sorberse la nariz.
—Esta criatura del demonio —dice Johan en voz baja y se levanta a consolarla.

*

Johan está sentado en mi silla. Y el lado de la mesa en el que se pasa el día es el mío. Ha colonizado el tiempo que me corresponde en el baño y me ha robado gran parte de la atención y los cuidados que debería recibir de Ragna.
A Johan le salen las cosas como él quiere. Yo he sido desterrada al dormitorio, expulsada y reducida a un enorme agujero que hay que alimentar y vaciar, mientras la cabeza se me muere de hambre, mi necesidad de leer y escribir se subestima y se ridiculiza.
Tiemblo de rabia. Tengo las mandíbulas a punto estallar, fruto de una ira que nunca había sentido. Por supuesto puedo mudarme, convertirme en un mueble más en la residencia de ancianos. Pero, y con este pero siento que se me aprietan aún más las mandíbulas, nunca había pensado en dejar esta casa, mi propio lugar en el mundo, y solo empecé a hacerlo cuando Johan vino a vivir aquí, cuando él y Ragna se unieron para multiplicar los problemas en esta casa.

Me estiro para agarrar las muletas. No, a pesar de la revelación en el hielo no quiero marcharme, por lo menos todavía, no sin antes haber intentado revertir la situación. Me considero afortunada porque Ragna no haya descubierto aún mi decisión; si no, Johan nunca habría recibido el castigo que merece.

¿Acaso no es mi taza la que siempre se lleva a su enorme boca? ¿Mi plato del que comen sus ávidos dedos?

*

Hay varias cosas que hacer. Pero por la naturaleza del proyecto me lo guardo para mí, no le dedico ni media palabra en *La universidad en casa*, no lo formulo ni ante mis ojos ni ante mis oídos, salvo como un conjuro, un encantamiento ronco: shhh, sss, fff, fuera…

Aparco todos los planes anteriores. Ahora hay que priorizar otras tareas: levantarme de la cama, de mi lecho marchito y desganado, es lo primero que he de hacer. Pero no es al ejercicio a lo que me entrego con fuerza, con el quejido de las muletas contra el suelo, no, sino a la recogida de remedios, los objetos pequeños pero cruciales que me ayudarán a alcanzar mi objetivo.

Poco a poco me incorporo entre los cojines, echo a un lado la manta, y poco a poco me levanto de la cama. Jadeo, sudo, me mareo por toda la sangre que me bombea en el pecho, pero finalmente me pongo de pie sobre la alfombra.

Los muslos, las caderas y el estómago son una avalancha temblorosa que se precipita desde los huesos, que apenas consiguen sujetarse a sí mismos. Pierdo el equilibrio, he de agarrarme al borde de la cama; bajo mis pies, el suelo se mueve como la orilla de la playa con la resaca de las olas.

Muy bien, así es la situación, así son las cosas ahora, y así han sido muchas veces. Solo tengo que agarrarme con fuerza a las muletas y apretar los dientes.

*

—¡Joder! ¡Me cago en la puta!

Johan da un respingo al verme aparecer de repente por la puerta de la cocina. Es probable que el susto se deba a que después de varios meses vuelvo a estar de pie en mi propia casa, pero soy consciente de que tengo el pelo enredado y que tanto el camisón como mi olor corporal están marcados por el tiempo que he pasado en la cama, a pesar de que mi hermana haya cuidado de mí.

Ragna me mira atónita y deja un tarro de mermelada en la

encimera.
—¿Te has vuelto loca?
—No, estoy mucho mejor. Solo quería levantarme un poco.
—Querida hermana, aún no estás recuperada del todo. Vuelve a tu habitación, y al menos déjame que te cambie y te ponga ropa más adecuada.
—No hace falta. Me quiero sentar un rato aquí. Hace mucho tiempo que no estoy en la cocina.
Empujo a Ragna hacia un lado cuando viene hacia mí, y me acerco resoplando y renqueando a su silla vacía, justo enfrente de Johan. La silla cruje bajo mi peso y las patas arañan el suelo. En realidad, me hace daño estar así sentada; mi cadera no está acostumbrada a esta postura, pero estoy convencida de que es necesario, y además he de recopilar varias cosas para poder llevar a cabo mi plan.
No puedo evitar reírme para mis adentros. Están claramente desconcertados los dos. Ragna me sirve una taza de té, y dedico un buen rato a echar el azúcar, a remover el té, y hago que la mano me tiemble a propósito.

Toda la atención está centrada en mí, pero hago como si nada: me tomo el té, despacio, me miro las uñas, mucho rato, bostezo exageradamente con la boca abierta, y se me escapa un eructo desde lo más profundo de la garganta. Ragna ha vuelto a la tarea de poner orden en la despensa, Johan pone unas cuantas cartas sobre la mesa, pero de repente se levanta, sale al pasillo y rebusca entre los abrigos.
—Ragna, ¿damos una vuelta?
Ella se gira y me mira insegura. Yo revuelvo el té con la mirada ausente, doy un sorbo y miro al infinito.
Ella permanece en silencio durante unos segundos, pero entonces exclama:
—¡Ahora mismo voy, Johan!
Bien. Mejor imposible. Les he vuelto a recordar que existo. Por ahora su vida en común seguirá adelante con la presencia indudable de mi existencia física.

La tarea de recoger los objetos que necesito es más fácil de lo que había pensado en un principio. En cuanto salen por la puerta, examino el lado de la mesa en el que se sienta Johan, mi antiguo sitio, y allí encuentro tres pelos negros y gruesos que deben de ser suyos. Los meto en una caja de cerillas, cojo un vaso y camino renqueante, despacio pero con decisión, de vuelta a mi habitación.
Pongo los pelos en el vaso y lo apoyo en la cómoda. Si me doy

prisa, tanta como me permita mi condición, conseguiré reunir unos cuantos más. Tengo el corazón desbocado, estoy en marcha, me río a carcajadas y resoplo a intervalos; es cuestión de tiempo, de vida, sí, de una muy determinada.

En la habitación de Johan y Ragna es fácil saber dónde duerme él. Ya lo sabía por los ruidos, pero la ropa lo confirma; el camisón de Ragna se asoma rojo y brillante por debajo de la almohada en su lado de la cama. Me inclino sobre la del lado de Johan con cuidado, apoyada en una muleta, y rasco la sábana con la uña, con la intención de recoger material de su cuerpo en un montoncito. Estornudo, se me tapona la nariz; deben de ser las escamas de piel que hay flotando en el aire. Pero allí, bajo la almohada, descubro lo que estaba buscando, rizado, corto, duro: un pelo de la zona más íntima de Johan.

No tiene sentido que explique lo que estoy tramando. Hay que hacer algo, y esta es mi forma de hacerlo. Sinceramente, no me gusta. Con horror, me veo haciéndole un nudo a los pelos y metiéndolos en el vaso junto con un papel en el que he escrito el nombre completo de Johan y las frases más horrendas que he construido nunca. Y con asco me veo encender una cerilla para quemar el papel y el vergonzante contenido del vaso, y por último me río muy alto cuando todo se reduce a cenizas.

Shhh, sss, fff, fuera... shhh, sss, fff, fuera... La voz entrecortada, los susurros; escucho maravillada los sonidos y las palabras, estoy perdida, hipnotizada por mi propio hechizo, lo llevo a cabo hasta el final, y dejo al margen el entendimiento, que observa boquiabierto desde fuera.

Y continúo. No quiero parar. El odio que hay en mí me lleva a sacar el vaso de su escondite tras la lámpara de la mesita y a escupir tres veces en las cenizas. Pronto se hará de día.

¿Por qué este recelo, estas preguntas sobre lo que está bien y lo que está mal, cuando sé que todos los días, durante los próximos nueve días, continuaré mi ritual de brujería y magia negra, para por fin verter la suciedad en el lugar que le corresponde: el baño que compartimos?

No, que nadie me señale con el dedo ni crea ser la voz de la razón. Mis hechizos ya han dado resultado: tras un solo día tengo sensación de control, siento que mi maldición puede cambiar el curso de las cosas en esta casa. Además, mi pequeño ritual ha tenido un efecto calmante en mi repentino anhelo de tener vida social; no siento la necesidad de compartir la mesa con la pareja más allá de lo estrictamente necesario.

En cuanto tengo oportunidad, me tumbo a fantasear sobre lo que está a punto de suceder. Lo que le va a ocurrir a Johan no es ninguna tontería. Las distintas fases del cambio pueden desarrollarse de forma gradual o bastante deprisa, pero eso no significa gran cosa, lo importante es el resultado. Tampoco dudo que varios de mis deseos pueden ser excesivos para un solo cuerpo, y que no todos son posibles de cumplir, pero, por otra parte, disfruto recreándome en ellos, sí, tanto que me tumbo bajo las mantas y tiemblo de la risa contenida que me producen las imágenes que me evocan.

En una de esas fantasías, me imagino que estoy en el dormitorio de Ragna, donde Johan yace pálido y desolado en la cama.

«No lo entiendo —diría él—. No entiendo lo que me pasa. ¡Ragna, mira!». Y entonces se soltaría el cinturón y se bajaría los pantalones, deprisa, para mantener el interés de Ragna.

«Mira», volvería a decir y movería la mano por dentro de los calzoncillos.

Se la quedaría mirando con los ojos como platos, brillantes, para intentar ganarse su simpatía antes de mostrarle el origen de su sufrimiento.

«¿Y bien? —preguntaría Ragna con un tono de impaciencia—. A ver».

Entonces Johan se bajaría despacio los calzoncillos, revelando poco a poco lo que sostuviera entre los dedos índices y pulgar.

Ragna levantaría una ceja.

«Sí —interrumpiría él hablando en falsete antes de que ella dijera nada—. ¡Es increíble!». Ragna se inclinaría, boquiabierta y ojiplática.

«¿No lo ves?», preguntaría él, nervioso. «Pues claro que lo veo», respondería Ragna, atónita. «¿Acaso no se parece a tu hermana? ¿No lo ves? ¡Tiene su misma cara!».

Ragna se marearía. Qué cambio más horrible, qué terrible destino para su hombre; yo, con mi hermosa cara, les sonreiría a los dos, recordándoles mi existencia en los momentos de pasión.

Estoy segura de que Ragna entendería enseguida las consecuencias de lo ocurrido. Se incorporaría despacio, tal vez frunciría los labios y miraría con desdén la hombría deformada de su marido, pero entonces, sin piedad, decidiría que Johan tendría que mudarse de nuevo a su propia casa, y que a partir de entonces solo recurriría a él para tareas físicas y duras.

*

Pasa un mes, y un par de semanas más. El sol brilla día y noche en el cielo sin tocar la línea del horizonte; ya estamos a mediados

de mayo.

El árbol que se ve por la ventana ya está cuajado de capullos de color verde claro, y se asoman brotes nuevos por la nieve, ya casi derretida; hierbas, brezo y los principios de lo que serán adelfas, que nacen en grandes racimos de color violeta.

Un lunes por la mañana, justo después de desayunar, Ragna decide acompañar a Johan al pueblo. Me siento a comer a la mesa, una molesta rutina autoimpuesta para poder analizar mejor el estado del señor de la casa. Despreocupada, medio girada, lo examino como de costumbre en busca de signos del deterioro que ya habría comenzado; preocupación en la mirada, un tic en la mano, una visible pérdida del deseo y las ganas de vivir. Pero ahí está, sin inmutarse, como de costumbre, con las piernas bien abiertas, rascándose la nariz. Parece que no le espera nada malo más allá de un par de moratones en el trasero por los baches del camino.

No me preocupo, me consuelo al pensar que todo en la vida lleva su tiempo. No hay más que mirar la primavera asomarse por la ventana; se desliza hacia la plenitud muy despacio, casi de forma imperceptible. Además, estoy satisfecha; el mero recuerdo de mi traición, de mi plan secreto, me hace sentir liviana, como los brotes en primavera, de color verde claro.

Ragna ha percibido el cambio, mi buen humor; ha sido sorprendentemente amable estos días. Antes de irse enseña los dientes en una especie de sonrisa alentadora que me pide que esté tranquila hasta que vuelvan a casa. Justo cuando sale por la puerta, me doy una palmadita en los muslos y me río para mis adentros: ¡si supiera lo que he estado tramando las últimas semanas!

Por fin vuelvo a estar sola. Ya hacía mucho tiempo desde la última vez. Me meto en la cama, me tumbo entre los cojines, tan mullidos, y me tapo con el edredón, tan cálido. Qué agradable estar en casa, sin que nadie me importune; qué maravilla no ser la fuente de las molestias e irritación ajenas. Se me escapa un discreto «¡Existo!». Vuelvo a intentarlo, más alto esta vez: «¡Existo!». La habitación retumba con mis palabras, con mi presencia. Constato que soy dueña de mí misma, desde la punta de la lengua hasta los mustios dedos de los pies.

*

Me despierto con Johan y Ragna de pie junto a la cama, observándome. Aún llevan la ropa de calle; debe de haber hecho frío en el camino de regreso, a Ragna le moquea la nariz. No me

gusta su mirada. Lo primero que pienso es que me debe de haber ocurrido algo mientras dormía, que me han salido ronchas, un bulto, algo estremecedor. Me incorporo a toda prisa, me miro debajo de los brazos, me toco la cara, pero todo parece normal.

—¿Qué pasa? —digo y siento que se me ha secado la boca de golpe.

—¿Que qué pasa? ¿Y te atreves a preguntarlo?

Johan y Ragna se miran apresuradamente. Johan se muerde el labio inferior, y Ragna respira agitada por la nariz.

—¿Sí? —pregunto de nuevo.

Johan estira un brazo. Antes de ver qué tiene en la mano, Ragna se lo quita y me lo pone delante con la mano temblorosa. No hace falta que me diga lo que es. Noto un vacío en el estómago, la sensación de mareo que me roba el aire y me empuja hacia la cama.

—¿Qué es esto? ¿Me lo explicas?

Tiene las manos muy finas, los nervios y las venas se arquean sobre los huesos, y las uñas, afiladas, se clavan en el papel en blanco que se le arruga entre los dedos.

—¡Contesta, joder! ¡Se me ha agotado la paciencia! ¡Contesta!

Para dejar claro que habla en serio, me agarra por el hombro del camisón y me empuja contra la pared.

—Durante un tiempo las cosas iban bien —respondo sin fuerzas y me froto el cuello con la mano.

—¿Bien? ¿Pero cómo van a ir bien? ¡No paras de hacer maldades!

—Sí, pero es que tú no lo entiendes. Durante un tiempo quise irme, pero tú nunca quisiste hablar del tema.

—¿Qué tonterías estás diciendo? Solo quiero que me digas si esto lo has hecho tú —dice con el papel hecho una bola delante de mí.

—De algún modo, sí. No quería, pero luego sí, pero ahora ya no. Y es por tu culpa.

—¿Ya no quieres? ¿Mi culpa? ¿Puedes explicarte un poco mejor?

—Sí, es culpa tuya. Nunca me escuchas.

—¡Culpa mía! ¡Culpa mía! ¿Te has vuelto loca? ¿Es culpa mía que la carta llegara así?

Abre la mano en la que tiene el papel arrugado. Lo estira con las manos temblorosas y me pone delante la prueba del delito.

—Sí. Si hubieras estado un poco más dispuesta, habríamos hablado del tema.

—¿Hablar? Lo único que vas a hacer es explicarme qué hacía esta hoja en blanco en el sobre que envié a la residencia.

—Sí, pero antes me vas a escuchar un poco.
—Me importan una mierda tus excusas.
—Pues las vas a tener que escuchar. No soporto esta discusión.
Johan acaba de ver el vaso detrás de la lámpara. Frunce la nariz y examina el contenido con evidente escepticismo.
—¿Qué coño es esta porquería, Ragna?
Ragna se gira apresuradamente y mira furiosa el vaso que Johan tiene en la mano.
—Parece agua sucia, negra como el carbón —dice él.
Levanta el vaso hacia la lámpara del techo, le da vueltas y vueltas; la luz no consigue filtrarse en la masa negra y cenagosa, pero en la superficie se asoman algunas cenizas que revelan el contenido.
—¿Qué se trae entre manos esta bruja? ¿Qué ha estado quemando? ¿Con qué lo ha apagado? —Johan olisquea el vaso, pero se aleja de inmediato con una mueca.
—¿Qué has quemado? —pregunta Ragna.
—No lo sé —digo y trago saliva.
—Aquí hay restos de algo escrito.
Johan mete un dedo en el vaso. Ragna se lo arranca de las manos, observa el contenido, se gira despacio hacia la pared, incrédula, boquiabierta.
—¡Dios! ¡Has quemado la solicitud! ¡Has quemado la solicitud que iba a mandar a la residencia!
Estoy a punto de protestar, pero enseguida me doy cuenta de que es casi imposible dar una explicación lo suficientemente sencilla y verosímil para que Ragna se la crea. Me revuelvo bajo el edredón, empiezo a balbucear sobre trivialidades que me den algo de tiempo para construir una historia que les sirva a ambos, aunque no llegue a convencerlos del todo, pero con la mirada Ragna me dice que interpreta mis balbuceos como una muestra de que todo son mentiras y evasivas. Suspira en voz alta y pone los ojos en blanco. Está pálida y claramente conmocionada. Me agarra por el cuello del camisón con las dos manos, lo retuerce con fuerza y me empuja contra la cama.
Dejo la palabrería, yo también estoy atónita; no se me ha ocurrido nada que pueda explicar el contenido negruzco del vaso. Una ola de pánico me sube por la garganta; soy consciente de que estoy entre mi propia espada y mi propia pared, que mi vida depende de la decisión imposible entre dos explicaciones: que he quemado la solicitud o que le estoy haciendo magia negra a Johan.
Intento soltarme para respirar y moverme, miro a Ragna a los ojos, pero sus manos responden retorciendo el cuello del camisón

una vez más. Tengo la boca seca, no tengo fuerzas, no siento el aire pasar más allá de mis labios, no soy capaz de articular palabra; quiero tragar, pero apenas puedo mover la garganta. Lo único que hago, lo único que pienso, con la respiración latiéndome en la garganta, es: «Pobrecita Ragna. Nunca te había visto así de furiosa».

III. De vuelta en el desván

Hace trescientos sesenta y cinco millones de años, en algún momento entre el Devónico y el Carbonífero, se extinguió el setenta por ciento de la vida. Ciento cincuenta millones de años más tarde, en el periodo que va del Pérmico al Triásico, volvió a suceder, pero esta vez murió el noventa y seis por ciento de la vida marina y el setenta por ciento de la vida terrestre.

Tras una vida efervescente, vibrante, asombrosa, palpitante, de reptiles, anfibios, plantas, insectos, invertebrados, desaparece casi todo, casi todos, en un abrir y cerrar de ojos, o tal vez despacio, con el tiempo; un tiempo que no cuenta, un tiempo que no es, un tiempo que se encierra inexorable en la piel y los caparazones, en los huesos y el cartílago. Los restos que poco a poco se deterioran, se desintegran, desaparecen, porque incluso la putrefacción se detiene: después de un tiempo ya casi no queda nada por pudrirse. No queda ni un trozo, ni un resto, no, ni siquiera una brizna de lo que una vez fue la diversidad de la existencia en el mar y en la superficie terrestre. Hasta el polvo de lo que una vez vivió ha desaparecido. Todo se ha hundido en el lodo del olvido, capa a capa bajo la corteza y en cavidades ocultas. Desaparecido en una calma infinita que en los sistemas numérico y conceptual de la humanidad se extiende durante varios cientos de millones de años.

Y así sigue, de forma constante. La vida nace y se apaga. Una extinción en masa tras otra, después de que la vida haya emergido y desaparecido, emergido y desaparecido de nuevo, muerte, tras muerte, tras muerte en un tiempo infinito, hasta que llegas tú en forma humana; una especie entre muchas otras, desarrollada a lo largo de varios milenios frenéticos. Tus extremidades son largas, delgadas y débiles; tu carne es de un color rojo pálido, y no tienes caparazón, pelaje ni plumas. Eres una especie que camina sobre dos patas, que come carne y viene equipada con una inteligencia y un ingenio que, entre otras cosas, se manifiestan en el deseo de dominar la naturaleza y al resto de los animales. Eres consciente de tu propia finitud, de lo definitivo, de lo inevitable.

Naciste en una certeza y de esa certeza se te creó.

El trasiego de la Tierra es la muerte. El olor de la Tierra es la muerte.

Giras la cara. Cierras los ojos y te tapas la nariz. La podredumbre, la asquerosa y vomitiva porquería de la Tierra es superior a tus fuerzas.

Quieres vivir.

*

No quiero irme. ¡No quiero!

¿Acaso no ha sido siempre ese mi conjuro? ¿Mi mantra a lo largo de la vida?

Tal vez haya funcionado, a pesar de que paso el tiempo sin comida ni cuidados, a pesar de que solo vivo del aire y de mis propios pensamientos y recuerdos. Sigo aquí, en un espacio reducido y desconocido de la casa. A decir verdad, no recordaba que tuviéramos un desván, un piso entero sobre la cocina y nuestros dormitorios. No recuerdo ni una escalera ni una puerta que lleve aquí arriba, nunca he oído a Ragna subir corriendo las escaleras, hurgar en las cajas que hay aquí. Nunca he oído un solo paso en el piso de arriba desde la cama de mi antigua habitación.

Algo debe de haber pasado desde nuestra última pelea. La ira de Ragna se le fue completamente de las manos. Me empujó contra la cama, eso lo recuerdo, pero no me acuerdo de cómo me trajeron aquí, cómo me subieron por las estrechas escaleras. No comprendo cómo pudieron lograrlo, menudo esfuerzo, debo de haber estado inconsciente. Me deben de haber golpeado, y deben de haberlo hecho con fuerza, porque se me ha borrado gran parte de la memoria.

Quiero volver abajo, a mi habitación, a mi cama, a mis libros. Quiero volver abajo y vivir al ritmo de la mañana, el mediodía y la noche. ¿Es de noche o de día? El ciclo de los días y las noches ha terminado. No puedo dormir, pero tampoco estoy despierta del todo. El sol, esa luz ardiente, lo inunda todo de blanco; debe de ser por la altura: nunca he estado tan cerca del cielo. Estoy permanentemente cegada, apenas puedo ver. Todo en esta habitación tiene un resplandor blanco tan penetrante que me veo obligada a entornar los ojos o a cerrarlos por completo. Me agota. Ojalá tuviera unas gafas de sol.

—¡Rgna!

—¡Rgna! —lo intento una vez más—, ¡ncst uns gfs d sl!

Como tengo la boca seca, las palabras se atropellan y se amontonan hasta volverse irreconocibles. Llevo varios días sin beber nada. O ¿han sido semanas? Bajo este cielo refulgente, completamente estancado en el tiempo, podrían también haber transcurrido meses, si no años, orbitando en una sed insoportable alrededor del Sol. Está claro: Ragna ha de venir de

inmediato con agua que calme mi sed; si no, será imposible que la vida vuelva a mi cuerpo. Porque yazco sobre una tierra tan reseca que las grietas se adentran varios metros en el abismo. En el fondo, allí abajo, en las profundidades, sigo fluyendo: un riachuelo fino que se filtra y serpentea despacio por su cauce, esperando la lluvia, las inundaciones, el bálsamo de los cuidados de Ragna.

Pero el tiempo apremia. La arena vuela sobre la llanura, llena las cavidades, se cuela por las grietas. Lo único que aún vive en este cuerpo dejado de la mano de Dios son la lengua y el paladar, y ambos están a punto de desaparecer también.

—¡Vn, Rgna! ¡Ayda! ¡Tng mcha sd!

¿Cómo puede evitar todo contacto de repente cuando nuestros lazos de hermanas la obligan a ocuparse de mí? La repentina dejadez ante su tarea diaria de toda una vida debe, por lo menos, haberle generado agitación en las manos, sí, pensamientos recurrentes sobre cómo estoy ahora mismo. ¿Cómo consigue pasar el tiempo? ¿Siente un pinchazo por las mañanas a la hora en la que acostumbraba a asearme? ¿Se despierta por la noche aproximadamente cuando yo solía pedirle ayuda?

Johan ha saboteado nuestro pacto de hermanas. Es él quien la ha llevado a pensar cosas nuevas, tomar nuevas decisiones que la alejan del que desde hace años es su verdadero trabajo. ¿Qué quiere realmente, este niño hombre caprichoso? ¿Qué mi hermana le lave y le seque la espalda como solía hacer conmigo?

*

Esta habitación. Es imposible que alguien haya vivido aquí antes. La casa se construyó justo antes de que naciera Ragna, pero todo parece gastado y decadente. La pintura de la tarima está desconchada en línea recta desde la cama hasta la puerta. Puede que sea fruto del ir y venir de una misma persona durante varios años. Las cortinas, descoloridas y hechas jirones, se mueven al viento desde una ventana entreabierta, y en las paredes hay marcas que dejan claro que alguna vez hubo allí cuadros colgados. La silla, la mesita y la cómoda se tambalean cojas, no sale agua de los grifos y el lavabo está lleno de grietas. No lo entiendo; alguien debe de haber vivido y trabajado en esta habitación, pero no fuimos ni Ragna ni yo, y tampoco pueden haber sido mi madre o mi padre.

No hay motivos para dudar de mi ubicación, dónde me encuentro actualmente, porque justo a través de la ventana puedo ver el viejo abedul que se mueve al viento. Podría tocar las

ramas si quisiera y ver, cuando me estiro hacia el cristal, las adelfas que crecen en grandes ramilletes, y las llanuras que se extienden tal y como las he visto siempre kilómetros y kilómetros a la redonda. Todo es igual que siempre, tanto las vistas como la habitación, solo que muy deteriorado y visto desde arriba. Y eso me produce una gran sensación de mareo.

Paso el tiempo en la cama, como antes, pero este colchón es duro y opone resistencia a mi cuerpo cuando me acuesto. Echo de menos poder hundirme en los mullidos cojines y soñar despierta. La mayor parte del tiempo estoy tumbada con los ojos entornados, y me doy la vuelta de vez en cuando, sin que me ronden demasiados pensamientos por la cabeza. Sé que debería hacer un poco de ejercicio, coger las muletas, dar un par de pasos hacia la puerta, sí, puede que incluso cruzar el desván hasta las escaleras. Al principio estaba animada, pero entonces aún albergaba la esperanza de un reencuentro inminente con mi antigua vida en el piso inferior.

También me han dado ataques de ira y he montado gran estruendo; de vez en cuando grito con furia y golpeo las muletas contra los muebles y las paredes. En esos momentos, Ragna y Johan me responden con silencio y susurros, y la risa se detiene del todo, pero el silencio nunca dura mucho tiempo: están demasiado felices en su recién conquistada libertad. Cuando sucede, me los imagino ante mí, sentados a la mesa de la cocina, mirándose el uno al otro, rezando en silencio para contenerse: en algún momento acabará ese arranque de ira. Si no, ya habrían venido a ver cómo estoy, y tal vez me habrían ofrecido agua y cuidados.

No, nada es como debería ser. No entiendo este violento cambio entre la energía y el agotamiento. A veces me consume una furia desmedida, a pesar de la insoportable sed y mi estado físico. Me vuelven de repente las fuerzas, no tengo ni idea de dónde, pero es lógico que aumenten cada vez que pienso en lo que ha ocurrido: que esos dos me han dejado aquí tirada y olvidada. Comienza como un cosquilleo, una leve molestia; tal vez eche de menos las manos de Ragna. Pero las fuerzas aumentan de intensidad con todo lo que ha contribuido a crear mi insoportable vida. Y se vuelven aún mayores, más violentas, cuando pienso en lo que Johan ha desencadenado.

En un momento dado es como si perdiera el control, y es difícil decir si las fuerzas surgen del exterior o de dentro de mí. Todo lo veo desde fuera. Me convierto en un ojo que observa, me miro a mí misma y a mis actos, con mirada científica, neutral, desde una

esquina. Me veo arquear la espalda, me veo los brazos, los músculos me tiemblan en tensión, y entonces veo cómo me arrastro con los pies, levanto el cuerpo con las piernas, con los muslos, y me mantengo erguida gracias a su fuerza. Y así me levanto sobre la cama, como una montaña, y rujo.

Aun así, no es esa fuerza, la parte inferior del cuerpo que en un instante ha empezado a funcionar, lo que más me sorprende. No, es lo que sucedió la mañana o la noche siguiente, o tal vez solo horas más tarde (¿cómo saber cuándo es de día y cuándo de noche si siempre brilla el sol?).

Sucedió dos veces, y las dos después de un ataque: me despierto y me doy cuenta de que los muebles no están en el mismo estado que antes y, más concretamente, que los muebles que rompí, que destrocé durante el ataque, todas las cosas guardadas que saqué de las cajas y las maletas de la otra habitación del desván ya no están; todo está ordenado y recogido. No hay ni una triza de papel, ni una astilla, ni una esquirla afilada de ningún cristal hecho añicos.

La última vez que me tumbé en el suelo, olisqueé y escruté; hundí la mirada en las grietas de la tarima: una pelusa por aquí, un pelo por allá, un poco de suciedad por acullá, sí, pero ni rastro del espejo ni del lavabo que acababa de romper en mil pedazos. Los trocitos del espejo, los millones de partículas diminutas, deberían haber brillado a la luz, reflejando en ráfagas todos los colores del arcoíris. Alguien había limpiado del suelo los rastros de mi destrucción. Solo la pared en la que habían estado el lavabo y el espejo confirmaban lo que había sucedido. Sí, es cierto, muy cierto; me levanté y fui a esa esquina de la habitación, por mi propio pie, segura y firme. Y golpeé las muletas contra el cristal y la porcelana hasta que todo se hizo añicos a mi alrededor. Las tuberías secas que ahora sobresalen en el medio de la habitación, las marcas de las muletas en la pared, no existe otra explicación. Es cierto que el lavabo y el espejo estaban aquí, y no es menos cierto que todos los pedazos han desaparecido.

¿Verdad?

Si absorbiera el tuétano de mis huesos y lo escupiera, el núcleo mismo de mis entrañas, puede que descubriera otras verdades, que refulgirían a la luz del día: todo son invenciones, producto de mi interminable vida en la cama, abandonada en ensoñaciones desoladas, como siempre. Ensoñaciones que llevan la noche dentro, lunas sin nombre, planetas que son el hogar de

mi alma salvaje.

Pero me temo lo peor: que estoy moribunda y que me acerco a la extinción final, sí, que estoy en medio del apocalipsis, en su núcleo luminoso y ardiente.

Debería haberme preparado; siempre he sido consciente de que sucedería. Soy una persona que ha vivido en los extremos de la vida, y en esos extremos hay muchas situaciones, en cierto modo peligrosas, que he vivido a diario entre las paredes de esta casa. La silla que cojea, el brillo mate del cristal, el agotamiento que subyace a todo y a todos; he visto constantemente la fragilidad, los signos visibles de que nada permanece, nada dura en la batalla contra las fuerzas destructivas. La desintegración, el fin. He vivido con esa amenaza cada día; la muerte tintinea en una taza, en cada paso, en cada tarea, en el más leve movimiento. Y así, las cosas y yo nos hemos relacionado temblando; sabemos que puede ocurrir en cualquier momento, solo es necesario un paso en falso, un resbalón y la taza se rompe y yo desaparezco. Y no tiene nada que ver con mi indefensión, mi dependencia de las muletas, sino con lo impredecible de la muerte.

*

Puede que así sean las cosas: puede que esté al borde de la extinción mientras ellos están sentados allí abajo, tan a gusto, tomándose un café. No lo puedo soportar; seguro que Johan se está regodeando en la silla donde debería estar sentada yo, comiendo pasteles que deberían ser para mí. Y Ragna, que debería estar ocupándose de mis cuidados ahora mismo, estará sentada exhibiéndose con la blusa abierta y los pechos descubiertos. Es una vergüenza lo mucho que disfrutan de la comida y el uno del otro mientras yo yazco aquí abandonada, sin tener la certeza de si estoy viva o muerta. Y para que quede claro una vez más, sigo sin querer estar del lado de los muertos.

Entonces, qué me queda además de la rabia. Golpear las muletas contra el suelo, gritar su nombre, exclamar las palabras más groseras que conozco, para por fin destrozar la silla y la mesita de noche. Pero por mucho ruido que haga, por mucho que destroce este lugar, todo será un leve tintineo en comparación con el rugido de la ira que crece en mi interior. Y de nuevo acabo sin entender nada, igual de confundida por lo siguiente que ocurre: los trozos de madera que ayer formaban parte de la mesita de noche ya no están; no queda ni una astilla. El cuarto está vacío y completamente limpio. Lo único que queda somos la cama y yo. Estamos ahí, inseparables y unidas para siempre la

una a la otra.

*

Me filtro y goteo, murmullo como un riachuelo que corre por debajo de la vida. Pienso en desvestirme, doblar la ropa con cuidado, ponerla sobre la almohada, dejarme arrastrar por la fina corriente de agua, hundirme en el líquido plateado y beber hasta saciarme en mis últimos coletazos de vida.

Puede que solo me quede así tumbada, inmóvil, y que deje que el agua me corra por los ojos, la nariz, que me llene la boca, los pulmones; quedarme tumbada y dejar que se sacie mi sed, y entonces fluir lejos, ser parte del agua brillante y transparente: la confirmación última de mi vida invisible.

Y tal vez, aún con el rostro en el agua, vea venir dos frases flotando. Es el juicio final, el castigo por lo que he hecho en mi lucha por hacerme visible para Ragna y Johan; he de elegir una de las dos, no existe un final definitivo, no hay redención, mi existencia continuará dependiendo de la frase que elija:

Existo, y no lo sé.

No existo, y lo sé.

*

—¡Vn, Rgna! ¡M mro d sd!

Pero no, Ragna no se mueve; se queda ahí abajo con su ira y su resentimiento. Hace como que no oye mis gritos, mis ruidos y mis súplicas. Quiere que desaparezca, pero eso no es nuevo: lleva mucho tiempo deseándolo. La residencia es una cosa, pero en mi lento camino, me he topado con varias cosas: una impresión por aquí, un recuerdo por allá, pequeños episodios que confirman que Ragna lleva queriendo deshacerse de mí desde pequeña.

Pero tal vez las cosas no sean así; tal vez no sea cierto que mi hermana quiera verme desaparecer al fin, porque puede que yo no haya sido creada, encarnada, eso es, que nunca haya sido concebida como idea en este mundo. Aquí, justo donde empiezan los recuerdos, estoy abierta a que yo, este pensamiento antiguo y polvoriento de vivir, este deseo primigenio de tener vida, no haya sido concebida ni traída al mundo.

Todo es tan confuso. ¿Qué está sucediendo exactamente? ¿Puede que incluso mi propia muerte, ese inexorable final que siempre he concebido como una verdad clara e inalterable, esté igual de lleno de inseguridad y especulaciones que el resto de mi vida? Me siento cansada. Estoy infinitamente agotada de no saber, de nunca llegar a comprender del todo, de no encontrarme a mí

misma, de sentirme obligada a enfrentarme a una interminable sucesión de suposiciones y conjeturas. Tal vez no haya redención; tras la extinción no me espera una explicación final, ni una paz conciliadora, solo nuevos llantos y una infinidad de posibles respuestas.

¿Puede que sea la magia negra en contra de Johan lo que haya estallado con violencia, pero en sentido contrario? ¿Puede que las palabras, las sucias y horribles palabras que iban dirigidas a él se hayan vuelto en mi contra? ¿Puede que su filo se haya metido poco a poco en mi mente y haya drenado mis fuerzas?

*

Los libros, lo que escribía, están bajo la cama de mi antigua habitación. Me habría encantado apuntar lo que pienso y lo que vivo, pero tal vez esto que hago sea precisamente escribir. Un relato sobre dos viles hermanas y su lucha encarnizada por la vida, pero también sobre todos nosotros, los que caemos en la ensoñación y la fantasía, confinados en una habitación, más cerca del cielo que de la tierra.

Por eso, cuando ahora, por fin, me dejo ir, cuando me suelto del último agarre con lo seguro, lo habitual y lo normal, todo puede explicarse mediante mi necesidad de fabular, mis ganas de mentir y reformular y cambiar todo lo que sucede: allá voy, en caída libre a través del Cámbrico, Devónico, Jurásico, Cretácico, cayendo a través del tiempo primigenio, el tiempo anterior, el tiempo de entonces, el tiempo de después, el tiempo actual. Tómame, agárrame, soy una pobre brizna de hierba, un brote, o quizá no soy nada.

—¡Aydm, Rgna! ¡Dsprzco!

Pero no son las manos de Ragna lo que siento; es el dolor de las piedras y la arena, la tierra y las raíces que me oprimen la espalda y el pecho. Y no es su voz lo que oigo, que tranquila me pide que me reponga, sino el sonido regular de la pala en la tierra que poco a poco se apaga. Y no es Ragna quien desaparece por la puerta, enfadada y furiosa, es el tiempo que envuelve la piel y el cráneo, los huesos y el cartílago. Y no soy yo quien se acurruca bajo las mantas; soy quien yace abandonada en el lodo del olvido, justo al lado del abedul, justo enfrente de mi antigua ventana. Y no soy yo quien saca un libro de debajo de la cama y agarra un bolígrafo entre los dedos. Soy quien no tiene nada más que escribir, más libros que llenar, ni márgenes o páginas en las que narrar nada. Todo está escrito, mi historia ha acabado, desaparece. Y yo enseguida me habré ido.



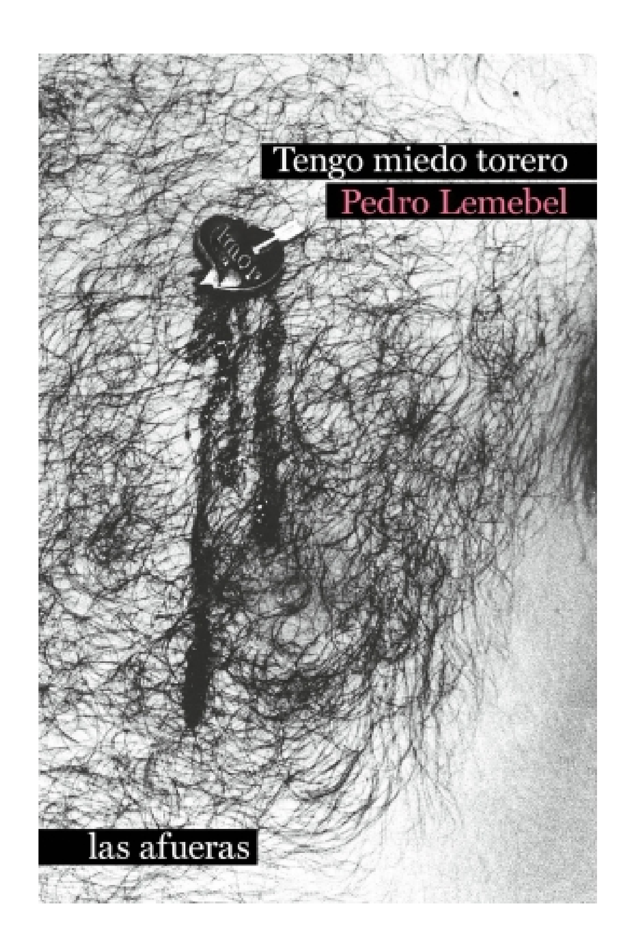
Como bestias

Bérot, Violaine
9788412591187
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Un pueblo aislado en las montañas; un joven de fuerza sobrehumana con un don para sanar a los animales; una niña que aparece de la nada y que desata todos los rumores en un valle en el que todavía resuenan antiguas leyendas y misterios. Pocos

elementos le bastan a Violaine Bérot para trenzar esta inolvidable historia a medio camino entre la novela negra y la fábula. Intercalando los interrogatorios policiales a los habitantes del pueblo y las canciones de un misterioso coro, como en una tragedia griega o un moderno cuento de hadas, este libro hechizará y conmoverá a quien se adentre entre sus páginas. Como bestias es un texto magnético, contundente y polifónico que, bajo su apariencia, encierra una cruda reflexión sobre la diferencia, sobre un mundo rural a punto de desaparecer, sobre la vulnerabilidad de las mujeres y todos aquellos que deciden vivir al margen de la norma.



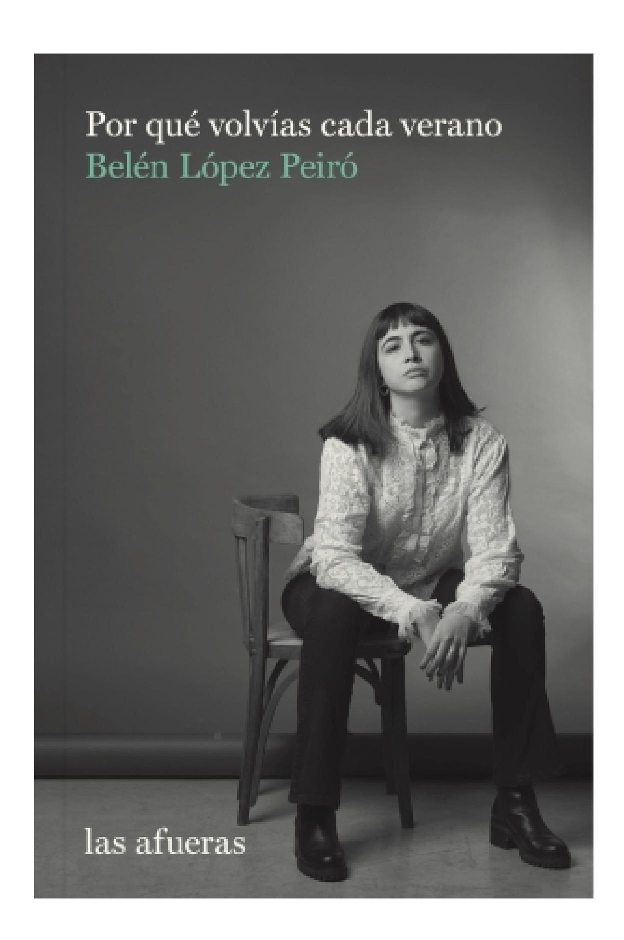
Tengo miedo torero

Lemebel, Pedro
9788412244083
208 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

En el Santiago fantasmal y urgente de los años ochenta, entre cargas policiales y concentraciones por los desaparecidos, un joven militante que participa en un atentado contra Augusto Pinochet vive una relación con la Loca del Frente, un homosexual que lo ayuda

en su acción contra el dictador.
Valiéndose de una prosa brillante y colorida, entremezclando acontecimientos íntimos y colectivos, Pedro Lemebel reconstruye, envolviéndola en oropeles y lentejuelas, al ritmo de boleros y canciones pasadas de moda, la realidad amarga y sórdida de la dictadura, abriendo fisuras en la narrativa sobre el pasado reciente de su país.



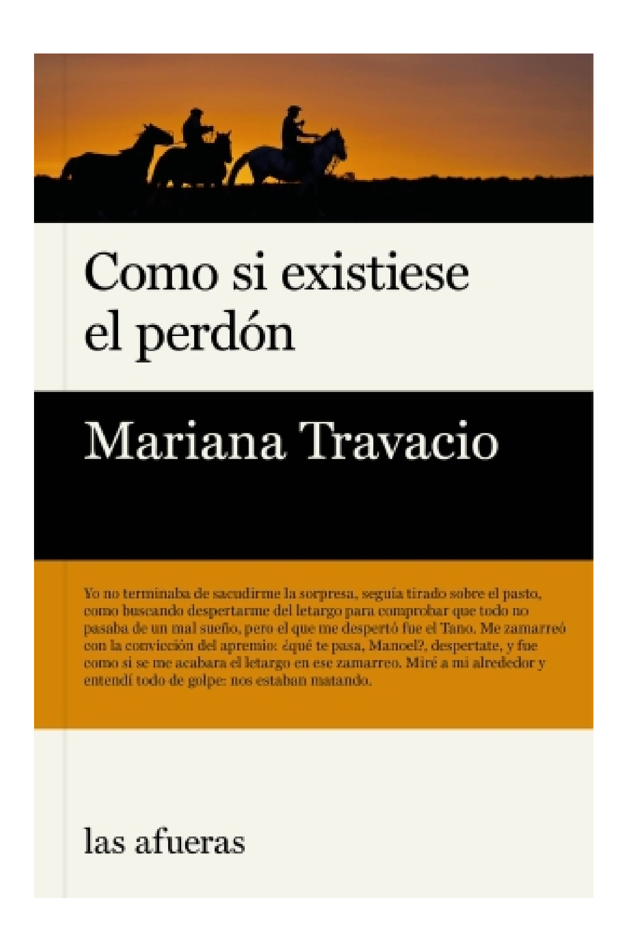
Por qué volvías cada verano

López Peiró, Belén
9788412145793
136 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Por qué volvías cada verano narra los **abusos** padecidos por la autora durante la adolescencia por parte de un familiar perteneciente a las fuerzas policiales, así como las **consecuencias** que dicho caso tuvo en su entorno familiar y social.

Valiéndose de un lenguaje directo y crudo, Belén López Peiró escribe contra el sistema, contra el entramado de silencio que intento acallarla y contra sí misma. Y lo hace, no solo para denunciar aquellos hechos, sino también el contexto que los hizo posibles y recomponer mediante la escritura lo que la violencia de aquel hombre brutal quebró.
Con un montaje fracturado, entrelazando diferentes voces y textos judiciales, la autora crea un libro polifónico y difícil de catalogar. Una obra que, partiendo de la experiencia personal de la autora y a través de la literatura, se convierte en un acto político que **nos obliga a mirar allá donde preferiríamos no hacerlo**.



Como si existiese el perdón

Travacio, Mariana
9788412145717
144 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Como si existiese el perdón es una historia de venganza y redención. Mariana Travacio nos conduce a través de un mundo desolado, que traerá inevitablemente a la memoria las mejores páginas de Juan Rulfo, hasta un final inevitable que tiene sabor de

venganza antigua. Inevitable decíamos, porque todos los personajes de esta historia parecen marcados por la fatalidad, pero también porque la autora no nos da la oportunidad de apartar la mirada de este libro duro y memorable, con un estilo tan desnudo y poético como los paisajes que describe.
Un libro cargado de simbolismos, con una historia que atrapa e impacta por su crudeza. Desde la primera página, el lector comprobará que tiene en la mano algo más que un western kafkiano o una nueva vuelta de tuerca a la literatura gauchesca. Esta novela es, sobre todo, una fábula moral sobre la naturaleza humana, la violencia y la justicia.

"Bella en su terror apaciguado, profunda en su elocuente llaneza." **Debret Viana**

"Se inscribe en la mejor tradición latinoamericana." **Marcelo Carnero**

"Un relato brutal, semialucinado, del que emergen como únicos luceros la fraternidad y la posibilidad del amor." **Pedro Spinelli**



Quebrada

Travacio, Mariana
9788412480207
166 Páginas

Cómpralo y empieza a leer

Quebrada es la palabra que define un paso estrecho entre dos montañas. Así, como una hendidura que atraviesa dos historias, discurre la nueva novela de Mariana Travacio. Una obra en la que el amor y la lealtad se ven teñidos por el desarraigo, el dolor y la

pérdida. Conducidos por una prosa precisa y sobria, acompañaremos a Lina, una mujer que parte en busca del mar y un hijo perdido, desde un paisaje seco y agrietado en donde la vida se ha hecho imposible, hasta unas tierras húmedas y fértiles en las que todo es excesivo. También la locura de los personajes y fantasmas que las habitan.